

Ana Barrera

LA SAGA DE MAIRI FERGUSON

LIBRO I: AGUA Y FUEGO



La Saga de Mairi Ferguson

Libro I. Agua y Fuego

Ana Barrera

@ Ana Barrera Gordillo, texto – 2024

@ José Luis Barrera Gómez, mapas – 2024

Ilustraciones y citas de dominio público pertenecientes a “*Alicia en el País de las Maravillas*” de Lewis Carroll.

Portada diseñada con @Canva.

Ana Barrera Gordillo
lovelyscotland.com
info@lovelyscotland.com
ISBN 9798795203096

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

La Saga de MAIRI FERGUSON

Libro I. Agua y Fuego

Ana Barrera

ÍNDICE

[Sobre la pronunciación](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Otros libros sobre Escocia](#)

*“El único modo de lograr lo imposible
es convenciéndose de que sí es posible”*

Lewis Carroll

Sobre la pronunciación

Dado que algunos de los personajes y lugares del libro tienen nombres que proceden del gaélico escocés, el lector encontrará aquí una breve guía fonética para saber cómo suenan al oído los más complicados y disfrutar así, aún más, de la lectura.

Mairi – ' ma :rɪ

Isla - a ɪ l ə

Cináed - k ɪ na : i̯ ð

Elphame - - ε lfe ɪŋ

Ewen - ' ju :ə n

Sgàile Dun Taig - ska ɪ læ d ʌ n t^h aj

Gwrach - k ʊə rx

“Érase una vez...”

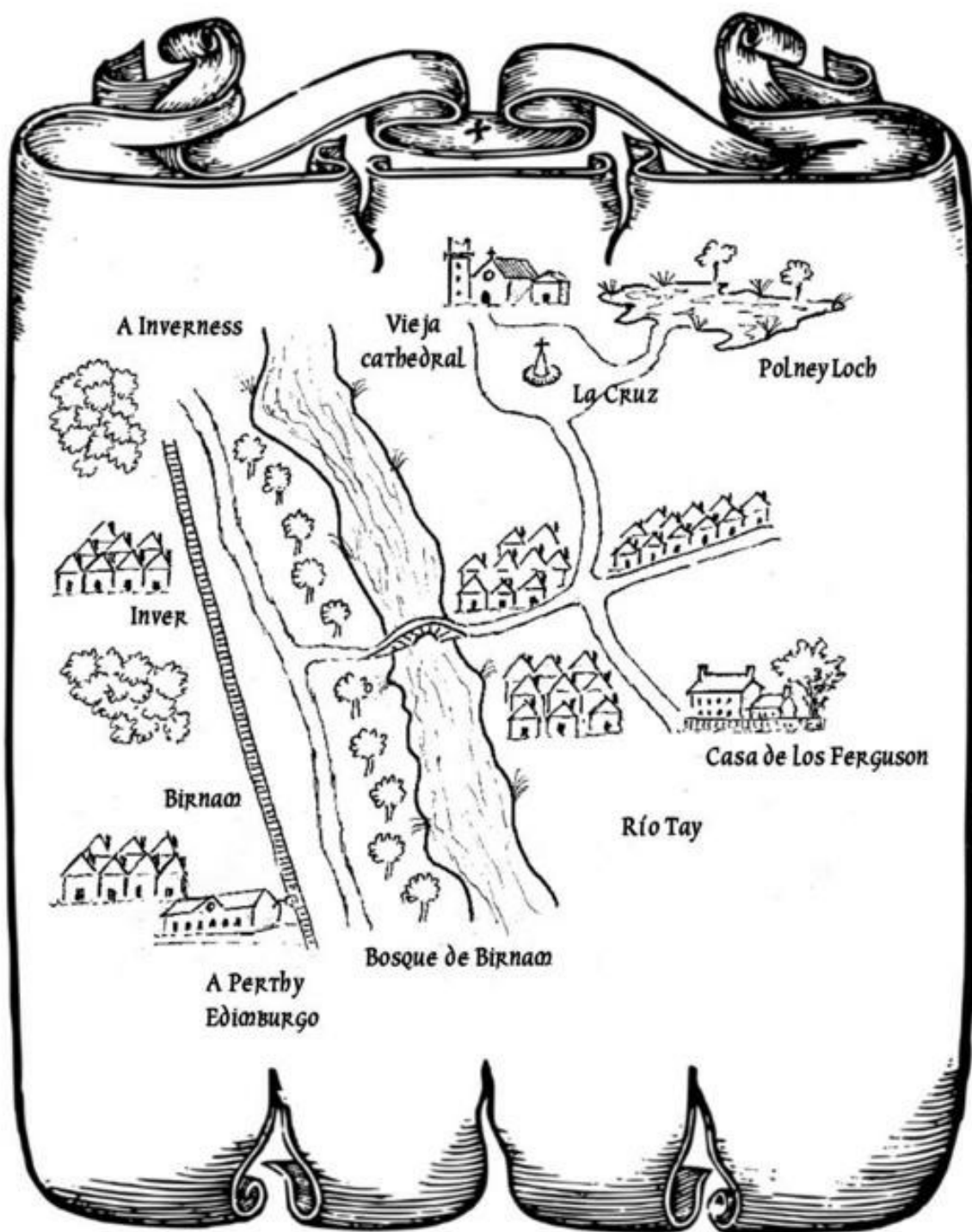
Así empiezan la mayoría de los cuentos de hadas. Pero lo que voy a narrar aquí dista de ser un cuento. Y, aunque hay hadas en él, no son en absoluto como la gente cree.

Este es el relato de mi vida, de los viajes que hice al feérico Reino de Elphame, de las aventuras que me sucedieron en el lugar, de las fascinantes y aterradoras criaturas que encontré, del gran amor que tuve la fortuna de vivir y de los eventos que me condujeron hasta allí desde Dunkeld, mi pequeño pueblo natal en Perthshire.

Es una historia sobre la culpa, el amor y el destino.

Queda a tu juicio, lector, el creerme o no.

Mairi Ferguson
1949, Dunkeld



Bunkeld, un pueblecito de Perthshire

PRIMERA PARTE



Sabía quién era esta mañana,
pero he cambiado varias veces desde entonces

Capítulo 1

“Érase una vez...”

Nuestra vida cambió para siempre cuando mamá enfermó gravemente a finales de 1901. Nunca olvidaré que aquel fue el mismo invierno en el que murió la reina Victoria. Un gélido día de principios de febrero del año siguiente, mientras los copos de nieve se posaban suavemente en los alfeizares, arrellanados en torno a la enorme cama de mis padres, vimos todos juntos las fotografías de la impresionante procesión fúnebre. Nos pareció de lo más exótico que trasladaran el ataúd de la reina, envuelto en blanco satén, sobre la cureña de un cañón, pero había sido su deseo ser enterrada como hija de militar. Su hijo, el ahora rey Eduardo, tan parecido a su madre, caminaba tras el féretro con expresión neutra. Las calles de Londres aparecían atestadas de gente.

Mamá apenas podía ya sostener el periódico, víctima de un cáncer fulminante. Falleció tan solo una semana después y nos dejó sumidos en la más absoluta tristeza y en la inoperancia como seres humanos.

Es curioso cómo funciona el duelo en el corazón de las personas. Los primeros días todos nos afanamos por estar ocupados, por apoyarnos emocionalmente y, sobre todo, por cumplir con las pesadas obligaciones que suponen la organización de un velatorio y un funeral. En cuanto este acabó, sin embargo, nos fuimos rompiendo, cada uno a nuestra peculiar manera, y fuimos cayendo los unos sobre los otros como un desconsiderado castillo de naipes humano.

La tumba de nuestra madre en el cementerio de Pequeño Dunkeld, al otro lado del río Tay, se convirtió en el único lugar donde todos nos poníamos de acuerdo en algo, aunque solo fuera para llorarla y lamentar su ausencia, de la que creíamos que jamás nos recuperaríamos. Cuántas veces pasé mi mano enguatada, durante aquellos días dolorosamente fríos, por las letras que escribían su nombre sobre la lápida familiar, deletreándolo con mi índice como si así, por arte de magia y por puro deseo, pudiera invocarla de nuevo a nuestro lado. Vimos nacer y morir todas las flores del invierno junto a su tumba: las campanillas, los narcisos, los acónitos, las onagras y, al fin, los jacintos que anunciaban la primavera.

Yo tenía por aquel entonces veintisiete años, y la mayor tristeza de mi madre antes de decirnos adiós fue que ni Elspeth, mi hermana mayor, ni yo, nos habíamos casado. Mi hermano pequeño, Alistair, andaba por aquel entonces cortejando tímidamente a la que más tarde sería su esposa y mi problema.

El que peor sobrellevó la situación fue nuestro padre. Al fin y al cabo, yo tenía mis libros, Elspeth su trabajo en la parroquia y sus amigas del pueblo y Alistair a su adorada novia, de la que no cesaba de hablarnos día y noche. Poco a poco, cada uno a nuestro ritmo, los tres fuimos levantando cabeza, aprendiendo a vivir con la pena y con la eterna ausencia. Fuimos saliendo de la tristeza ayudados por nuestra relativa juventud, por la ley de vida y por la expectativa de proyectos futuros. Pero mi padre sentía que ya no tenía nada por lo que vivir y, paulatinamente, a base de demasiado whisky y muy poco apetito, se nos fue consumiendo en un mar de lágrimas y

de recuerdos. De nada sirvieron las numerosas visitas del médico del pueblo, con el que se negaba a hablar pese a nuestras súplicas. Y de ver al pastor no se podía ni hablar –mi padre siempre fue un firme ateo y librepensador-. Dos años más tarde, apenas se comunicaba con nosotros y vivía ya mucho más en sus ensoñaciones étlicas que en la realidad. Nada quedaba del hombre alto y fuerte, inteligente y educado, con espeso mostacho y barriga de felicidad, que leía vorazmente por las mañanas y fumaba en pipa por las tardes frente a la chimenea, riendo a carcajada limpia con los chascarrillos que le contaba mi madre.

Jamás he vivido nada más desolador que la caída al vacío de mi padre. Cuando nos dejó en el otoño de 1903, le lloramos con la más profunda de las penas, pero los tres sabíamos que, al menos, ahora ya no sufriría más y se reuniría al fin con nuestra madre, a la que había amado muchísimo más de lo nunca sospechamos en vida de esta.

Aunque éramos completamente adultos, el día del funeral de papá nos sentimos completamente solos en el mundo en medio del viejo cementerio, los tres frente a una lápida que ya nos sabíamos de memoria. Cuando regresamos a casa, la visión de su despacho, lleno aún de sus amados libros pero vacío de su presencia, me sumió en la tristeza durante semanas.

Tras aquellos años de desconsuelo, angustias y desgracias, cuando Alistair se casó a finales del verano de 1904, fue como si todos despertásemos de un brumoso letargo y empezáramos a vivir de nuevo, encontrado esperanzas e ilusiones donde antes solo había habido dolor y añoranza. Cada uno se centró en su propio objetivo: mi hermano y su reciente esposa Isla, en tener un primer hijo que parecía no llegar nunca; Elspeth, en los necesitados de los alrededores; y yo, que había descubierto que en el país arrasaban las novelas románticas por entregas, en escribir día y noche para, en el futuro, ganar mi propia independencia económica.

Nuestros padres nos habían dejado en una posición relativamente confortable aunque exenta de lujos, pero, naturalmente, la casa era ahora de Alistair por ser el heredero varón y, aunque mi hermana y yo teníamos una asignación económica anual, no habría bastado para vivir por nuestra cuenta. Después de la Gran Guerra, muchas mujeres encontrarían la manera de ganarse la vida de forma autónoma, pero en aquella época aún era muy complicado buscar un trabajo y establecerse por cuenta propia, no al menos sin sufrir toda suerte de abusos e infortunios o de terminar sirviendo en las casas de otras personas. Así que Elspeth y yo, en ausencia de maridos propios, compartíamos la casa con Alistair y su esposa Isla en una familia de cuatro bastante bien avenida en la que cada uno tenía su función doméstica: Alistair se ocupaba del huerto y de las reparaciones sencillas, Isla de las compras y los recados en el pueblo, Elspeth de las coladas y yo misma de la limpieza general. De cocinar se encargaba la señora Rattray, nuestra vecina de toda la vida que, por una módica asignación semanal que le venía de perlas, nos traía una cena caliente todos los días salvo los domingos. El desayuno y el almuerzo los solventábamos nosotros mismos de manera sencilla y ligera a base de gachas de avena, *bannocks*, *scones*, mantequilla, huevos de nuestras propias gallinas y algunas carnes frías y pescados ahumados.

Isla Macmillan, ahora Ferguson, aunque bastante más joven que nosotros tres, era una muchacha extraordinaria. Cuando se casó con Alistair no tenía más que diecinueve años, pero sabía y conocía más cosas del mundo que todos nosotros juntos, que nos habíamos criado en un relativo aislamiento en el hogar familiar de Dunkeld, un pueblecito de Perthshire a orillas del río Tay que apenas contaba con cuatrocientos habitantes. Isla procedía de una excéntrica familia de Pitlochry, un pueblo más al norte que triplicaba en población al nuestro y que había crecido al calor del afecto que la reina Victoria había sentido por él, convirtiéndose en un lugar casi cosmopolita que recibía a las clases medias y altas de Glasgow y Edimburgo en sus lujosos

hoteles hidropáticos. Lo cierto es que la presencia de Isla trajo luz a la casa y alegría a lo que quedaba de nuestra familia rota y, cuando pasó un tiempo de luto prudencial, ella misma se encargó de que todas las semanas recibiéramos para tomar el té a algunos vecinos de la zona. También redecoró las salas comunes, encargó vestidos nuevos para Elspeth y para mí y, de vez en cuando, nos llevaba a las dos de compras a Perth en el tren de la mañana. Para la hora de la cena estábamos de vuelta, cargadas de cajas, bolsas y anécdotas a cuál más loca.

Elsbeth y yo no habíamos sido en absoluto dicharacheras en nuestros años mozos y, a nuestros treinta y pocos, aunque teníamos un aspecto bastante juvenil, en el pueblo ya se nos consideraba unas solteronas, así que vernos entrar, salir y charlar con tanta ligereza pilló a Alistair, que no parecía muy contento con el cambio, por sorpresa. Sin embargo, yo sabía que debía haber alguna pena adicional para que torciese tanto el gesto cada vez que nos veía venir calle arriba desde la estación, riendo por tonterías.

- Ojalá riese más conmigo —me dijo un día mi hermano, refiriéndose a Isla, mientras tomábamos el té los dos solos en el porche trasero de la casa, en una rara tarde soleada de marzo, balanceándonos suavemente en las vetustas mecedoras que habían sido de nuestros padres.
- Quizás deberías acompañarla alguna vez a Perth —le contesté—. Tal vez Elsie y yo podríamos poner una excusa la próxima vez y así podríais ir a pasar el día a la ciudad los dos solos. O puedes darle una sorpresa y llevarla tú.
- No es eso. Creo que no es eso. Creo que ella no me quiere como la quiero yo. Tal vez es demasiado joven.

Por esa y otras conversaciones que tuve con Alistair durante aquellos días, deduje que el problema era que Isla no quería que mi hermano la tocara íntimamente. Quizás él tenía razón y, simplemente, ella era demasiado joven y la asustaba esa clase de contacto. En cualquier caso, entendí entonces por qué ese primer hijo estaba tardando tanto en llegar.

Por lo demás, Isla era una alegría constante, un rayo de sol que, durante el día, revoloteaba alrededor de Alistair colmándole de atenciones y extravagantes gestos de cariño. Si no hubiera sabido que, cuando caía la noche y mi hermano y ella se retiraban a la antigua alcoba de mis padres, Isla se sumía en el silencio y se tornaba inexpresiva e inmóvil como una estatua, habría pensado que ambos eran la imagen de la felicidad conyugal.

Por aquella época, me dio por salir a pasear todas las mañanas justo después de desayunar. A veces lo hacía en bicicleta, pero la mayoría de los días iba simplemente caminando. En realidad, era una costumbre que había adoptado tras la muerte de mi padre, puesto que descubrí que me ayudaba a controlar el estado de tristeza profunda, casi de depresión, en la que a veces me sumían mis oscuros pensamientos. Bajaba la pequeña cuesta de nuestra calle, atravesaba el puente de piedra sobre el Tay y recorría la ribera del río hasta llegar a los robles centenarios del bosque de Birnam. Otros días, si hacía sol, algo de lo que en ocasiones andamos cortos en Escocia, me limitaba a pasear por la pradera que rodeaba las ruinas de la antigua catedral y vegetaba sobre la hierba, cerrando los ojos y soñando con los personajes y las tramas de mis próximas novelas. Aquellos paseos me ayudaban a sentirme en forma, me terminaban de despejar el sueño, espantaban las nubes negras de mis pensamientos y recargaban mi inspiración.

Elsie casi nunca venía conmigo, puesto que a aquellas horas solía estar ya ocupada con cosas de la parroquia, pero, a veces, Isla, que no entendía el concepto de andar por andar, consentía a pesar de ello en acompañarme. Nunca caminaba a mi ritmo. Siempre iba unos pasos por delante, golpeando la vegetación con cualquier ramita que hubiese encontrado, o unos pasos por detrás,

parándose a mirar cualquier cosa que le hubiera llamado la atención, retrasando exasperantemente nuestra marcha: ranas en un estanque, una mariposa, setas de un color llamativo o desconocidos que caminaban por la otra orilla del río. Tampoco tenía el don del silencio, así que hacía comentarios constantes sobre todas aquellas cosas.

Reconozco que Isla rompía mi paz y mi concentración cuando venía conmigo, pero pronto descubrí que disfrutaba de su compañía hasta tal punto que el resto de sus molestas costumbres no me importaban. Comencé a habituarme a oír su voz parloteando de mil cosas diferentes y a ver su silueta moviéndose delante de mí, tocada siempre con un enorme sombrero campestre que se solía quitar a medio camino, luciendo a cambio su delicada trenza de pelo rubio. Envidiaba yo sus veinte años y su belleza de una forma extraña, más como una admiración y un deseo de posesión que otra cosa, y aquel sentimiento me perturbaba.

Una mañana gris de principios de primavera, mientras caminábamos junto al río, decidí interpellarla delicadamente sobre el tema de la intimidación con mi hermano. Veía a Alistair más decaído de lo habitual y sospechaba que debía ser a causa de aquello.

Al principio, Isla ni siquiera me contestó. Se limitó a quitarse el sombrero, como siempre hacía, con una mezcla de despreocupación y pereza, y echó a andar delante de mí un poco más deprisa de lo habitual. Cuando llegamos al roble más grande y antiguo de Birnam, donde solíamos pararnos a descansar cada día, de pronto se giró y me dijo con entusiasmo:

- ¡Hagamos un viaje, Mairi!
- ¿Un viaje? ¿A dónde quieres ir?
- No sé. A cualquier parte. A los Trossachs, por ejemplo. Vayamos juntas a Loch Katrine y Brig o' Turk como si fuésemos Effie Gray y Millais.
- ¿Y Alistair sería Ruskin? —le espeté sonriendo, no sin cierta malicia. El triángulo amoroso entre Effie Gray, esposa del escritor y artista John Ruskin, con su protegido, el pintor John Everett Millais, en el entorno salvaje de los Trossachs escoceses, había conmocionado a la sociedad victoriana de nuestros padres. Paradójicamente, se daba la circunstancia de que Effie Gray y John Ruskin jamás llegaron a consumir su matrimonio.
- Mairi, no seas mala conmigo...

Isla se sumió en el silencio mientras veíamos correr las aguas del río Tay sentadas en el tocón de un árbol. Me preguntó qué me había contado Alistair y le dije que nada en particular, pero que le veía triste y, ante la ausencia de un embarazo, intuía el problema. Diminutas gotas de lluvia empezaron a cubrir su cabello rubio, que pronto se vio como si estuviera cubierto de perlas translúcidas.

- Lo intentaré si tú me lo pides, Mairi —me dijo al fin, clavando en mí la mirada.
- Estaría bien que Alistair y tú pudierais llegar a un entendimiento, pero no quiero que hagas nada que te disguste, querida.

De pronto, la idea de Isla en brazos de mi hermano, asqueada por su contacto y con lágrimas en sus grandes ojos azules mientras él realizaba sobre su pálido cuerpo la idea poco realista que tenía yo del acto sexual, me pareció insoportable y me arrepentí de haberle insinuado siquiera que hiciera un esfuerzo. El destello de dolor -¿o era decepción?- que vi por un instante en su mirada antes de que la desviara firmemente hacia el río no hizo sino conseguir que me sintiera aún peor.

- De veras que lo intentaré. Haría cualquier cosa por ti, Mairi —sentenció, mientras recogía su sombrero y echaba a correr hacia el pueblo, bajo la fina lluvia, sin girarse siquiera a mirarme.

No volvimos a hablar del tema e Isla no volvió a acompañarme en mis paseos, cosa que me mortificaba mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir ante mí misma.

Dos semanas después de aquel incidente, llegó una carta para mí desde Edimburgo. John Pettigrew, el nuevo director del *Edinburgh Advertiser*, el periódico al que solía enviar mis historias románticas por entregas era también, casualmente, dueño de una pequeña editorial y quería que tuviéramos una cita para hablar sobre la publicación de una saga completa de libros destinada al público joven femenino.

Emocionadísima, le escribí de vuelta comprometiéndome a visitarles en la capital una semana más tarde. Sería un viaje un poco largo y pesado, pero era una oportunidad única en la vida para alguien como yo. Además, me ayudaría a dejar de pensar en Isla y en mi hermano, algo que se había convertido para mí en una obsesión enfermiza desde aquella conversación con mi cuñada en el bosque de Birnam. Alistair no parecía mucho más contento desde entonces, e Isla y yo evitábamos quedarnos a solas en una nueva incomodidad que me partía el corazón y me llenaba de remordimiento.

El día de antes del viaje decidí tomármelo de descanso y poder, así, dar un paseo mucho más largo de lo habitual para calmar mis nervios y garantizarme una noche de sueño reparador. Sin embargo, cuando llegué a uno de los puentes que cruzaban el arroyo Inchewan y franqueaban el paso al bosque de Birnam, lo encontré bloqueado por unos hombres del pueblo que estaban reparándolo. Sin saber a dónde más ir, me limité a seguir el camino de carruajes que salía del pueblo hacia el norte, hacia las montañas, el pueblo de Pitlochry y la lejana ciudad de Inverness, donde nunca había estado. Cuando llegué a la altura del río Braan, principal afluente del Tay, giré a la izquierda por un sendero tenue que se abría entre la maleza y que no había visto antes. El sendero bordeaba el río Braan, que corría furioso entre saltos de agua y gigantescos pinos, así como abedules, robles y avellanos que se encontraban todos en el esplendor de la estación.

Imaginé cómo hubiera sido el paseo si Isla hubiera venido conmigo. Aquella mañana la había dejado muy seria sentada a la mesa del desayuno, observando con bucólica apatía un cuenco de gachas de avena frías. La noticia de mi viaje en solitario a Edimburgo, que había dado ante toda la familia la tarde anterior durante el té, le había, quizás, sentado mal a mi cuñada, pero no me había dicho nada al respecto, limitándose a hundir la cabeza en el suplemento de moda del *Perthshire Advertiser* como si fuera la cosa más interesante del universo.

Ahora, en aquel bosque nuevo y virgen, la imaginé caminando delante de mí, con su sombrero de ala ancha en una mano rozando apenas la hierba del sendero, y con una ramita florida en la otra, mientras su trenza rubia se balanceaba de un lado a otro, al son de su risa y de su charla. Me di cuenta de que adoraba el sonido de su voz y de que su ausencia me llenaba de tristeza y de una terrible sensación de abandono. Yo, que siempre había sido tan independiente y que desde niña había estado tan orgullosa de no necesitar a nadie, de pronto, sin ella a mi lado, me sentía completamente sola en un mundo cada vez más gris y sin gracia.

Pronto llegué a un antiquísimo puente de piedra, de apenas cuatro pies de anchura y cubierto de musgo de un profundo color verde, que se alzaba sobre el turbulento río Braan. Junto a él, en un risco elevado sobre las aguas, se encontraba un pequeño edificio de piedra, una especie de capricho de paredes circulares y techo puntiagudo con una invitadora puertecita de madera ligeramente entreabierta. El lugar parecía abandonado. Al acercarme al edificio, oí dentro el rumor lejano de una cascada, así que entré con cierto temor, empujando tímidamente la puerta chirriante. El interior estaba oscuro y fresco y la reverberación del agua, ayudada por el reflejo

de los fragmentos de antiguos espejos polvorientos que yacían desperdigados por el lugar, le daba al ambiente una calidad acuática. Al fondo, una sala más abierta daba paso a un enorme ventanal que miraba sobre unas cascadas espectaculares. Allí, el sonido del agua era ensordecedor. Con cierto esfuerzo y esquivando telarañas y suciedad de varias décadas, abrí una de las ventanas y me asomé. Las gotas de agua de la cascada, que saltaban como salmones superando la corriente, me empaparon la cara en cuestión de segundos y reí al sentir la humedad inesperada sobre mi piel.

Deseé que Isla estuviera allí conmigo. Recordé las gotas de lluvia en su pelo el día de nuestro último paseo y ansié, con un deseo irrefrenable, llevarla a aquel lugar para que el río la coronara de nuevo con aquellas perlas diminutas e iridiscentes con las que yo la recordaba y que la hacían parecer la princesa de un cuento infantil.

“Cuando vuelva de Edimburgo la traeré aquí”, pensé. “La traeré y hablaremos de lo que ella desee. Y con el dinero que gane escribiendo haremos todos los viajes que ella quiera”.

Me aparté de la balaustrada para no mojarme más el vestido y el sombrero y, con cuidado de no tocar ningún cristal roto, me senté en uno de los dos bancos de piedra que había en la parte más umbría del capricho. La penumbra y el rumor del agua me adormecieron y, sin darme apenas cuenta, un par de minutos después me había quedado profundamente dormida.

Entonces tuve un sueño de lo más extraño.

Soñé que estaba en el mismo bosque donde en efecto me encontraba, a orillas del río Braan, junto al capricho de las cascadas y el estrecho y musgoso puente. En mi sueño, bajé por unas piedras que había junto al puente y, en la base del capricho hallé, oculta bajo las gruesas raíces de un árbol, una puerta de madera. La crucé decididamente, como si supiera a dónde iba, y atravesé un túnel de tierra angosto y claustrofóbico que me guiaba en línea recta hasta un lejano punto de luz esplendorosa. Tras unos minutos avanzando, emergí, como si saliera de nuevo del vientre materno, a una luminosidad tan potente que me cegó por completo. Al principio no pude ver nada más que la luz hiriendo mis ojos. Luego, poco a poco, empecé a distinguir el paisaje y me di cuenta de que me hallaba en un verde prado, con un bosque al fondo y una curiosa escena desarrollándose a unas pocas decenas de yardas de distancia.

Por el prado avanzaba una especie de comitiva compuesta por las personas más extrañas que había visto en mi vida. En realidad no habría sabido decir por qué me resultaban tan particulares pero, definitivamente, no eran como las personas que veía en mi día a día. Su pelo era más largo y más brillante, su piel más lustrosa, sus ropas, un sinsentido en términos de moda actual y, sus rasgos, increíblemente bellos y perfectos. En el centro de la comitiva caminaba una pareja compuesta por un hombre y una mujer algo más altos que el resto y lujosamente vestidos. Aunque no llevase corona, ella parecía una auténtica reina, con su vestido de terciopelo verde brillante contrastando con su cabello negro como ala de cuervo. Él era, posiblemente, el hombre más exótico y atractivo que había visto en toda mi vida, con la piel del color del azabache y unos ojos oscuros y profundos que brillaban como una noche estrellada.

No parecieron advertir mi presencia al principio pero, de pronto, el hombre me miró fijamente y con familiaridad. Como si me conociese. Como si me estuviese esperando. Ella se giró entonces también rápidamente y clavó en mí unos espectaculares ojos verdes. En mi sueño, me quedé completamente paralizada y, cuando él me hizo un gesto perentorio con la mano para que me acercase, algo en lo más profundo de mi ser gritó de terror y desperté agitadamente en el interior húmedo y oscuro del capricho, respirando como si hubiera atravesado corriendo todo un bosque.

El rumor sordo de las cascadas y el sonido del viento ululante en las ramas de los pinos ya no me pareció tan invitador como antes y, saliendo del capricho atolondradamente, corrí por el sendero de la orilla del río Braan en dirección a Dunkeld como si una horda de criaturas infernales me persiguiese.

Cuando llegué a casa, busqué instintivamente a Isla sin encontrarla. Agotada, triste y confusa, me derrumbé en mi cama y lloré de frustración.

No entendía absolutamente nada.

Capítulo 2

“Junto al corazón del *Highlander*”

Aquella mañana, antes de salir de casa para tomar el tren a Edimburgo, observé mi imagen en el espejo del dormitorio. No había descansado demasiado bien, presa de pesadillas relacionadas con mi sueño del bosque. Como resultado, bajo mis ojos se marcaban unas poco atractivas sombras violáceas. Mi expresión, en general, tenía un rictus de cansancio.

No habían sido unos años fáciles.

Atendí perezosamente a mi reflejo. Nunca me había sentido ni guapa ni fea ni, en realidad, me había importado demasiado mi aspecto pero, aquella mañana, mientras intentaba peinar mi largo cabello castaño en un recogido que aguantase el viaje con cierta dignidad me sentí, por primera vez en mi vida, corriente hasta la náusea, hastiada y mayor.

Una vez completado el peinado con un sombrero discreto que no me dificultara el viaje en tren y sus estrecheces, me levanté del tocador y contemplé mi figura, embutida en un conjunto de tweed verde oscuro que había combinado con una elegante camisa blanca, regalo de Isla, y con un precioso reloj de bolsillo victoriano que había sido de mi padre. A pesar de los largos paseos que me mantenían más que en forma, no era tan esbelta como las revistas de moda parecían indicar que debía ser, aunque el corsé ayudaba bastante tanto a estrechar mi cintura como a abultar artificialmente un pecho de paloma que estaba muy de moda y que yo estaba lejos de tener. Mis facciones, aunque simétricas y relativamente armoniosas, eran escandalosamente normales y no había nada en ellas que llamase la atención ni para bien ni, afortunadamente, para mal. Era alta y algo robusta y quizás por eso ningún joven de la zona me había llegado a cortejar con genuino interés en mis años de juventud al percibirme como físicamente poco delicada. Tampoco es que eso me hubiera causado ninguna tristeza importante, sobre todo tras ver lo que los estragos del amor juvenil habían causado en mi hermana Elspeth a los dieciséis años. La pobre se había enamorado, como solo una adolescente puede hacerlo -como si el mundo se fuera a acabar al día siguiente-, del hijo único de una familia muy acaudalada que vivía a las afueras del pueblo, en una enorme finca ya cercana a Pitlochry. Obviamente, los padres del chico se habían opuesto a la relación y habían terminado mandándolo a estudiar a Londres para evitar lo que ellos consideraban un disgusto familiar. Elsie nunca volvió a saber de él, enfermó de la tristeza y apenas habló durante dos años, tras los cuales decidió enterrar su pena en la grieta profunda que esta había cavado en su corazón y seguir adelante, y se entregó en cuerpo y alma a la vida parroquial y a nosotros.

Tras mi poco satisfactoria puesta a punto ante el espejo, busqué a mi familia por la casa para despedirme de ellos, pero todos parecían haber desaparecido, olvidados de mi marcha. Tan solo encontré a Isla apoyada en la jamba de la puerta de la cocina, en la penumbra fresca del zaguán de la casa, cabizbaja, sin vestir ni peinar aún y cubierta con un salto de cama blanco lleno de bordados y un chal viejo de lana gris sobre los hombros.

— Vas a irte, ¿verdad? Vas a encontrar un trabajo en Edimburgo y vas a dejarnos —me dijo con apenas un hilo de voz, sin mirarme a los ojos.

— ¡No voy a irme! Solo voy a una entrevista para saber si les interesan mis novelas.

Le hablé con todo el cariño de que fui capaz. Sabía que le mentía a medias. Que, en realidad, si mi proyecto tenía éxito, a largo plazo me iría.

— Creo que me moriría si te fueras, Mairi.

Me quedé mirándola sin saber qué responder a aquella apasionada declaración. No sabía si soltar mi bolso de viaje y abrazarla hasta fundirla literalmente entre mis brazos y que nos convirtiéramos en un solo ser o si salir corriendo por la puerta y no regresar jamás. ¿Cómo era posible que, solo unos meses antes, mi existencia discurriese como una balsa de aceite emocional y ahora, en cambio, ya no acertase ni a atarme los zapatos de lo ansiosa que me ponía la existencia misma de Isla? Era un misterio para mí.

Avancé hacia la puerta con enorme indecisión y, en el último momento, regresé y tomé a Isla de la mano. Ella levantó hacia mí unos ojos azules cuajados de lágrimas y de una esperanza que no entendí.

Le apreté la mano durante un segundo y salí corriendo hacia la estación con el corazón a punto de salirse del pecho y resonando en mis oídos como un tambor gigante. Solo el silbido de la locomotora atronando a su entrada en la pequeña estación de Birnam sonaba más fuerte que él.

Aquel día, en Edimburgo, en unas polvorientas oficinas de Rose Street, conteniendo estoicamente el temblor de mi mano, firmé con la editorial la entrega de una saga de cuatro novelas durante los siguientes dos años. Podría parecer un calendario apretado, pero, en realidad, no tenía mucho más que hacer y, además, me daban un pequeño adelanto con la entrega del primer capítulo de cada una de ellas. La saga estaba destinada a llamarse “Junto al corazón del *Highlander*”. No me hacía demasiada gracia el planteamiento barato de las tramas y de los personajes, pero podía ser mi llave a una vida de plena independencia. Estaba dispuesta a sacrificar por ello lo que yo creía que era mi calidad como autora y, en realidad, lo que hiciera falta.

Hambrienta pero demasiado ansiosa como para detenerme a comer, deambulé por las calles de la *New Town* mientras aguardaba la salida de mi tren de regreso al norte. De pronto, instintivamente, me vino a la cabeza la idea de utilizar el dinero de las novelas para que Isla y yo nos fuéramos a vivir juntas. ¡Qué egoísta y qué mala hermana me sentí al segundo siguiente! ¿Cómo podía estar siquiera pensando aquellas cosas?

Justo en ese momento me encontré ante la puerta de una librería con la imagen de una liebre dorada en la fachada y entré de forma un tanto abrupta, intentando sacudirme de encima aquellos pensamientos sin sentido. Hacía mucho tiempo que no estaba en una librería tan grande y tan bien surtida y, afortunadamente, eso sirvió para distraerme durante un buen rato. Terminé adquiriendo “Hijas itinerantes”, la última novela de Dorothea Gerard, cuya prosa estaba segura de que me atraparía durante todo el viaje de vuelta a casa. Admiraba el tesón de las hermanas Gerard en labrarse una carrera como escritoras en un mundo editorial tan hostil hacia las mujeres y tenía la poco humilde esperanza de ser, algún lejano día, su sucesora. Aunque no estaba segura de que “Junto al corazón del *Highlander*” fuera a concederme mucho apoyo por parte de la crítica.

Mientras pagaba mi libro, observé cerca de la caja registradora un pequeño volumen cuya ilustración de portada llamó poderosamente mi atención: una dama alta y esbelta, de largos cabellos negros y túnica de terciopelo verde, avanzaba por el claro de un bosque en medio de una elegante comitiva. El título rezaba “La Comunidad Secreta del reino de Elphame”. Habría jurado

que aquella dama era la extraordinaria reina sin corona de mi sueño. Siguiendo un impulso irrefrenable, lo compré también y corrí entre el gentío y los tranvías hacia la estación de Waverley.

Llegué a casa de noche, agotada y feliz, con el contrato en una mano y mis libros nuevos en la otra. Todo estaba en silencio, augurando lo que parecía una retirada temprana por parte de mi familia. Devoré más que comí una generosa porción de *bannock* y un poco de queso en la cocina oscura, en lo que era mi primera comida del día. Por primera vez en muchas noches, dormí plácidamente y sin sueños perturbadores.

Dediqué los días siguientes a preparar el esquema, la trama y los personajes de la primera novela de la saga, que debía llamarse “Junto al corazón del *Highlander* I: pasión en el brezo”. Estaba ansiosa por enviar a la editorial el primer capítulo para obtener su visto bueno y el adelanto prometido. Trabajaba incansablemente durante casi todo el día y, por la tarde, antes de cenar, me permitía dar un paseo hasta el bosque de Birnam, que volvía a estar accesible y que se convirtió, de nuevo, en mi santuario favorito. Después de la cena, me retiraba de inmediato a mi habitación y leía mi libro de Dorothea Gerard hasta que se me cerraban los ojos.

Isla no parecía molesta por mi actitud distante ni por mis largas jornadas de trabajo, que pasaba encerrada en el antiguo despacho de papá, una habitación pequeña y luminosa que daba al jardín trasero de la casa y que a mí me parecía que aún guardaba su olor. Al contrario, la veía más risueña que nunca, volcada en atender a Alistair, en que la casa estuviera a punto para las visitas y en renovar su armario de cara al verano, cuya proximidad ya se dejaba sentir en las largas horas de luz y en la abundancia de días soleados. En una ocasión, incluso, hizo una de aquellas alegres expediciones a Perth con Elsie, aunque a la vuelta sentí que buscaba mi mirada sobre la mesa de la cena y que me observaba con una expresión de contenido desencanto, como si me hubiera echado mucho de menos durante la excursión pero no se atreviera a decirlo, ni tan siquiera a insinuarlo, para no incomodarme.

Yo la echaba terriblemente de menos.

Cada tarde, en mi paseo hasta los robles de Birnam, la imaginaba caminando delante de mí y hasta tenía conversaciones ficticias con ella en voz baja. En alguna ocasión me sumergí tanto en mi delirio, que los caminantes que me encontraron de frente se quedaron mirándome como si estuviera loca. No les culpo. Debía ofrecer un cuadro de lo más ridículo.

Por las noches, soñaba con ella en situaciones que luego no recordaba con exactitud, pero que me hacían enrojecer al despertar. Prefería con mucho las pesadillas recurrentes con el extraño sueño del capricho del río Braan, que tenía cada vez con mayor frecuencia. Veía a los misteriosos personajes cada vez más cerca, con cada vez más detalle, y su llamada se hacía cada noche más imperiosa e inquietante.

Una mañana, tras una noche de pesadillas más agitadas de lo habitual, decidí tomarme unas horas de descanso. Tomé el otro libro que había comprado en la librería de Edimburgo y salí, sin molestarme en desayunar siquiera, a dar un paseo hasta el bosque de Birnam. Hacía un día ventoso que alborotaba mi cabello, y las nubes pasaban a toda velocidad por encima de nuestro pueblecito y de las aguas turbulentas del río Tay. Una vez entre los robles de Birman, resguardada entre sus troncos centenarios llenos de oquedades, bultos y setas a cual más extraña, me acomodé en el viejo tocón donde solía sentarme con Isla antes de nuestro distanciamiento y abrí “La Comunidad Secreta del reino de Elphame”.

Parecía tratarse de una antigua colección de folklore sobre el mundo de las hadas. Según rezaba la contraportada, el texto había sido escrito por un tal Robert Kirk, reverendo en el pueblo de Aberfoyle, en los Trossachs, a finales del siglo XVII, aunque la edición que yo tenía en mis manos, obra de un tal Andrew Lang, databa de hacía solo trece años. Volví a observar a la dama de la portada. Se parecía asombrosamente a la mujer de mi sueño y su cortejo también era similar al que había visto acompañándola. Solo estaba ausente de la imagen su atractivo compañero.

Ojeé el pequeño volumen cada vez con más interés. Según el reverendo Kirk, había todo un mundo de seres feéricos y espíritus no humanos habitando en una dimensión paralela a la nuestra a la que se accedía por una suerte de entradas secretas que podían estar en cualquier parte: troncos de árboles, cascadas, puentes, agujeros en la tierra, etc. Si se hacía el ritual adecuado delante de uno de ellos, el portal se abría temporalmente, permitiendo la entrada a su mundo. Eso sí, Robert Kirk advertía que, si un humano conseguía llegar al reino feérico, lo más probable es que las hadas y el resto de las criaturas que habitaban allí le retuvieran durante siete años antes de dejarle marchar. El reino más famoso de entre todos ellos sería el de Elphame, gobernado por una poderosa dama de negros cabellos y ojos verdes como el mar del verano.

El reverendo aseguraba que había conocido a personas que habían vivido aquella experiencia y que, tras siete años en Elphame, habían regresado con dones sobrenaturales como el de la profecía o el de la segunda visión. No yo tenía la menor idea de lo que significaba esto último.

Había una introducción escrita por el editor del libro que puntualizaba el hecho de que Robert Kirk había sido un personaje totalmente real del que se guardaban registros históricos y que había fallecido de forma misteriosa, intentando, al parecer, entrar en Elphame, durante la madrugada del catorce de mayo de 1692. Aquello me pareció extraordinariamente singular por el hecho de que, en apenas unos días, sería esa misma fecha.

— Sabía que te encontraría aquí, pequeñaja.

La voz de mi hermana me sobresaltó y cerré el libro de golpe.

— ¡Elsie! ¡Qué susto! ¡Casi me da un infarto, pensé que estaba sola!

Mi hermana se rio de mí mientras se sentaba a mi lado en el tocón. Era casi tres años mayor que yo y siempre me había llamado “pequeñaja”, incluso ahora que la diferencia de edad entre nosotras era imperceptible a simple vista. De hecho, yo era un poco más alta que ella, lo cual empezó a hacer la situación bastante cómica durante nuestra adolescencia, algo que a Elsie nunca le importó lo más mínimo.

— ¿Cuándo dejarás de llamarme así? —le pregunté dándole un codazo amistoso.

— ¡Cuando las ranas críen pelo, pequeñaja! —contestó, quitándome el sombrero en un gesto rápido mientras reía de nuevo. Elsie era una persona alegre por naturaleza. Por eso todos en la familia habíamos lamentado tanto el trauma que sufrió durante su juventud con aquel amor desgraciado. Elsie era, además, la persona más directa del mundo— Y ahora, dime, ¿qué te pasa con Isla? ¿O qué le pasa a ella contigo?

— Nada. No me pasa nada con ella, ni a ella conmigo, que yo sepa.

Hablé con un tono pretendidamente despreocupado, como si fuera algo sin la más mínima importancia, cuando en realidad no podía pensar en otra cosa. Consciente de que no podría mantener aquella farsa ante mi hermana durante mucho tiempo, recuperé mi sombrero de sus manos e intenté cambiar de tema:

— Oye, ¿tú sabes lo que es la segunda visión?

— Sí, claro. Un cuento de viejas. Y ahora dime qué te pasa con Isla o te tiro el sombrero al río.

Elsbeth me arrancó el sombrero de la cabeza con un movimiento sorprendentemente ágil, se levantó con él en la mano, agitándolo como si fuera uno de los trofeos que nos repartían en el colegio de parte de la duquesa de Atholl cuando éramos niñas, y corrió hacia la orilla, amenazando con arrojarlo al agua. Inspiré profundamente, me levanté yo también con mi libro en la mano y me uní a ella junto al Tay. El viento había amainado y ahora hacía una preciosa mañana, fría y, a ratos, soleada, de principios de mayo. Los huidizos rayos del sol se reflejaban en el cabello de mi hermana, gemelo al mío en todo, y en sus ojos castaños, chispeantes y llenos de vida.

Se lo conté. Es decir, le conté lo que se podía contar. Que Alistair y su esposa estaban teniendo problemas de alcoba y que por eso no venía el niño que todos esperábamos. Que Isla me lo había contado y que yo le había pedido que se esforzase en cierta medida, pero que no hiciera nada que la disgustase. Que desde entonces no nos habíamos relacionado mucho. Y que yo tenía un montón de trabajo con la nueva saga de libros.

Pero que no ocurría nada.

Elsie insistió en que algo más debía estar pasando, pero le aseguré que no. Por supuesto, no me creyó, aunque aparentó hacerlo. Me devolvió el sombrero, no sin antes hacer como que lo tiraba al agua mediante un gesto cómico, y volvimos a casa caminado tranquilamente y haciéndonos bromas la una a la otra. Justo antes de entrar por la puerta de casa, mi hermana se giró de pronto hacia mí, que la seguía por la cuesta arriba, y me dijo:

— Es la supuesta capacidad de algunas personas de profetizar ciertos eventos, ver a los fallecidos o a los que van a fallecer y reconocer a las hadas y a los seres feéricos que caminan entre nosotros —mi hermana hizo un gesto de entrecomillado con los dedos en las últimas palabras—. Cuentos de viejas del pueblo, pequeña.

— ¿Qué?

— ¡La segunda visión, bobita! Venga, vamos a desayunar, que he salido corriendo detrás de ti esta mañana nada más verte salir con cara de drama griego y ahora me muero de hambre.

Sintiéndome revitalizada, trabajé todo el resto del día en la novela para compensar mi largo paseo por el bosque de Birnam. Hacía un par de días que había terminado la fase de planificación de la trama y de los personajes y, en realidad, estaba a punto de finalizar el primer capítulo. Con un poco de suerte, al día siguiente podría darlo por acabado, repasarlo hasta que quedara perfecto y dejarlo en la oficina postal antes de que cerrasen.

Isla no bajó a cenar. Mi hermano me dijo que llevaba con una fuerte migraña toda la tarde y que había preferido quedarse descansando hasta el día siguiente. Elsie me miró desde el otro lado de la mesa y levantó las cejas de forma inquisitiva, como diciendo “y no pasa nada, ¿verdad?”.

Estuve tentada de subir a verla un rato más tarde, en cuanto acabó la cena pero, cuando estaba reuniendo valor -o imprudencia- para hacerlo, vi a Alistair subir la escalera con una bandeja cargada de té y de galletas recién hechas que la señora Rattray había traído especialmente, y no quise interferir.

— Dile que se mejore de mi parte, ¿de acuerdo? —le pedí en un susurro y, continué, casi sin pensar— Cuida de ella, por favor.

— Claro, Mairi, siempre lo hago —contestó, un tanto extrañado por mi tono melodramático—. No te preocupes, mañana estará bien. Solo es un dolor de cabeza.

Al día siguiente Isla no estaba bien. No bajó a desayunar ni a almorzar, y Alistair nos dijo, con el ceño fruncido por la preocupación, que se sentía débil y alicaída. Que no quería abrir las

cortinas, ni comer, ni hablar, ni ver a nadie.

Me estaba volviendo loca.

Después de finalizar el primer capítulo de mi libro con muchas más prisas de las que habría debido, pedaleé en mi bicicleta como una demente hasta la oficina de correos, que estaba a punto de cerrar, lo envié a la editorial de Edimburgo en el último segundo, y regresé a casa sin resuello, recibiendo a mi paso por las calles del pueblo las miradas escandalizadas y desaprobatorias de algunos vecinos. Solté la bicicleta en la misma puerta, subí las escaleras del rellano de dos en dos y, solo cuando estuve ante la puerta de la alcoba de Isla, me permití parar y recuperar el aliento. Escuché detrás de la puerta durante varios minutos, llena de ansiedad, pero no escuché nada. Sabía que Elsie estaba en la parroquia y había visto a Alistair desaparecer después del té camino del pueblo para hablar con el médico.

Abrí la puerta muy despacio y me asomé.

En la habitación de Isla, aquel lugar familiar y lleno de recuerdos que había sido la alcoba de mis padres, reinaba la penumbra. De las dos ventanas de la sala, solo una tenía las cortinas ligeramente entreabiertas y un leve rayo de luz vespertina se colaba entre ellas e iluminaba apenas la cama con dosel donde yacía ella, vuelta de espaldas a la puerta y tapada con una sábana blanca que dibujaba sus formas juveniles.

Estaba a punto de marcharme, creyéndola dormida, cuando escuche su voz a mis espaldas.

— Así que “dile que se mejore de mi parte”. ¿Eso es todo?

Su voz estaba llena de amargura y decepción. Me resultaba insoportable.

— Ahora estoy aquí —contesté en voz baja, girándome para mirarla.

Se había incorporado en el lecho y me miraba fijamente, aunque su expresión estaba oculta en la penumbra.

— ¿Estabas preocupada por mí, entonces? ¿Aunque solo fuera un poco?

— ¿Un poco? ¿Lo dices en serio, Isla? Cuando no bajaste tampoco esta mañana ni a la hora de almorzar creí que me moría de la preocupación. ¡Apenas he podido trabajar! —de pronto salió todo en un torbellino de palabras, inconexas por haber estado guardadas demasiado tiempo— No duermo, no como, no escribo lo suficiente. No pienso más que en ti. ¡Hasta sueño contigo! Y ahora caes enferma y no sé qué debería hacer, aparte de sentirme terriblemente culpable, si es que es mía la culpa de tu malestar. ¿Es mía, Isla? ¿Es mía o no? Ayúdame a entender, te lo suplico.

Se hizo un silencio inmenso entre nosotras tras el cual Isla se levantó de la cama lentamente, denotando en verdad sus pocas fuerzas, y se acercó a mí. Tras sostener mi mirada unos segundos, cerró la puerta a mi espalda y yo aproveché para apoyarme allí, sintiéndome extenuada y más confusa de lo que había estado en toda mi vida. No podía parar de musitar “ayúdame”, como si fuera un mantra de salvación, mientras observaba su rostro tan querido, ahora al fin visible. Isla me tomó de la mano, como había hecho yo la mañana en la que me fui de viaje a Edimburgo. Pero ella no me soltó, sino que, poco a poco, fue subiendo con su mano por mi brazo y mi hombro, hasta llegar a mis mejillas y mis labios, que acarició con delectación.

Cerré los ojos para no verla porque era algo superior a mis fuerzas: estaba despeinada, con los hermosos mechones rubios deslizándose por sus hombros y con el cuerpo cubierto por un camisón bordado de un lino tan delicado que revelaba sus adorables formas, particularmente sus caderas redondeadas y sus senos puntiagudos, que se destacaban en la prenda como las cumbres de dos montañas prohibidas tocadas por la luz del atardecer.

Se puso de puntillas y me besó suavemente en la comisura de la boca. Yo temblé como una

hoja mecida por el viento, pero no dudé en devolverle el gesto, guiada por un impulso vital desconocido para mí. Mientras el beso se volvía más íntimo y profundo, Isla tomó con su otra mano la mía y la depositó con delicadeza en uno de sus senos. Sentí un pulsante ardor en mi sexo, una sensación que hasta entonces solo había experimentado al despertar de algunos sueños sonrojantes u, ocasionalmente, al imaginarme en brazos de algún atractivo joven del pueblo.

Mientras acariciaba aquellas cimas sonrosadas, que se endurecían bajo mi presión como si estuvieran diseñadas específicamente para ello, Isla, suspirando junto a mi oído, abandonó mi mano para bajar las suyas por mi vientre hasta llegar a la falda de mi vestido, que comenzó a levantar ansiosamente para alcanzar con sus caricias mis muslos y mi intimidad.

Me acarició hasta que morí de placer y renací entre sus brazos y sus labios, sintiendo dolorosamente que todo tenía sentido.

Quise hacer lo mismo por ella, pero, en ese momento, ambas escuchamos abrirse la puerta de entrada de la casa y nos separamos con brusquedad. Aterrada, salí huyendo de la alcoba y de los brazos de Isla sin mirarla siquiera y me encerré en mi cuarto de un portazo, con las lágrimas saltadas por la culpa y las emociones acumuladas. Oí a Alistair subir las escaleras silbando y entrar en su alcoba, y supe que jamás podría perdonarme por lo que acababa de suceder. Aunque no terminaba de entender muy bien qué significaba lo ocurrido ni qué era lo que yo sentía o lo que habíamos hecho Isla y yo, sí sabía que aquello enturbiaría la vida de mi hermano, y que, de descubrirlo, le haría un daño irreparable no solo a él, sino a toda nuestra familia.

Debía salir de la casa y, si era posible, de Dunkeld, lo antes posible. E irme lo más lejos que pudiera.

A veces hay que tener cuidado con lo que se desea.

Capítulo 3

Al otro lado del espejo

Los días pasaban y no obtenía la ansiada respuesta de la editorial de Edimburgo. Me sentía perdida y mucho más confusa de lo que podía soportar.

Mis noches estaban llenas de pesadillas, en las que los personajes del extraño sueño del bosque del río Braan aparecían cada vez más cerca de mi campo de visión y me llamaban con gestos y voces cada vez más apremiantes y severas, como exigiendo el cumplimiento de alguna, para mí, ignota responsabilidad. Aquellos sueños me llenaban de inquietud.

Mis días, por el contrario, estaban llenos de encuentros furtivos con Isla, que me asaltaba en cada rincón de la casa y me llenaba de besos y de caricias que no perdían, para mí, ni un ápice de excitación por mucho que las repitiese. También yo aprendí a proporcionarle aquel mismo gozo y he de confesar que encontraba incluso más satisfactorio contemplar su placer que sentir el mío propio. Isla era absolutamente hermosa en aquellos momentos, con sus uñas clavadas en mi carne, sus ojos fuertemente cerrados, su ceño un tanto fruncido y sus labios rosados abiertos en una curvatura que me habría gustado saber dibujar y, así, poder contemplarla para siempre. Durante exactamente siete segundos, Isla se convertía en una criatura de belleza inmortal entre mis manos. Me aprendí cada centímetro de su cuerpo, desde la punta de sus dorados cabellos hasta los menudos dedos de sus pies, pasando por su vientre ligeramente abultado y por la graciosa marca de nacimiento, en forma de media luna, que se escondía en el interior de su muslo izquierdo.

— Te quiero, Mairi —suspiraba en mi oído Isla en aquellos momentos de delirio—. Te adoro. No me dejes nunca, te lo suplico.

Yo besaba entonces su boca para no sentirme culpable por la visita que hacía a diario a la oficina de correos del pueblo, en busca de una respuesta editorial que, andando el tiempo, debería apartarme de ella para siempre. Ella, que se quejaba con frecuencia de que no le decía que la amaba.

No sabía si amaba a Isla.

La deseaba con una avidez que no entendía y la encontraba, desde luego, el ser más hermoso que había visto jamás. Y la quería, claro que la quería. Pero no sabía si tanto como ella parecía quererme y necesitarme a mí.

De todas maneras, nada de aquello importaba. Si todo iba como debía ir, para el otoño siguiente yo ya no estaría allí y Alistair y ella podrían reconducir su vida matrimonial, arreglarse, tener hijos y ser felices. Isla se olvidaría de mí y yo de ella, y viviría una existencia apacible e independiente escribiendo mis libros, tal vez con la compañía de Elsie, si es que prefería mudarse

conmigo. Sospechaba que no, porque mi intención era irme muy lejos de Dunkeld, incluso, quizás, a la propia Edimburgo.

Una tarde en que Isla y Alistair habían salido juntos a atender un compromiso social con la familia de ella, encontré a mi hermana tomando el té en el salón con la señora Abercrombie, una anciana viuda a la que mi hermana iba ocasionalmente a ayudar a su casa. La señora era, pese a su avanzada edad, bastante independiente, pero le venía muy bien tener una mano extra cuando hacía la colada o cuando necesitaba acometer pequeñas reparaciones en la propiedad.

— ¿Conoce usted a mi hermana, señora Abercrombie? —la interpeló Elsie, mientras me hacía un gesto para que me sentara con ellas a la mesa del té.

— Oh, claro que sí, querida niña. Claro que conozco a Mairi Ferguson. La recuerdo muy bien de cuando vuestra madre solía llevaros a la escuela dominical de la parroquia. Yo vivía entonces al lado, en la Cruz. Fue antes de mudarme a este otro *cottage* más pequeño, donde me apaño mejor —y añadió, tras hacer una pausa—. A veces la veo cruzando el puente camino a Birnam con vuestra cuñada.

Me senté con ellas y tomamos el té mientras charlábamos sobre gente que teníamos en común. Sin embargo, la señora Abercrombie parecía distraída de la conversación y, frecuentemente, la sorprendía con su mirada clavada en mí. Me pregunté si era factible que supiera lo que ocurría entre Isla y yo, pero era imposible que así fuese. Fuera de casa, jamás dábamos ni una sola señal de nuestra afición la una por la otra. Es más, apenas nos dejábamos ya ver juntas por el pueblo.

— Elsie me dijo esta mañana que está usted interesada en la Segunda Visión, querida —me espetó de pronto la señora Abercrombie, cortando un largo parlamento de mi hermana acerca de cómo y por qué la hija de nuestra vecina había dejado escapar una oportunidad de oro rechazando la propuesta de matrimonio del sobrino del pastor.

— Sí, así es —contesté yo, desconcertada por la situación y, sobre todo, por la actitud de la anciana—. Adquirí un libro en Edimburgo que la menciona, pero no explica nada más. El libro habla sobre una supuesta comunidad secreta de seres feéricos.

— No es supuesta, querida niña. Es bien real. La Segunda Visión es, entre otras cosas, la capacidad que se otorga a algunas personas para reconocer a las hadas a través de su glamur.

— ¿Glamur? —reconozco que alcé un ceja, llena de escepticismo.

La señora Abercrombie me miró fijamente, como examinando si merecía la pena continuar con la conversación. Finalmente, continuó:

— El glamur es el aura de la que se rodean esos seres para no ser reconocidos cuando viven entre nosotros. Habitan en su comunidad secreta, como usted misma la ha llamado, pero a veces caminan en nuestro mundo por diferentes propósitos.

— ¿Qué propósitos podrían ser esos? —le pregunté.

— Oh, muchos diferentes, pero generalmente los guía su espíritu de aventura. Quieren comprobar si lo que les cuentan los humanos que viajan a Elphame es verdad o no.

— ¿Ha dicho usted Elphame? —la corté ansiosamente.

La señora Abercrombie asintió y murmuró con reverencia algo así como “el Reino”. A continuación, al observar la cara de asombro de Elsie, cambió radicalmente de tema y volvió a los chascarrillos sobre el sobrino del pastor. Aunque intenté arrancarle más información a lo largo de aquel té compartido, la anciana se negó a volver a hablar del tema por el sencillo y eficaz método de ignorarme descaradamente.

Aquella noche, Isla me visitó en mi alcoba. Era la primera vez que lo hacía y aquello me llenó

de angustia, puesto que Elsie dormía en el cuarto contiguo al mío. Generalmente, nuestros encuentros fugaces se producían en rincones oscuros y siempre que no hubiera absolutamente nadie más que nosotras dos en la casa.

Isla se acostó a mi lado y me abrazó con fuerza mientras me acariciaba el rostro, susurrándome dulces palabras. Temí que nos quedásemos dormidas y que nos sorprendiera el alba allí juntas, así que fui incapaz de descansar durante el largo rato en que se quedó conmigo. Finalmente, tras demandarme, como una gata en celo, su cuota de placer, que le otorgué más tensa que gustosa pero rendida, como siempre, a su belleza, se marchó como un fantasma en la noche.

Amaneció el catorce de mayo de 1906.

Yo aún no lo sabía, pero aquel sería mi último día en el mundo de los mortales durante mucho tiempo.

Por la mañana temprano, mal dormida y muy preocupada por el peligroso cariz que estaba tomando mi relación con Isla, fui en bicicleta hasta la oficina de correos. Llena de ansiedad, recibí la noticia que ya temía puesto que se repetía todos los días: aún no había cartas de Edimburgo para mí. Cabizbaja y sintiéndome atrapada en una vida que escapaba a mi control cada día un poco más, regresé a casa, desayuné y, en cuanto terminé, me marché a pasear al bosque de Birnam sin hallar paz ni sosiego en ningún momento.

A la hora del almuerzo me pareció que el ambiente en la mesa estaba enrarecido. No habría sabido decir por qué en aquel momento -ahora sí lo sé-, pero había demasiados silencios por parte de Alistair, y mi hermana presentaba una cara llena de preocupación. Solo Isla parloteaba sin parar, llena de luz y de vida.

Yo estaba demasiado cansada como para advertir nada que no fuese mi propio agotamiento físico y mental y mi sensación de fracaso como autora, como mujer y como hermana, así que subí a mi alcoba y me acosté hasta la hora del té. Tuve pesadillas más vívidas de lo normal con los personajes del sueño del bosque del río Braan, de las que desperté varias veces agitada y sudorosa. En mis sueños, la reina sin corona me llamaba de forma imperiosa, exigía mi presencia con grandes aspavientos y, mientras lo hacía, en sus ojos verdes inflamados en llamas se adivinaban guerras ancestrales y horrores sin nombre.

Deseé que aquel día terminase cuanto antes.

Después de cenar, me retiré temprano, me metí en la cama y me sumí en otro sueño inquieto en el que los ojos de la reina estaban cada vez más cerca. “Elphame”, susurraba la dama mientras me señalaba. “¡Elphame!” terminaba gritando, llena de ira, ante mi inacción. Finalmente, extendí mi mano hacia ella, incapaz de resistirme por más tiempo a su llamada, pero, en el momento en que la reina se disponía a tocarme, algo me despertó y me arrastró con una fuerza visceral al mundo de la vigilia.

Isla estaba entre mis piernas, acariciando mi vientre suavemente con sus delicadas manos, mientras pasaba la punta de su lengua por mi intimidad. Recién emergida de la pesadilla, con las sensaciones a flor de piel y con aquella irresistible criatura frente a mí, no pude menos que dejarme arrastrar por un clímax que me asaltó brutalmente, con más dolor y miedo que placer, y al que me rendí sin condiciones durante unos segundos que se me hicieron eternos.

No pude salir de él ni siquiera cuando Alistair abrió la puerta y nos sorprendió a las dos en un acto que, seguramente, no entendía.

Juro por lo más sagrado que intenté parar, pero no pude.

Isla se cubrió rápidamente, bajó de la cama pálida como una aparición y corrió a encerrarse en su alcoba sin decir una palabra. Mi hermano me miró con los ojos llenos de lágrimas, repitiendo mi nombre una y otra vez, horrorizado, como si ya no conociera más palabras. En realidad, Alistair sospechaba lo que ocurría desde hacía tiempo y aquella noche solo había tenido que permanecer despierto hasta que Isla se había levantado sigilosamente para venir a verme. Sin embargo, la cruda y explícita confirmación de sus temores le había dejado literalmente sin palabras.

Me es imposible describir mi vergüenza.

Mi culpa.

No recuerdo mucho más de aquella noche, salvo que me vestí con lo primero que encontré, que fueron mis ropas de montar en bicicleta –un jersey y unos pantalones que adoraba-, y me arrodillé ante Alistair suplicando su perdón entre tantas lágrimas que no podía siquiera ver bien su cara. Ante su silencio, su estupor y su mirada cargada de decepción, reuní unas pocas cosas en mi bolso de viaje y me marché, sin ser realmente consciente del momento ni de la hora de la noche.

Caminé por las calles del pueblo hacia el puente sobre el río Tay mientras una leve claridad comenzaba a asomar, tímidamente, entre las colinas que enmarcaban Dunkeld. Pronto amanecería. En mi inmenso dolor, habría querido borrar toda mi vida y comenzar de cero para remediar el error cometido. Deseé con todas mis fuerzas no haber conocido nunca a Isla, aunque, al mismo tiempo, no paraba de pensar en si estaría bien y en qué iba a ocurrirle ahora.

Algo dentro de mí me arrastraba lo más lejos posible de Dunkeld y de todo lo que había conocido hasta entonces, hacia el bosque del río Braan, la cascada, el puente de piedra y el capricho donde aquel día me había quedado dormida.

Cuando entré en el bosque, se levantó un vendaval que agitó las copas de los árboles de forma amenazadora. Corrí por el sendero, tropezando a cada paso por una oscuridad forestal que el leve resplandor del sol, aún no nacido, no conseguía romper. Pronto llegué al puente y al capricho de piedra y me dejé caer a los pies de la puerta de madera, que estaba cerrada. Lloré amargamente, sin saber por qué había ido hasta allí en vez de tomar, simplemente, la carretera a Inverness o el tren a Perth.

Entonces recordé mi sueño.

Apoyándome en los troncos de los árboles, bajé hasta el puente. Desde allí, fui palpando mi camino entre las rocas del río hasta llegar a la base del capricho, que se alzaba orgulloso sobre las cascadas como un palacio élfico. El agua me salpicaba en la cara y me hacía resbalar sobre las piedras, pero no tenía miedo de caerme. No tenía miedo de morir. Aunque mi instinto de supervivencia no me había abandonado del todo, en aquel momento la muerte habría sido la solución más sencilla a todos mis problemas.

De pronto, mis manos palparon un cúmulo de gruesas raíces. Miré hacia arriba y vi que pertenecían al gigantesco roble que se alzaba a uno de los lados del capricho, frente al estrecho puente de piedra. Las aparté con enorme esfuerzo, haciéndome sangre en las manos, ansiosa por abrirme camino hacia lo que sabía que había detrás. En aquel momento ya no distinguía del todo la realidad de la ensoñación y me sentía como, probablemente, había debido sentirse muchas veces mi pobre padre en sus últimos meses de vida. Trastornada y delirante, arranqué con rabia las raíces que no pude apartar, manchando de sangre mis ropas y mi rostro.

Allí estaba la puerta de mi sueño.

El sonido salvaje del viento, el río y las cascadas me aturdía y en mi cabeza había comenzado

a sonar como un zumbido de abejas que no me permitía pensar con claridad. Agotada, posé mi mano sobre la extraña puerta, pero nada ocurrió.

En aquel momento, el primer rayo de sol surgió de entre las copas de los árboles e iluminó el umbral de la puerta con una luz mucho más potente de la que habría sido lógico esperar.

Supe lo que tenía que hacer.

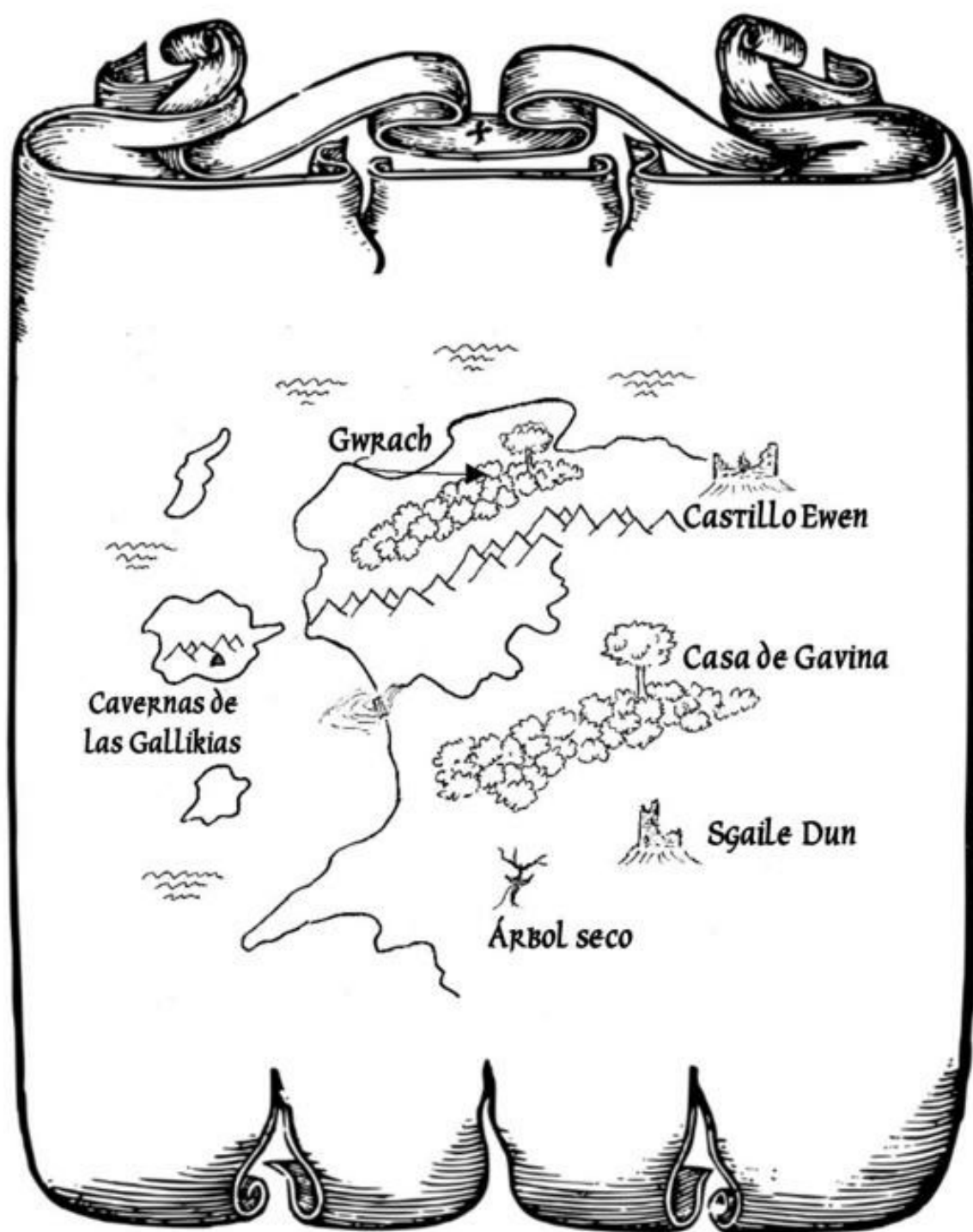
— Elphame —susurré.

La puerta estalló en una explosión de luz y caí, como Alicia, al otro lado del espejo.

SEGUNDA PARTE



*¿Cuánto tiempo es para siempre?
A veces, solo un segundo*



Parte del Reino Feerico de Elphame

Capítulo 4

El Reino

Cuando la luz dejó de cegarme por completo, lo primero que vi fue el campo de mi sueño, pero ya no se parecía en nada al lugar que había contemplado oníricamente. La verde pradera era ahora una extensión anodina de tierra quemada y al fondo, donde había visto un bosque, se alzaban apenas unos troncos calcinados que permitían ver, más allá, sobre una empinadísima colina, lejos de donde yo me encontraba, una fortaleza de extraña factura. Todo el paisaje estaba cubierto por un cielo ominoso y anaranjado cuajado de nubes que amenazaban tormenta. Creí oír a lo lejos el sordo rumor de un trueno.

Sentí que mi cuerpo se volvía de revés y vomité sobre la tierra devastada mientras abrazaba mi bolso de viaje como si fuera un escudo protector.

Cuando mi estómago dejó de agitarse, me dejé caer en el suelo, sin fuerzas para nada. Me sentía extraordinariamente débil y febril y me costaba respirar, como si en vez de en mi propio planeta me hallase en algún otro de los cuerpos celestes. Parecía que hubiese hecho de golpe un viaje al centro de la Tierra, al fondo de una sima marina o a los confines del Universo.

Con enorme dificultad, giré la cabeza para buscar el lugar de donde había venido, pero lo único que había a mi espalda era un árbol seco y retorcido y más tierra devastada que se extendía durante kilómetros y kilómetros, como un desierto sin fin. Moriría de hambre y sed si me quedaba en aquel lugar, estaba segura de ello.

Observando con un hilo de esperanza la lejana fortaleza, intenté incorporarme para ponerme en marcha hacia allí, pero mis piernas apenas me sostenían y pronto terminé vomitando de nuevo y dejándome caer, rendida, sobre aquella tierra a la que, al parecer, había llegado solo para morir. Mi única esperanza era que todo aquello no fuese más que una visión provocada por los nervios del incidente con Isla y mi hermano.

O que todo, absolutamente todo, no fuese más que un sueño.

Mientras caía en la inconsciencia arropada por aquella cálida esperanza, escuché el sonido de los cascos de un caballo y cómo alguien se detenía y desmontaba. Unos pasos pesados se acercaron hasta donde yacía yo, que fui incapaz de discernir si era amigo o enemigo ni, mucho menos, de defenderme. Sentí cómo aquel ser desconocido me levantaba en el aire como si fuera una pluma y me cargaba sobre su montura, que partió al galope de inmediato, mientras mi mente hacía un fundido final a negro, como en las películas del cinematógrafo.

Mi último pensamiento fue para Isla.

Desperté en un lecho extraordinariamente confortable. Durante un buen rato, me negué a abrir

los ojos, intentando descubrir por medio del resto de mis sentidos si me hallaba, como era lógico esperar, en mi propia alcoba. Sin embargo, pronto tuve que desengañarme a mí misma de aquella ilusión. Mi cama no era tan cómoda como aquella, ni mis sábanas tan suaves. Y mi dormitorio no olía a hojas de roble y mejorana seca.

Abrí los ojos lentamente.

Me encontraba en una habitación pequeña, extrañamente decorada con motivos vegetales tallados en madera. En realidad, era como si estuviera dentro del tronco de un árbol, puesto que todo, literalmente, estaba cincelado en madera, desde el artesonado del techo y las paredes suavemente cóncavas hasta los mismos muebles. Pero eso no era lo más singular que había en mi campo de visión, puesto que alguien se hallaba sentado a los pies de mi cama. Era la persona más extraña que había visto en toda mi vida. Aún sin tener arrugas parecía una anciana, quizás por su postura ligeramente encorvada y por la sabiduría que traslucían sus ojos grises. Vestía una túnica negra con ribetes dorados de la que llevaba colgados varios cordones que sostenían una especie de delgados relicarios y pequeños contenedores llenos de hierbas y cortezas. Su piel pálida resplandecía con un brillo opalino, preternatural. Parecía un ser humano en todo, salvo en que estaba segura de que no lo era.

— Bienvenida —dijo la anciana preternatural con voz sedosa y extraño acento.

— ¿Bienvenida a dónde? —fue lo único que se me ocurrió contestar abruptamente en aquel momento, perdidas mis formas ante los sucesos imposibles que me estaban ocurriendo y que yo, obstinadamente, seguía empeñada en considerar parte de un largo y absurdo sueño.

La mujer rió con una carcajada limpia y exenta de ofensa o resquemor. Se levantó y se acercó a mí lentamente para sentarse más cerca de la cabecera de la cama, y declaró sencillamente:

— Bienvenida al Reino, niña.

Entendí rápidamente que debía referirse a Elphame, pero me negué a aceptarlo.

— ¿A qué reino? —pregunté tozudamente.

Ella sonrió de nuevo y me tomó de una mano con mucha delicadeza, mientras con la otra tocaba mi frente y mis mejillas y examinaba mis ojos con atención.

— Parece que ya te encuentras mucho mejor, querida —declaró, finalmente—. Llevaste el viaje peor de lo habitual y temimos que pudiera haberte quedado alguna secuela. Debió sucederte algo terrible momentos antes de cruzar para que llegases en semejante estado de nervios. ¿Quieres contarme lo que pasó? Tal vez pueda ayudarte.

Lo último que se me pasaba por la cabeza en aquel momento era contarle a aquella criatura inclasificable que mi hermano acababa de sorprendernos a mi cuñada y a mí en pleno acto sexual, justo en el momento en que alcanzaba con ella el clímax más extravagante de mi vida. En vez de eso, le pregunté:

— Todo esto es un sueño, ¿verdad? Es uno de esos sueños vívidos en los que uno sabe que está soñando, pero, aun así, es incapaz de despertar y lo contempla todo sabiendo que en realidad puede hacer lo que quiera porque nada es real. ¿Verdad?

— Bueno, niña, puedes hacer lo que quieras. Pero todo es real y tendrá consecuencias. Aunque no en tu mundo, claro —añadió tras una pausa, después de considerarlo un instante—.

Se levantó y me ayudó a incorporarme, momento en que me di cuenta, para mi horror, de que estaba completamente desnuda bajo las sábanas. Me tapé rápidamente mientras la mujer levantaba una ceja y se sonreía. A continuación, mulló las almohadas, las colocó tras mi espalda y me acercó una bandeja de madera que hasta ahora había reposado en una mesa baja cercana. En la bandeja había un cuenco de caldo humeante, un pan que olía a recién hecho y un plato con

frutas de aspecto exótico.

— Come, niña —me ordenó amable pero firmemente—. Come y descansa y más tarde volveré a buscarte para ver si estás en condiciones de atender la cena y ser presentada. Si necesitas algo, puedes tocar la campana que cuelga junto a la cama y alguien vendrá. Si quieres que la que venga sea yo, diles que busquen a Gavina.

Gavina se marchó y me quedé sola, desnuda, frágil y casi enloquecida bajo las sábanas.

Comí con ansia mientras intentaba ordenar mis pensamientos. Lo más lógico era que estuviera teniendo una crisis mental, algún episodio agudo de locura transitoria debido a todo lo ocurrido con Isla y con mi hermano. Se me había ido completamente la cabeza. Era la única explicación. Así que, tal vez, lo único que tenía que hacer era dejarme llevar por las alucinaciones que, amablemente, me estaba proporcionando mi cerebro, y esperar a que la psicosis remitiera. Cuando lo hiciera, esperaba que mi familia no me hubiera ingresado en un sanatorio mental o que no estuviera vagando por los campos de Dunkeld como una demente.

Decidí mantener la calma y obedecer mansamente a los personajes alucinatorios que fueran apareciendo en mi cabeza desquiciada. Tal vez, incluso, podría sacar de aquello alguna buena historia para un libro y pudiera así olvidarme de aquella intrascendente saga romántica de *highlanders*.

Lo único que realmente me preocupaba en aquella ecuación era el bienestar de Isla y si Alistair algún día podría perdonarme. Pero nada podía hacer por ellos en ese momento.

Cuando terminé de devorar la comida me percaté de que junto a la puerta de la habitación reposaba el bolso de viaje que había llevado conmigo en mi desordenada huida nocturna. Ni siquiera recordaba lo que había puesto dentro y, cuando me bajé de la cama envuelta en la sábana para examinar su contenido, me sorprendí al encontrar artículos tan variopintos como una fotografía de la boda de mis padres, otra de la de mi hermano, una liga rosa y blanca que estaba segura de que era de Isla por la cantidad de encaje que presentaba o el librito de La Comunidad Secreta, culpable sin duda de la temática de mi locura. También estaba el reloj de bolsillo que había sido de mi padre, cuyas agujas giraban a toda velocidad, como si el tiempo estuviera acelerado. Afortunadamente, también había unos calzones limpios, así como mi cepillo del pelo, una reliquia de antes de la reina Victoria que había sido de mi abuela y que solo Dios sabía cómo había acabado en el bolso.

Me vestí con la prenda interior limpia y me puse encima mi jersey, una prenda sencilla de color crema con mangas jamoneras que solía llevar en mis paseos forestales y que alguien había lavado para mí y puesto a los pies de la cama, mis gastados pantalones de montar en bicicleta, que habían recibido el mismo tratamiento, y mis botas altas. Sintiéndome mejor, di una vuelta por la habitación, curioseando sus detalles leñosos. Observé el paisaje desde la única ventana de la alcoba, diminuta y muy profunda. Al otro lado solo se veía, iluminada por la luz del atardecer, parte de una pradera, que esta vez sí era verde, y algunos árboles cuajados de follaje. Parecía que estaba en el interior de la espesura de un bosque. Muy amortiguadamente, se oía incluso el canto de las aves.

No encontré ningún espejo donde poder peinarme y constatar el estado de mi rostro, pero sí una jarra con agua que usé para lavarme la cara y las manos. Me sentía casi una persona y, una vez completamente asumido el hecho de que vivía un trastorno mental transitorio, habría dicho que me encontraba incluso bien y dispuesta a seguirle el juego a mi propia mente. No mucho tiempo atrás, había leído acerca del inconsciente, los deseos reprimidos y las terapias del doctor Sigmund Freud y estaba expectante por conocer qué se agazapada en los rincones de mi psique.

Muy segura de mí y de mi perspicacia, toqué la campana y esperé. Estaba lista para “ser presentada”, fuera aquello lo que fuese.

Instantes después acudió otro de aquellos seres que parecían personas pero que, claramente, no lo eran, en esta ocasión con aspecto de muchacho adolescente. Le comuniqué que estaba lista para ser presentada y salió corriendo sin decir palabra. Detecté en su mirada algo que me pareció admiración, pero, como no le encontré sentido, lo olvidé rápidamente. Poco más tarde, el chico volvió acompañado de Gavina, que se puso de un excelente humor al verme vestida y arreglada. La anciana se asomó brevemente a la alcoba para cerciorarse de que había comido y, tras ordenarle al muchacho que retirase la bandeja, me hizo un gesto para que tomara el bolso de viaje y el resto de mis cosas y la acompañara.

Avanzamos por lo que parecía un pasillo hecho de la misma madera de la habitación. A los lados había otras puertas cerradas, así como pequeños armarios o aparadores tallados en la pared leñosa. Tras avanzar unos pasos, llegamos a un salón de buen tamaño donde empecé a sospechar lo que, en cuanto salimos al exterior, confirmé: la casa, o lo que fuera que fuese aquel edificio, estaba construida en el interior del tronco de un árbol gigantesco, aprovechando sus ramas y sus oquedades, tanto naturales como artificiales. Parecía tener incluso más estancias en la parte de arriba, a modo de sofisticadas casitas de árbol.

Junto a la entrada del árbol-casa nos aguardaban dos caballos y un grupo de seres masculinos armados, con aspecto de escolta, que nos observaban en silencio desde sus impresionantes monturas.

- ¿Todo esto es por mí? —pregunté, complacida de que mi inconsciente me estuviera tratando como a una reina—.
- Así es —contestó Gavina, mirándome de forma suspicaz, como si adivinara por el tono de mi voz que había decidido no tomarme en serio nada de lo que me estaba ocurriendo—. Monta, por favor, y partiremos de inmediato.
- No sé montar —repuse sin más, expectante de ver cómo lo solucionaba Gavina o el producto de mi imaginación al que había decidió nombrar así—.
- Ya veo.

Gavina no perdió el tiempo intentando ayudarme a montar sola u ofreciéndome a hacerlo en la grupa con ella. En vez de eso, hizo un gesto al que parecía ser el jefe de la escolta armada, un tipo alto, esbelto y de fibrosa musculatura, que vestía una recia armadura de cuero gris sobre ropajes aún más oscuros. Llevaba una espada corta al cinto y una complicada ballesta asomando de una funda que colgaba de su montura. El hombre alargó uno de sus brazos y me hizo un gesto para que subiera al caballo con él. Lo cierto es que, aún con mi envergadura, me levantó del suelo y me depositó delante de él en la montura como si yo no pesara nada. Quizás era el mismo que me había recogido antes en la horrible llanura devastada.

Gavina montó en otro caballo y cabalgamos, al principio por los senderos del bosque y, un rato después, por un terreno algo más abierto que, poco a poco, se volvió bastante montañoso. Comenzamos a adentrarnos en un valle poblado de pequeños lagos, con laderas escarpadas a los lados. Más o menos dos horas después de haber salido de la casa-árbol, Gavina se volvió hacia mí y, ya casi al fondo del larguísimo valle, señaló a lo lejos un farallón rocoso. Sobre él se alzaba una fortaleza en ruinas y, más allá, se adivinaba el mar rugiendo en la distancia. Aceleramos el paso mientras la tarde seguía cayendo a nuestro alrededor. Observé que, en realidad, el mundo que mi desquiciada psique había inventado vivía en un ocaso permanente, puesto que todo lo que había visto de él estaba siempre bañado por una suave luz crepuscular que no parecía aumentar o

disminuir con el paso de las horas.

Mi compañero de montura no era muy hablador. Durante las dos horas en que había cabalgado delante de él, con mi espalda pegada a su pecho, y sus brazos recios envolviendo los míos mientras guiaba a su caballo, el hombre apenas había pronunciado un par de monosílabos respondiendo a mis preguntas.

- ¿Cómo se llama ese castillo al que nos dirigimos? —le pregunté, girando mi cabeza hacia atrás para intentar atisbar su cara.
- Castillo Ewen —contestó él sin mirarme, con sus ojos negros y ligeramente rasgados fijos en el camino.
- ¿Por qué está en ruinas? —continué, sintiendo que tenía permiso para interrogar de la forma que quisiera a mis propias fantasías antropomorfás.
- Fue destruido hace tiempo en la guerra.
- ¿Y quién vive ahí ahora?
- La Reina y su corte.

El hombre dijo esto último con una mezcla de devoción y tristeza y, de alguna manera, me dio a entender que la conversación había terminado.

En todo caso, no faltaba mucho para que alcanzásemos el castillo Ewen, cuyos muros en ruinas se veían ahora mucho más cerca, al final de una empinada cuesta de tierra y rocas. En su día debió haber sido imponente, no tanto por su tamaño sino por su ubicación, justo al borde de un farallón rocoso que se asomaba vertiginosamente al final del valle, ya casi sobre las aguas del mar. Aunque apenas quedaban en pie los dos primeros pisos, en su día debió tener al menos otros dos más y varias torres puntiagudas de las que ahora solo quedaba el esqueleto de las escaleras de caracol que un día llevaron hasta su cima.

Delante de la puerta del castillo había un derrumbe tremendo de piedras. Desde luego, en aquellas condiciones y, pese a su aspecto abandonado, el lugar no era en absoluto un mal refugio y parecía sencillo de defender. Por dos de sus lados había un acantilado imposible de escalar, por el tercero, la propia roca de un farallón más alto lo hacía inexpugnable y, por el cuarto, donde estaba la puerta principal, una empinadísima cuesta con miles de pedruscos resbaladizos provenientes del derrumbe de las torres y de los muros superiores lo harían un infierno para cualquier enemigo que intentase subir.

Nos detuvimos todos ante el portón principal y Gavina desmontó, pidiéndonos a los demás que esperásemos donde estábamos. La anciana se introdujo por un agujero en el muro, de cuya existencia era difícil percatarse a simple vista, a la derecha de la puerta.

El cielo de aquel eterno atardecer teñía de rojo los muros arrasados del castillo, como si alguien estuviera proyectando sobre ellos la luz de la pantalla coloreada de una lámpara. Por algún motivo, aquella tonalidad me puso el vello de punta, como si fuera un mal presagio de lo que me aguardaba en el interior. Me deshice rápidamente de aquellos pensamientos. Al fin y al cabo, me dije, estaba en mi propia fantasía y allí nada podía hacerme daño. Al menos, no un daño real.

Gavina asomó la cabeza desde la oquedad en el muro y me ordenó acercarme. Tras descender de la montura con ayuda de mi taciturno compañero de viaje, avancé con temor hasta allí y me asomé. En el interior solo había negrura. Cuando mis ojos empezaron a acostumbrarse a la falta de luz, vi ante mí una habitación pequeña, con aspecto de haber sido una antigua sala de guardias. Sus muros, oscuros y llenos de moho, supuraban humedad y ruina. Dos figuras empezaron a perfilarse en medio de la habitación.

Una era Gavina.

La otra, la impresionante reina sin corona de mi sueño.

— Bienvenida, Mairi —dijo la reina con voz firme, y añadió—. Te esperábamos en el Reino desde hacía tiempo. Todos estarán felices de verte al fin.

Incluso siendo consciente de que me lo estaba inventando todo y de que aquellos seres solo vivían en mi cabeza, mi estupor ante sus palabras fue absoluto. Desde luego, había escogido mi profesión de escritora admirablemente bien porque inventiva no me faltaba, y de la más fantasiosa, además. Aun así, no estaba preparada para lo que la reina, si es que lo era, declaró a continuación en una frase desconcertante que cambiaría mi vida para siempre.

— Aunque el más feliz de verte será Cináed. Él lleva siglos esperándote.

Capítulo 5

Cináed, nacido del fuego

Presa de una repentina inquietud, seguí a Gavina y a la reina sin corona, junto con la pequeña escolta que la acompañaba y que no había visto hasta ese momento, por pasadizos, oscuras escaleras y habitaciones abandonadas hasta el corazón subterráneo del castillo Ewen. Si aquella era en verdad una reina y esa era su corte, vivían escondidos como ratas en el agujero mejor defendido que pudiera imaginarse. ¿Qué clase de amenaza se cernía sobre ellos para que tuvieran que ocultarse así? Sin duda, pensé, mi cerebro ya habría pensado en una exótica explicación para todo aquello.

En su día, el castillo Ewen había debido ser no solo un edificio imponente, sino de lo más lujoso. Se adivinaba en los ricos tapices, ahora rasgados y polvorientos, que colgaban de las paredes de las salas principales, así como en el número casi infinito de chimeneas que poblaban el lugar. En el ajado mobiliario centelleaba ocasionalmente el brillo del oro y por doquier había divanes, sillas, mesas y armarios destartados de aparatosa y sofisticada factura. De los techos colgaban aún, precariamente, lámparas de araña con cientos de cristales tallados, oscurecidos por el tiempo y la suciedad.

En ninguna de las salas se veía u oía un alma. Nada en absoluto, más que nuestros pasos apresurados y el silbido del viento, que entraba libremente por las ventanas desvencijadas del castillo.

Tras recorrer aquella fortaleza fantasma durante un buen rato, llegamos ante un portón doble de gran tamaño ante el que había apostados varios guardias armados. La reina sin corona de mi sueño, inserta ahora en mi loca fantasía por obra y gracia de mi fértil imaginación, se detuvo y se giró hacia mí, diciendo:

— ¿Preparada? Al otro lado de esa puerta está mi corte o, al menos, parte de ella. Los más allegados. El resto se nos unirán en el banquete de esta noche.

Si todo aquello hubiera sido real, no habría estado preparada para algo así. Ni en aquel momento, ni nunca. Pero como estaba convencida de que todo estaba en mi perturbada cabeza, asentí y sonreí con cierta confianza, sin saber qué más decir.

— La Reina entrará primero, niña, y luego pasaremos nosotras —intervino Gavina, tomándome de la mano con afecto.

Asentí de nuevo. Así que aquella criatura de largos cabellos negros, ojos verdes como salidos de una revista de moda parisina y rostro oval perfecto era, en verdad, una Reina. Ciertamente, no le hacía falta una corona para parecerlo. Sus ademanes, su forma de moverse y su manera de dirigirse a los demás no dejaban lugar a la duda. Nunca había visto una mujer más magnífica que

ella.

Las puertas se abrieron ante la Reina, que avanzó despacio, pero con decisión, entre dos filas de seres de ambos sexos, parecidos al resto de los que ya había visto en aquel mundo onírico, pero vestidos y adornados de forma mucho más estrafalaria. La escolta con la que habíamos cabalgado y recorrido el castillo vestía con colores oscuros y prendas sencillas de tela y cuero, y Gavina llevaba una túnica simple de color negro con ribetes dorados en la que solo destacaba su cinturón lleno de relicarios y curiosos contenedores. La Reina lucía un vestido sencillo de terciopelo parecido al que llevaba en mi sueño, aunque de tonos más oscuros y en el que tan solo llamaba la atención un pequeño bordado con hilo plata en el pecho.

Los cortesanos, sin embargo, eran la colección de prendas, modas y colores más increíble que se pudiera contemplar. Independientemente de su sexo, los había que llevaban vestidos dieciochescos, renacentistas o medievales y *kilts* de todos los estilos y patrones de tartán, mientras que otros iban apenas cubiertos por trajes muy ajustados o por trozos de tela que dejaban poco a la imaginación, y algunos vestían túnicas de todos los colores del arcoíris. Sus cuerpos eran de una amplísima gama de tonalidades, desde la piel más pálida que pudiera imaginarse hasta la más oscura, pasando por tonos rosados como cochinillos o cetrinos como mercaderes de un cuento oriental, y muchos de ellos estaban profusamente tatuados. En sus pies, calzaban desde zapatos de tacón hasta botas de complejos diseños y extraños materiales, mientras que otros iban descalzos o con sandalias de tiras cuero. Sin embargo, era sobre sus cabezas donde hacían gala de auténtica extravagancia: plumas de aves, frutas exóticas, flores de todo tipo, figuras de animales, joyas relumbrantes e incluso pequeños objetos como cofrecitos y relicarios parecidos a los de Gavina. Al parecer, todo era poco para incluir en sus tocados.

Debía estar volviéndome realmente loca si aquello se me había ocurrido a mí sola.

La Reina llegó hasta el final de la sala, donde se sentó en uno de los dos tronos de madera que descansaban sobre una tarima del mismo material. Junto a ella, en el otro, estaba el imponente y atractivo hombre de piel oscura que también la había acompañado en mi sueño, y que debía ser su Rey.

Gavina me tomó suavemente del brazo, respiré profundo, y avanzamos entre aquel océano de extravagancia, que se abría ante nosotros como el Mar Rojo de la historia bíblica. Era yo mucho más objeto de admiración para ellos de lo que ellos lo eran para mí o, al menos, eso deduje de sus interjecciones de asombro y de los cuchicheos que desaté a mi paso. Sin duda, mi atuendo debía sorprenderles puesto que en el catálogo de prendas que vestían los cortesanos no vi nada siquiera parecido. Pronto sabría por qué.

Gavina y yo nos detuvimos ante la tarima desde la que nos miraban la Reina y su compañero, este último con un aire divertido en sus profundos ojos negros. La Reina permanecía con expresión neutral, esperando a que el murmullo provocado por mi entrada desapareciese poco a poco. Como el silencio total parecía algo difícil de conseguir, al cabo de unos segundos se levantó y carraspeó levemente. Aquello bastó para que todos sus cortesanos la mirasen y guardasen un respetuoso y servil silencio.

— La esperábamos desde hacía tiempo y aquí está —declaró la Reina en voz alta y clara—. Algunos desconfiaron de nuestra palabra y de la de las Gallikias, e incluso de la palabra de Cináed. Pero sabíamos que ella existía en alguna parte y que, al final, vendría, por imposible que pareciese. ¡Es el destino!

La mayor parte de los cortesanos vitorearon las palabras de su Reina. Solo algunos permanecieron en un silencio expectante, mirándome de hito en hito como si fuese yo la que no

fuera algo real. La Reina alzó una mano para hacerles callar y continuó:

- Con ella a nuestro lado saldremos de las tinieblas a las que fuimos condenados injustamente hace tanto tiempo. ¡Los días de Gesaelig tocan a su fin y la hora de Sael y de Elphame se acerca! Desde nuestra corte aún en la sombra, le damos oficialmente la bienvenida a Mairi Ferguson, la primera humana en pisar el Reino en doscientos años. Que nadie la trate sino con gentileza y que todos aquí le procuren siempre la ayuda y el apoyo que necesite en cada momento. ¡Por Mairi!

La Reina extendió su brazo, invitándome a acompañarla en la tarima, mientras su corte estallaba en vítores gritando mi nombre. “Qué locura”, pensé. “Es estrambótico hasta para mí”.

No entendía absolutamente nada y, de pronto, quizás buscando refugio entre el caos y la confusión, mi mente devolvió al primer plano de mi atención a la única certeza que seguía teniendo: Isla. ¿Qué sería de ella mientras yo me debatía entre mi dolor, mi vergüenza y mis fantasías, abandonada a mi suerte bajo las raíces de un árbol en un bosque donde nadie iría jamás a buscarme? ¿Y Alistair? Probablemente, ambos habrían discutido de forma espantosa por culpa de mis actos. Solo esperaba que ella estuviese bien y que él pudiera perdonarla algún día. Ni se me pasaba por la cabeza que yo fuera digna alguna vez de su perdón ni, por supuesto, de su cariño como hermano. Tuve que obligarme a contener las lágrimas mientras aquella multitud, que solo estaba en mi imaginación, me aclamaba como a una especie de salvadora legendaria.

- Conocerás a Cináed esta noche, antes del banquete —me susurró la Reina mientras ambas recibíamos la adoración de la corte, y añadió, emocionada—. Profeticé tu llegada definitiva el día en que soñaste conmigo, pero Cináed lleva esperándote desde hace siglos, desde que el Don le mostró tu rostro y le advirtió de tu existencia hace cientos y cientos de años. El anhelo y la posibilidad de conocerte algún día le han costado demasiados sacrificios, Mairi. Espero que lo tengas en cuenta.

Lo que faltaba.

¡Mi cabeza me había creado una especie de héroe romántico, rodeado de tragedia, que me esperaba desde el albor de los tiempos y que había sufrido tremendas penalidades por mi futurible e hipotético amor! Confieso que me sentí un poco decepcionada conmigo misma. Al final, por culpa de mis nuevos encargos literarios, estaba convirtiendo aquella fantasía en una versión aún más barata de “Junto al corazón del *Highlander*”.

Antes de que pudiera expresar mi desacuerdo con que un hombre al que no conocía me llevara esperando tanto tiempo, o pudiera hacerle a la Reina alguna pregunta, esta me invitó a bajar de la plataforma con un discreto empujoncito en la cintura. Abajo, fui recibida por Gavina, a la que, claramente, me habían encomendado.

- Vamos, niña, estarás exhausta —dijo la anciana mientras me tomaba del brazo y ambas salíamos por una puerta secundaria que había en un lateral de la sala, detrás del trono de la Reina y de aquel Rey aparentemente mudo e irrelevante.

De pronto, me detuve, harta de que me zarandeasen de un lado para otro sin contar ni lo más mínimo con mi opinión. Aunque todo aquello no fuera más que un producto de mi mente, me salió del alma demandar un poco de respeto.

- No soy ninguna niña, Gavina. Tengo treinta y dos años. Y te agradecería a ti y al resto que dejarais de llevarme de un lado para otro como un mueble hasta explicarme algunas cosas.
- Tienes razón —repuso la anciana, asintiendo—. Por favor, acompáñame hasta las habitaciones que te han asignado y prometo contestar a todas tus preguntas. O, al menos, a las que pueda contestar sin revelar secretos de estado.

Y añadió, con una sonrisa socarrona, justo antes de volver a arrastrarme del brazo por pasillos y salas vacías:

— Te aseguro que para mí eres una niña. Tú y la mayoría de los que acabamos de dejar en el salón.

Enseguida llegamos a un largo pasillo, bastante mejor iluminado que el resto, con no menos de cinco puertas a cada lado. Gavina me llevó hasta una de las puertas del fondo, la abrió, y entramos en una alcoba de buen tamaño, aunque con tan solo un estrecho ventanuco que parecía dar a una grieta de piedra angosta. El cuarto estaba decorado con tapices, un par de divanes, un espejo de cuerpo entero, cojines bordados y una enorme cama con dosel de terciopelo color burdeos que me fascinó a primera vista. En un lateral había un armario ropero y, en el otro, dos sillas de tijera y una mesita redonda sobre la que descansaban un candelabro, una jarra, varias copas y mi bolso de viaje. Un pequeño fuego ardía en la chimenea. Para mi profunda irritación, el lugar se veía y se sentía de lo más acogedor.

Aunque la cama me llamaba con una fuerza poderosa, me senté con decisión en una de las sillas e hice a Gavina un gesto para que tomara asiento en la otra. No estaba dispuesta a permitir que me dejara allí sola sin darme antes algunas respuestas.

Se diría que, por un momento, quizás debido al cansancio y la confusión, había olvidado que nada de aquello era real y que, en realidad, no tenía motivo de angustia o preocupación más allá del hecho de que no sabía cómo despertar de mi fantasía.

Gavina tomó asiento frente a mí y me hizo un gesto con la cabeza, como dando a entender que podía comenzar mi interrogatorio.

— ¿Dónde estamos?

— En el castillo Ewen, en la costa de Qedivar. Un lugar remoto al noreste del Reino.

— ¿De qué reino estamos hablando, Gavina?

La anciana, cuya piel lucía más brillante y sedosa de lo que lo había hecho la mía con veinte años, respiró profundamente, me miró como si empezara a estar harta de mí y declaró:

— Del Reino de Elphame. Vosotros a veces os referís a él como el reino de las hadas. Pero las hadas no son lo que creéis, Mairi.

Permanecí en silencio varios minutos, intentando poner en orden, inútilmente, mis pensamientos, mientras Gavina examinaba, curiosa, todas las emociones que iban pasando por mi rostro. ¿Sería posible que, al fin y al cabo, hubiera hecho una especie de viaje alucinante al mundo feérico? Me castigué a mí misma con terribles epítetos por el mero hecho de contemplar esa opción como una posibilidad real. ¡Qué estupidez! ¡Qué trastornada debía estar a aquellas alturas!

Decidí que lo mejor era seguirle la corriente a mis fantasías hasta averiguar cómo salir de ellas. Y era necesario que lo hiciera porque, según mis cálculos, llevaba bajo las raíces de un árbol en el bosque del río Braan casi un día completo, abandonada a mi suerte en un lugar ignoto y loca como un cencerro. Debía volver en mí, ponerme bien y buscar a Isla y a mis hermanos para asegurarme de su bienestar. Mi único objetivo debía ser resolver aquel extraño acertijo en forma de aventura élfica que mi propio cerebro me había propuesto y regresar a casa lo más sana y salva que pudiera.

— Muy bien —conluí con determinación—. Estoy en Elphame, las hadas no son como los mortales creemos y me encuentro en un castillo perdido que parece ser la guarida secreta de vuestra reina. Solo necesito saber dos cosas más: qué se espera de mí y quién es Cináed y por qué lleva tanto tiempo esperándome.

— No crees que nada de esto sea real, ¿verdad, Mairi? —me espetó Gavina a modo de respuesta—. En el fondo piensas que estás viviendo una especie de ensoñación o de fantasía producida por tu propia cabeza, causada por ese suceso que no me quieres contar y que te hizo cruzar la puerta a Elphame en un terrible estado de nervios. Déjame decirte, niña, que te equivocas y, sobre todo, permíteme darte un consejo que ojalá valores en lo que se merece: cuanto antes aceptes que estás aquí de verdad, mejor será, porque te esperan siete años entre nosotros te guste o no. Yo no hago las reglas, Mairi. Nadie las hace, en realidad. Pero el hecho es que, tras casi doscientos años sin que ningún mortal lo hiciera, tú cruzaste una puerta a Elphame y ahora estás aquí, y creo que lo estás porque tienes un propósito que cumplir. Uno que ni tú misma conoces.

Las palabras de Gavina y, sobre todo, su pasión al decirlas, me hicieron dudar por un segundo, pero ya estaba más que determinada a seguir mi plan hasta el final. Por no mencionar que, sencilla y llanamente, todo aquello no podía ser real. Yo era una mujer culta y educada del siglo XX, no una campesina iletrada medieval que creía en las hadas y los elfos.

— Entiendo entonces que no sabes lo que se espera de mí —repuse sin perder la calma.

— Tengo cierta idea, pero no me corresponde a mí comunicarte tales cosas. La Reina te recibirá en audiencia privada cuando lo considere oportuno y te dirá todo lo que debes saber.

Gavina estaba molesta o, quizás, decepcionada por mi testarudez. Dando la conversación por terminada, se levantó, caminó hacia la puerta y la abrió, dispuesta a irse sin más.

— ¡Espera, por favor! —le rogué— No has contestado a la segunda pregunta. Por favor, Gavina, ¿quién es ese Cináed y qué quiere de mí?

Volviéndose un instante hacia mí con una media sonrisa en los labios y una ceja alzada, antes de desaparecer por la puerta, Gavina contestó:

— ¿Por qué no se lo preguntas tú misma? Piensa que, al fin y al cabo, no tienes de qué preocuparte porque nada de esto es real.

En el umbral apareció entonces un tipo enorme engalanado como un guerrero medieval que estuviera a punto de ser recibido en la corte de Camelot. Era alto, más alto que cualquier hombre que hubiese conocido jamás, y fornido como uno de los robles centenarios de mi amado bosque de Birnam. Aparentaba unos cuarenta y tantos años, aunque su expresión solemne quizás le envejecía un poco. Su cabello castaño, que llevaba parcialmente recogido en una pequeña coleta en la parte superior de la cabeza, dejando el resto suelto, le caía incluso por debajo de los hombros. Sus ojos azules eran bellísimos y me recordaron inmediatamente a los de Isla, salvo porque los del hombre eran más pequeños y aún más claros y tenían arrugas de expresión a su alrededor. Su nariz, ligeramente aguileña era, quizás, el único elemento desproporcionado en su, por otra parte, armonioso rostro. Bajo ella, sus labios gruesos, de rictus serio, estaban enmarcados por un pequeño bigote y una barba corta y bien cuidada que ya lucía algunas canas. Vestía una túnica de color caoba ribeteada por una cenefa de hilo de plata a la que el fuego de la chimenea sacaba brillantes destellos, anudada con un cinto de cuero repujado cerrado por una hebilla decorada con un delicado motivo celta. Sus recias piernas, o lo que podía verse de ellas, estaban enfundadas en calzas de terciopelo negro que terminaban en unos escaupines bordados. Completaban el conjunto una impresionante espada al cinto y una capa, también de terciopelo negro, que le llegaba casi hasta los pies, cerrada en su hombro izquierdo por un broche con el mismo motivo celta que el del cinturón.

Su mirada estaba fija en mí como la de aquel que, tras muchos años de separación, vuelve a

ver a alguien que fue importante en su vida, o como el que reencuentra un objeto muy querido que llevaba largo tiempo buscando. Era tierna a la vez que prudente.

Puedo describirle a la perfección y con tanto detalle porque su imagen me impresionó de tal manera que se me quedó grabada para siempre en la retina: tanto su aspecto como su mirada en el umbral de mi alcoba del castillo de Ewen, durante aquel primer encuentro, es algo que no he podido ni querido olvidar en todos estos años.

“Si este hombre no es real, soy malditamente buena creando personajes masculinos”, pensé.

El hombre habló con una voz profunda y mucho menos ruda de lo que había esperado:

— Mi nombre es Cináed. Significa “nacido del fuego”. ¿Puedo pasar a tu alcoba, mi señora? Francamente.

Cómo decirle que no.

Capítulo 6

Giro del guion

Cináed llenó rápidamente la alcoba con su presencia. No era solo que fuera un hombre físicamente grande, sino que le rodeaban un halo de solemnidad y un aire de prestigio e importancia de los que él mismo, por suerte, no parecía ser en absoluto consciente. Su mera forma de moverse, sus gestos, sus ademanes y su manera de mirar eran, de alguna manera, magnéticas sin ser presuntuosas, más bien todo lo contrario.

Mientras le observaba avanzar hacia la chimenea, junto a la cual, finalmente, decidió permanecer en pie a una distancia prudencial mía, me di cuenta de algo aún más llamativo: él no era uno de aquellos seres relucientes de piel sedosa y aire feérico. Era tan humano como yo.

Me puse en pie, dándome cuenta de pronto de que había sido una maleducada, e hice una pequeña inclinación de cabeza, que esperaba resultase gentil y elegante, en su dirección, a modo de saludo.

Ninguno de los dos supo qué decir durante unos segundos.

Bajo su mirada atenta, intensa y extrañamente cariñosa, pronto comencé a sentirme incómoda. Me costaba creer que aquel hombre y su poderosa presencia fuesen tan solo una invención mía. ¿De dónde podría yo haber sacado la inspiración para crear a una criatura como él?

- Mi nombre es Mairi —le dije, haciendo un gran esfuerzo—, y la verdad es que no sé lo que significa.
- “Mar de amargura”.
- ¿Perdón?
- Mairi significa “mar de amargura” —aclaró Cináed y, con una tímida sonrisa que vislumbré solo a medias por estar él a contraluz del fuego, añadió—. No es un significado muy halagüeño, sobre todo teniendo en cuenta cuál es el mío.

No entendía nada y debí mirarle con una ridícula expresión ovina en mi rostro porque aquel hombre de rictus solemne, de pronto, soltó una carcajada y aclaró:

- Tú eres el mar y yo soy el fuego. Espero que eso no defina nuestra relación en el futuro, mi señora.
- ¿Nuestra relación?

Allá íbamos, al meollo de la cuestión de cabeza. Ahora vendría la parte en la que el héroe romántico se declaraba enamorado de mí desde el inicio de los tiempos y prometía conquistar mi corazón a base de paciencia y gestos melodramáticos. En algún punto de la trama, seguramente, me salvaría la vida y yo me comportaría como una desagradecida. Discutiríamos con fiereza en varias ocasiones. Finalmente, caería en sus brazos, incapaz de resistir por más tiempo aquel

aburridísimo giro del guion que alguien había escrito para ambos en cientos de novelas baratas incluso antes de que los dos nacióramos.

Parecía que, al fin y al cabo, no era tan buena escribiendo tramas y había caído con todo el equipo en el más común de los lugares comunes.

Sin embargo, aquel hombre me sorprendería tanto en aquella como en muchas otras ocasiones.

— Por tu causa me han sucedido la mayor parte de las desgracias de mi vida, Mairi -dijo Cináed, saliéndose totalmente del guion—. Tú no tienes la culpa, por supuesto. Nadie la tiene. En todo caso, es solo una más de las nefastas consecuencias de adquirir el don de la profecía.

Sus palabras me hicieron recordar lo que había leído en el libro “La Comunidad Secreta” del reverendo Robert Kirk. Le pedí con un gesto a Cináed que esperase, me levanté y busqué en mi bolso de viaje el pequeño volumen, ojeándolo hasta dar con el párrafo que buscaba, aquel donde el autor hablaba de los dones con los que habían vuelto algunos de los que habían viajado al reino de Elphame.

— Si adquiriste ese don, quiere decir que eres humano, y que has ido y venido del Reino varias veces, ¿verdad? —le pregunté—. ¿Tienes también el de la segunda visión? ¿U otros?

— Sí, poseo también el don de la segunda visión. Y algunos otros. Aunque soy humano, he vivido casi toda mi vida en Elphame. En muchas cosas, salvo en el aspecto, ya no me distingo de sus habitantes.

— ¿Por qué has vivido aquí tanto tiempo? ¿No puedes volver?

— No quise volver —repuso Cináed sin más.

— ¿Por qué?

Cináed me observó con detenimiento, evaluando su contestación durante unos segundos, pero, finalmente, se mantuvo en silencio, girándose ligeramente para observar el fuego.

— En realidad, solo he venido para presentarme y para que sepas que tienes en mí un aliado —dijo al fin—. Ya no hay muchos humanos en Elphame y puedes llegar a sentirte muy aislada aquí. Sus habitantes son... criaturas particulares. Llegará un punto en que te cansarás de ellos, al menos por un tiempo. Te agotarán la volubilidad y la frivolidad de la mayor parte de ellos.

— No lo comprendo. ¿Si es así como piensas, por qué sigues aquí?

De nuevo, Cináed se encerró en un obstinado silencio mientras contemplaba el crepitar de las llamas en la chimenea. Instantes después, se giró hacia mí y, con una mirada que no supe descifrar, declaró:

— No puedo contestar a esa pregunta, Mairi. Al menos, no ahora. No lo entenderías. Y, probablemente, me odiarías.

Acto seguido, inclinó su cabeza gentilmente, musitó una breve despedida y se dirigió hacia la puerta a grandes zancadas.

— ¡Espera, por favor! —supliqué—. ¿Sabes qué es lo que se espera de mí en este lugar? Por favor, necesito saberlo.

Cináed se detuvo en seco y, sin volverse hacia mí, girando tan solo, levemente, la cabeza en mi dirección, dijo en voz baja:

— Demasiadas cosas que no podrás o no querrás cumplir.

Cináed se fue y me quedé sola en mi alcoba, desconcertada y furiosa porque ni la conversación con Gavina ni el encuentro con aquel hombretón me habían dado la más mínima pista de por dónde salir de aquel embrollo que podía costarme la vida en el mundo real. Y,

también, frustrada porque él no había resultado ser el estereotipo que, tan pagada de mí misma, yo había supuesto.

Me recosté en aquella maravillosa cama con dosel armada con el libro del reverendo y dispuesta a encontrar allí la información necesaria para resolver el enigma que mi propio cerebro me había impuesto. Agotada, me quité las botas, las arrojé a un rincón de la alcoba con escasa consideración por su integridad y me arrellané en la cálida colcha, entre cojines de seda bordados.

Volví a leer el párrafo donde Robert Kirk hablaba de la segunda visión y del don de la profecía y ojeé también el resto del libro, parándome a leer algunos fragmentos de forma aleatoria para tratar de hacerme una idea rápida de cómo funcionaba aquel mundo imaginario. No sabía cuánto tiempo tendría hasta que alguien viniera a buscarme para continuar con aquella absurda alucinación.

[...] y, tras siete años viviendo entre las hadas en el reino de Elphame, el mortal regresa al mundo de los humanos, usualmente, aunque no siempre, con alguno de los dones feéricos. Los más habituales son el don de la profecía y el de la segunda visión, aunque he oído rumores acerca de otros aún más asombrosos. El don de la segunda visión permite a su portador reconocer a las hadas que transitan por el mundo de los mortales y a sus descendientes más directos. El de la profecía que, en realidad, es un regalo envenenado, puede ofrecer visiones fragmentarias del futuro a su portador, incluso de futuros muy lejanos. De no asumir estas visiones con prudencia, el portador puede llegar a tomar decisiones terribles para sí mismo y para los que le rodean o, incluso, perder completamente la razón [...]

[...] Siete años es el tiempo establecido para aquellos que son invitados por las hadas y los faunos a compartir sus fantásticas moradas. No obstante, sé que hay humanos que han visitado el Reino más de una vez y, en varias ocasiones, he oído historias sobre personas que se quedan a vivir para siempre en el mundo feérico entre la Buena Gente [...]

[...] Las entradas al reino de Elphame están disfrazadas de la vista de los seres humanos. Se hallan siempre en lugares naturales con gran energía feérica, como las cimas de los montes, las profundidades de los bosques o las cascadas secretas. Creo firmemente que en la cima de Doon Hill, entre las raíces de su enorme pino, hay una de estas entradas, pero, aunque he intentado encontrarla y atravesar el pasaje al mundo de las hadas para ver su Reino con mis propios ojos, todo mi empeño ha sido en vano [...]

[...] pero es en sus fiestas donde los habitantes de Elphame, criaturas a medias entre los hombres y los ángeles, despliegan todo su maravilloso ingenio y sofisticación, y donde el visitante humano puede contemplar maravillas del mundo feérico como los toros de agua [...]

Intrigada como estaba por leer más sobre los “toros de agua”, tardé en darme cuenta de que alguien llamaba a mi puerta. Me levanté descalza y abrí con cautela. Al otro lado del umbral había tres criaturas feéricas con el aspecto de mujeres muy jóvenes, vestidas con diferentes estéticas, que portaban vestidos, toallas y frascos perfumados a manos llenas.

— Gavina nos envía para bañarte y arreglarte —dijo una de ellas, rubia como un campo de

trigo al final del verano—. ¡El banquete comenzará en apenas una hora y no puedes asistir así!

Rogando en mi interior que no me vistieran de nada ridículo, les permití entrar y prepararme el baño. La verdad es queapestaba a caballo terriblemente, tenía el pelo enmarañado y mis pantalones de montar en bicicleta estaban sucios del viaje, así que no parecía una mala idea aceptar un baño y ropas limpias. Junto a las jóvenes entraron también dos muchachos que cargaban una tina portátil y varias jarras de agua caliente. Pretendían quedarse todos a atenderme, así que, tras algunas explicaciones acerca de la modestia de mi mundo post victoriano, les mandé fuera, asegurándoles que podía bañarme y vestirme yo sola. La chica rubia accedió en nombre de todos, aunque me advirtió que volvería en media hora para peinarme.

La tina llena humeaba ligeramente y se veía de lo más invitadora, con la superficie del agua cubierta de una sustancia rosada espumosa y aromática, así que me desnudé rápidamente y me metí dentro. La temperatura del agua era perfecta. “Beneficios”, pensé, “de haber llegado a un mundo mágico”. Solté mi largo pelo del moño enredado, me lo peiné un poco con los dedos y me sumergí entera en el agua, gozando de su calidez y del olor a jazmín que desprendía la espuma.

La relajación que me produjo la experiencia me hizo desconectar totalmente de la fantasía y, de pronto, me vino a la cabeza lo sucedido aquella noche aciaga con Isla y con mi hermano. ¿Qué iba a ser de todos nosotros? ¿Y qué sería de Elsie cuando lo supiera todo? ¿Conseguiría yo sobrevivir a lo que fuera que me estaba ocurriendo en el bosque y volver con ellos? ¿Acaso me querrían de vuelta?

¿Estaría bien Isla? Era tan joven, su carácter tan intenso y, sus emociones, tan frágiles... Temía por ella, y la echaba de menos.

La angustia de todas aquellas preocupaciones se apoderó de mí como una avalancha emocional imparable y me permití llorar en silencio un buen rato, enjugándome las lágrimas con mis manos jabonosas, lo cual, a la larga, terminó haciéndome llorar aún más por el picor del producto en mis ojos —la magia no era tan perfecta al fin y al cabo—.

Cuando oí llamar a la puerta, entre el picor y las lágrimas grité aliviada:

— ¡Adelante! ¿Puedes pasarme una toalla, por favor? Tengo los ojos llenos de jabón y no puedo abrirlos.

La chica no dijo nada, pero escuché sus pasos apresurados e, inmediatamente después, sentí como se posaba una pequeña toalla en mi mano extendida.

— Gracias. ¡Qué torpe soy a veces!

Me limpié los ojos a conciencia, avergonzada de que la joven me hubiera visto en aquellas patéticas circunstancias. Permanecí un rato con la toalla doblada sobre mis ojos cerrados y con la cabeza apoyada en el borde de la tina, respirando profundamente para intentar detener las lágrimas y esperando que la tibieza del agua y el aroma a jazmín me calmaran un poco.

Nada me había preparado para lo que vi cuando retiré la toalla de mi rostro y abrí los ojos: Cináed estaba de espaldas a mí, frente a la chimenea, con la cabeza baja.

— ¡Qué demonios! Pero, qué demonios, ¡oh dios mío! ¡Maldita sea!

En dos segundos maldije más que en toda mi vida y, chapoteando bruscamente en el agua, me tapé los senos, que era lo que más a la vista quedaba sobre la superficie, con la pequeña toalla que aún tenía en la mano. El resto de mi cuerpo estaba más o menos a salvo de cualquier mirada gracias a la capa jabonosa y burbujeante que cubría el agua.

Cináed permaneció en silencio.

— Pero ¿por qué demonios no has dicho nada? Maldita sea, ¿no has visto...? ¡¿No me has

visto?!

— Lo siento, Mairi —murmuró él, girándose ligeramente hacia mí—. Lo siento, de verdad. No sabía qué hacer. Parecías necesitar ayuda. Y, al fin y al cabo, ¡tú misma me dejaste entrar!

— ¡Porque pensaba que eras otra persona!

La tristeza había dado paso en mí a la más profunda vergüenza e indignación. Aquel hombre no solo me había visto desnuda, sino, además, llorando como una magdalena, con los ojos llenos de jabón, a solas en una estúpida bañera portátil. En mi mundo, había muchos maridos que jamás llegaban a ver a sus mujeres en una situación como aquella y, aunque yo no era precisamente una pacata, tal y como mis encuentros con Isla habían demostrado, me sentí asaltada. Más en la intimidad de mi llanto y de mis sentimientos que en la de mi cuerpo, pero asaltada, al fin y al cabo.

— ¿Necesitas algo más, mi señora? —dijo Cináed, desesperado por ser útil dadas las circunstancias.

— ¡No soy tu señora! ¡Y no me mires! Oh dios mío, has debido verme a placer cuando te has acercado a darme la toalla...

— He ido con los ojos cerrados, te lo prometo.

Algo en su tono de voz, un ligero matiz de diversión en la inflexión de aquel “te lo prometo”, me dieron a entender que en ningún caso había sido así. Me recordé a mí misma que era víctima únicamente de mi propia fantasía y que ni Cináed existía, ni podía haberme contemplado llorando desnuda. En verdad, no había ofensa. No había nada en absoluto más que mi subconsciente alterado y ligeramente calenturiento, al parecer.

Y, pese a ello, me había perturbado en lo más profundo compartir aquel momento tan íntimo con él.

Salí del baño, no sin antes asegurarme de que Cináed estaba totalmente vuelto de espaldas a mí, y me cubrí velozmente con la toalla más grande que encontré en el montón. Le miré de hito en hito mientras me secaba. Su pelo, en el que destacaba la pequeña coleta con la que recogía algunos de sus cabellos, le caía por debajo de los anchos hombros, destacando con su color castaño claro sobre la capa de terciopelo negro. Cuando, ocasionalmente, se giraba para determinar en qué punto de la alcoba estaba yo, podía ver fugazmente el perfil de su nariz aguileña y el destello ligeramente rojizo de su barba y su bigote, así como la punta plateada de la vaina de su espada. Aún en medio de mi enfado, podía reconocer que tenía una presencia atractiva y absolutamente imponente.

— ¿Qué quieres y por qué sigues aquí? —le espeté cuando terminé de secarme un poco, anudándome una ligera bata blanca de lino que había aparecido entre el enorme montón de ropa que las chicas habían dejado.

Se volvió y me miró de nuevo tal y como me había mirado la primera vez. Como se mira a algo muy amado que se perdió hace mucho tiempo. Como yo miraría, sin duda, a Isla, si la encontrara dentro de muchos años, de nuevo, en mi camino: con una mezcla de añoranza, amor e inseguridad por no saber si aún habría un lugar para mí en su corazón. Sus ojos azules me confundían, tan parecidos a los de ella. Eran igual de profundos y aún más luminosos.

— Me preguntaste qué se espera de ti y mi respuesta fue demasiado ambigua porque, en realidad, no lo sé —repuso Cináed—. Perdóname, mi señora, yo también estoy confuso a causa de tu llegada. Pero entiendo cómo te sientes y puedo decirte algo que tal vez te ayude.

Aguardé, intentando parecer digna, a que continuase. Él fijó entonces un segundo su mirada en mi pecho y, turbado por algún motivo -quizás el recuerdo de haberme visto antes en la tina,

aunque dijera que no-, bajó la mirada hacia la chimenea, tragó saliva con dificultad e inspiró profundamente. El fuego se reflejaba en sus ojos azules y ya no supe si era por eso por lo que de repente parecían un mar en llamas, o si se debía a alguna otra cosa.

— Elphame intentará seducirte con sus encantos —prosiguió, con una voz más áspera que antes—. Todo en el Reino lo hará: sus habitantes, su naturaleza, sus extrañas criaturas... Todo. Intentará atraparte sin que te des cuenta para que cuando, siete años después, vuelvas al Mundo, lo único que desees realmente sea regresar aquí. Pero la vida del Reino no es vida para nosotros, Mairi. Es solo una fantasía que no termina nunca, un sueño del que no puedes despertar. Sinceramente, no sé qué se espera de ti en Elphame, pero sí sé que debes ser prudente ante sus encantos. No te olvides nunca de quién eres, Mairi. Y de lo que dejaste atrás, sea lo que sea. Y de que eso, solamente eso, es tu hogar, no lo que llegues a encontrar aquí.

Cináed dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta sin mirarme siquiera. Una vez en el umbral, giró la cabeza lo justo para que viera la cortés inclinación que hizo a modo de despedida, y musitó:

— Lamento haberte incomodado en tu baño, mi señora.

No entendí su reacción hasta que me acerqué al espejo para peinarme y contemplé, desolada, que mi piel aún húmeda había empapado la bata de lino en las zonas más prominentes de mi cuerpo y, por tanto, mis senos eran tan perfectamente visibles como si los llevara descubiertos, o aun peor.

Volví a maldecir con fuerza.

Parecía que, al final, nuestra relación sí que iba a estar marcada por el fuego y el agua.

Capítulo 7

La cena de los idiotas

Cuando la joven feérica entró a mi alcoba para peinarme, me encontró en un curioso estado de agitación y ruborizada desde las puntas de los dedos de los pies hasta las raíces de mi cabello. Aunque constantemente me recordaba a mí misma, como si de un mantra se tratase, que todo aquello solo estaba en mi imaginación, la mezcla de bochorno, rabia y vergonzosa excitación que sentía en aquel momento era demasiado real como para que mi cuerpo no reaccionase ante ella.

La chica feérica rubia, de nombre Sorchá, terminó de secarme sin decir una palabra, presintiendo que algo turbador me había ocurrido. A continuación, colocó una de las sillas de tijera delante del espejo, me sentó allí con delicadeza y comenzó a peinarme el cabello lentamente, una acción que tuvo sobre mí la beneficiosa consecuencia de ir calmándome.

Cuando le pregunté a Sorchá qué iba a ocurrir a continuación, me contestó alegremente:

- El banquete en tu honor comenzará en unos momentos y se espera que te unas a él justo antes de la entrada de la Reina y su consorte. ¡Ya verás qué comidas y qué bebidas tan deliciosas! No habrás probado nada igual en tu vida, te lo aseguro.
- ¿Por qué vivís aquí, en los sótanos de un castillo en ruinas?

Sorchá se quedó en silencio unos instantes, valorando hasta dónde podía contarme sin llevarse luego una reprimenda. Finalmente, contestó:

- Estamos en guerra. Y vamos perdiéndola, así que este es nuestro escondite. El castillo Ewen lleva en ruinas varias generaciones. Hace cientos de años era la capital de los Gesaelig, pero ahora ya solo es un nido de fantasmas, alimañas y refugiados como nosotros. Nadie nos buscaría aquí, en el corazón ancestral del reino de nuestros enemigos.

Mientras hablaba, a fuerza de cepillarlo, la joven me había dejado el pelo más brillante y sedoso de lo que lo había tenido jamás. Lo observé en el espejo con admiración. Parecía el cabello de una modelo de aquellas revistas de moda que tanto entusiasmaban a Isla. También mi rostro se veía más terso y, mis facciones, suavizadas e, incluso, ligeramente rejuvenecidas. Quizás era solo un efecto del espejo. O quizás era Elphame.

Sorchá y yo discutimos sobre qué vestido debía llevar al banquete. De la enorme montaña de ropa que las chicas habían traído, ella había elegido para mí un aparatoso traje dieciochesco de seda azul con brocado de oro y lujosa lana de tartán en las mangas. Era sencillamente fastuoso, pero no me apetecía ser, aún más, el centro de atención de todas las miradas. La convencí de que me quedaría mucho mejor un vestido más sencillo de terciopelo verde de aire medieval y con pequeños detalles plateados. Al parecer, no tenían lo que yo habría llamado ropa normal, tan solo

vestimentas propias de otras épocas o prendas de lo más ordinario. La misma Sorcha iba vestida como si acabara de escaparse de una *domus* del imperio romano.

Justo cuando me colocaba en su sitio el último cabello y quitaba la última arruga del talle de mi vestido, la puerta se abrió sin que hubiera una llamada previa y Gavina entró como un torbellino.

— Vamos, niña. Todos te esperan y la Reina está a punto de entrar al salón.

De nuevo, se repitieron los pasillos y las habitaciones cubiertas de polvo hasta llegar a las puertas de la sala de banquetes de la Reina. Pensé que, si alguna vez tenía que hacer aquel recorrido yo sola, sin duda alguna me perdería para siempre en las intrincadas ruinas del castillo. No sabía yo cuán profético resultaría ese pensamiento.

Mientras las puertas dobles se abrían para nosotras, recordé mi objetivo: recabar toda la información posible sobre qué se esperaba de mí, resolver el fantástico acertijo que mi propia imaginación me había propuesto y despertar, por fin, si es que estaba a tiempo -y todo esto no eran las alucinaciones previas a una muerte segura-, en las raíces del árbol del bosque del río Braan.

Y regresar a Dunkeld para comprobar si aún tenía una familia y un hogar.

La sala, que era la misma en la que la Reina me había presentado unas horas antes, estaba ahora configurada de manera distinta. Lo único que no había cambiado era la disposición de la tarima y de los dos tronos de madera, al fondo de la estancia, pero, ante ellos, habían colocado largas mesas corridas con decenas de banquetas, escabeles y llamativos cojines. Las mesas estaban cubiertas de manteles de color escarlata y a ellas estaban ya sentados aquellos curiosos cortesanos que, un rato antes, me habían vitoreado como si fuera su salvadora. Sobre los manteles descansaban multitud de jarras cuyo contenido aún era un misterio para mí, y cuencos y bandejas con viandas de aspecto extraordinario. Cuatro enormes chimeneas, que antes habían estado apagadas, chisporroteaban ahora alegremente e iluminaban la habitación, apoyadas por algunos pebeteros en los extremos de la sala. Por entre las mesas circulaban algunos seres antropomorfos de pequeño tamaño y humilde vestimenta, supuse que sirvientes, cargando con más jarras y más fuentes de comida. En un extremo del salón, completaban el cuadro unos músicos cuyos extraños instrumentos producían sonidos como nunca había escuchado antes, con una cualidad casi celestial.

De momento, no había rastro de los toros de agua mencionados por Robert Kirk, pero confiaba en que mi mente no me decepcionaría y colocaría unos cuantos por allí más tarde.

En el momento en que Gavina y yo pusimos un pie dentro de la estancia, todos se levantaron, alzando sus copas y aplaudiendo con entusiasmo.

Claramente, mi narcisismo se me estaba yendo de las manos.

Avanzamos entre las mesas y el gentío hasta llegar a nuestro lugar, muy cerca de donde se hallaban la tarima y el trono de la Reina. Precisamente, en el momento en que nos disponíamos a sentarnos, un heraldó anunció su llegada y todos permanecemos en pie para recibirla a ella y a su consorte, que avanzaron de forma regia entre las mesas saludando a los presentes, tomaron asiento tranquilamente en sus lugares y fueron inmediatamente rodeados por una nube de aquellos sirvientes diminutos con bebidas y aperitivos de diversos tipos.

La Reina alzó su copa, la música subió de volumen, y comenzó el festín, entre la algarabía de los asistentes.

Yo estaba sentada en un extremo de una de las largas mesas al lado de Gavina, que se afanaba en explicarme lo que contenía cada plato y cómo debía comerlo, así como en hacerme prometer

que no probaría el contenido de las copas. Frente a mí, tenía a un ser feérico semi desnudo con el aspecto de un hombre joven de piel cálida y tostada como un desierto al atardecer. En realidad, mirándolo de cintura para arriba se hubiera podido decir que iba completamente desnudo, y lo cierto es que no era nada desagradable de contemplar. Junto a él se hallaba una joven feérica, también de gran belleza, que iba vestida como una princesa renacentista, con sus cabellos caoba recogidos en un complejo peinado lleno de tirabuzones.

En el centro de la sala, un joven al que nadie escuchaba declamaba pomposamente una historia acerca de cómo la hermosa hija de unos molineros de Cuthill había encontrado una Fuente de las Hadas y había viajado al reino de Elphame y conocido a su Reina.

Me sorprendí a mí misma buscando con la mirada a Cináed para determinar si se hallaba entre los invitados al banquete. Pronto comprobé que no estaba allí. Con su estatura y su porte, de haber estado, lo habría visto desde lejos como un faro en la noche. Sentí una mezcla de alivio y decepción al pensar que ya no le vería más durante esa velada. Era lo mejor, desde luego. No sabía si podría soportar la vergüenza de volver a verle después de lo ocurrido.

— ¿A quién buscas, niña? —me interpeló de pronto Gavina—.

— No soy una niña, Gavina, ya te lo dije antes.

— Sí que lo eres y además te comportas como tal.

Puse los ojos en blanco mientras bebía un buen sorbo del dulcísimo néctar de las copas que había ante nosotros. No dejaba de ser gracioso que mi propia mente me hubiera creado una especie de Pepito Grillo feérico cuya misión era guiarme y mostrarme el mundo haciéndome sentir estúpida al mismo tiempo. Sin duda, un trauma infantil relacionado con el pavor que me había inspirado la lectura de “Las Aventuras de Pinocho” durante mi infancia.

— ¡Ja! Así que ya estás enamorada de él —continuó Gavina Grillo con expresión triunfal— Sinceramente, había esperado un poco más de resistencia por tu parte, niña. Tampoco es que él tenga un carisma tan arrollador como para conquistar mujeres en cinco minutos de conversación. Siempre ha sido un hombre bastante taciturno, la verdad.

— Ni siquiera sé de quién me hablas.

En absoluto estaba dispuesta a mantener con Gavina, aquel trasunto antropomórfico de mi conciencia, un diálogo de besugos. ¿Cómo iba a estar enamorada de un tipo que no existía al que, además, acababa de conocer y que, encima, me había faltado terriblemente al respeto? ¡Ya tenía suficiente con Isla, que era bien real, para atormentar mi pobre corazón!

Mientras tanto, la atractiva pareja que tenía delante no cesaba de observarme y sonreírme de forma invitadora, relleniéndome la copa cada vez que la veían vacía y acercándose deliciosas viandas para que las probase. De vez en cuando, notaba el pie del hombre rozando el mío, algo que quise pensar era totalmente accidental. Como también debía serlo el hecho de que la princesa renacentista se acariciara de vez en cuando el escote mirando discretamente en mi dirección.

¿Qué clase de mundos tenía yo en la cabeza?

Pronto sentí una agradable ligereza, como si todo a mi alrededor hubiera adquirido una cualidad etérea, casi volátil. Al otro lado de la mesa, la joven pareja me parecía absolutamente arrebatadora, el resto de los comensales, fascinantes y, la velada, magnífica. Las voces y el sonido de la música me llegaban como amortiguados por unos almohadones de seda, y la luz dorada de los candelabros y las chimeneas destellaba ante mis ojos como si estuviera hecha de rayos del mismísimo sol. Hasta Gavina me parecía más simpática. Los toros de agua debían de estar a punto de aparecer.

En resumen, estaba bastante borracha de lo que fuera que fuese aquella bebida.

El joven que tenía ante mí redobló sus esfuerzos sensuales, rozando invitadoramente uno de mis pies. Percibiendo escasa resistencia por mi parte, de pronto, con la punta del suyo, comenzó a recorrer lentamente mi pantorrilla izquierda, mientras él mismo se dejaba besar y acariciar con languidez por su compañera. Gavina me miró de forma reprobatoria -al fin y al cabo, era Pepito Grillo-, pero algo dentro de mí se había rendido sin condiciones a las, en cualquier otro momento, inaceptables atenciones de aquel ser desconocido.

Mientras sentía como la punta de su pie subía poco a poco hasta mis muslos al tiempo que él, para alcanzarme mejor, se hundía chabacanamente en su asiento, algo me llamó poderosamente la atención desde la otra punta de la sala: Cináed estaba allí, apostado de pie, como parecía ser su costumbre, junto al fuego de una de las chimeneas. Su mirada ardiente estaba clavada en mí, pero no supe discernir si era de reproche o de deseo. Era exactamente la misma expresión que había visto en sus ojos al abandonar mi alcoba un rato antes.

Gemí al sentir como el pie del joven se abría camino entre mis muslos y me rozaba decididamente, y abrí la boca en un leve jadeo, mientras sentía como mis senos se levantaban y presionaban deliciosamente la tela de mi entallado vestido verde. También yo, para mi propia sorpresa, me deslicé un poco en mi asiento para facilitarle la tarea. La chica devoraba ya con descaro la boca y el cuello de su compañero, mientras una de sus manos le acariciaba ansiosamente el pecho y comenzaba a descender por su vientre.

No me reconocía. Estaba totalmente fuera de mí. En condiciones normales habría sentido un terrible bochorno ante lo que estaba sucediendo, pero, por algún motivo, mis inhibiciones habían desaparecido por completo. Esperaba que momentáneamente.

A nuestro alrededor, nadie parecía prestarnos atención. El resto de los seres feéricos se hallaban inmersos en sus propias conversaciones, juegos, danzas o pequeñas orgías similares a la nuestra, mientras que la Reina charlaba tranquilamente con su consorte, aparentemente ignorando nuestras actividades. Gavina se limitaba a comer y a desaprobalo todo.

Mordiéndome el labio para intentar contener el enorme placer que sentía y que amenazaba con explotar, desvié mis ojos hacia Cináed, que me observaba con una suerte de fiereza, aunque sin perder en modo alguno la compostura general de su persona. Solo su mirada encendida y la leve tensión de su postura delataban una lucha interna. Sin poder evitarlo, deseé que fuera él quien me provocara aquel placer tan intenso que me esforzaba por no sentir en toda su plenitud para no escandalizar ni a los que me rodeaban ni a mí misma. Lo deseé con tanta violencia que me asusté y, repentinamente, para estupor de Gavina y de mis dos compañeros, el erótico hechizo se rompió, me levanté derribando mi silla y escapé corriendo del salón por la puerta lateral, la misma por la que había salido aquella tarde de camino a mis aposentos.

Corrí, cegada por mi estado étlico, las luces que aún llevaba grabadas en mi retina, el deseo y la confusión de mis sentimientos, y pronto me perdí entre los pasillos y corredores, como era lógico que sucediese.

Todo daba vueltas en mi cabeza: Cináed, Gavina, Sorchá, la Reina, los jóvenes con los que había compartido mi placer, la música y las voces del banquete, los pequeños sirvientes, los toros de agua que nunca aparecieron, las luces doradas del salón, el viaje a caballo hasta el castillo en aquel eterno atardecer, el páramo desolado y cubierto por nubes de tormenta, Isla, Elsie, mi hermano... Me di cuenta de que había olvidado por completo mi propósito, que no era otro que encontrar la salida del laberinto de mi propia mente y resolver el enigma que mi culpabilidad me había impuesto.

Para poder despertar.

Para poder vivir.

Tal y como Cináed, por mucho que solo existiera en mi imaginación, me había advertido, no habría debido dejarme seducir por aquel mundo onírico que había creado con retazos de cuentos de hadas leídos de niña, historias de viejas de Dunkeld y aquel malhadado libro de Robert Kirk que había adquirido en Edimburgo. Y, sin embargo, era lo primero que había hecho: bajar la guardia, beber como una estibadora irlandesa y caer en los primeros brazos y pies que había encontrado. Aquel mundo ni siquiera había tenido que hacer un esfuerzo. ¡Yo misma se lo había puesto en bandeja para anestesiarme y seducirme!

Al rato me detuve, muy asustada. Sin darme cuenta, había llegado a una zona del castillo que ni siquiera estaba iluminada por antorchas o pebeteros. Tan solo una mortecina luz crepuscular, procedente de algunas grietas en el techo, iluminaba, a trozos, aquellos pasillos y salas donde no se oía ni se veía un alma. Seguía bastante embriagada, pero no lo suficiente como para no darme cuenta de que aquel lugar podía ser peligroso. Si me extraviaba en los rincones más oscuros de mi propia mente, nunca regresaría a casa.

Entré en una sala un poco más iluminada que las anteriores y me esforcé por orientarme. No recordaba haber bajado o subido ninguna escalera demasiado grande, así que, en realidad, no debía estar muy lejos de las zonas habitadas de la fortaleza. Seguramente, si me quedaba allí quietecita, Gavina o los hombres de la Reina acudirían en mi rescate. O eso deseé con todas mis fuerzas.

La sala donde me encontraba era enorme y le faltaba la mitad del techo, por donde se filtraba la luz, que caía sobre el suelo enlosado en grandes charcos rojos sanguinolentos. Tenía varias chimeneas arruinadas y dos tapices enormes, rasgados y polvorientos, colgaban de los altísimos muros. Una de las paredes se había venido abajo hacía mucho tiempo y el vacío que había provocado daba acceso directo a un pozo de roca natural inmenso, que descendía hasta la más profunda e insondable negrura, mientras que por arriba se abría al cielo en un círculo parecido al brocal de un pozo infernal.

En aquel momento, algo se movió en un rincón oscuro de la sala.

Al principio pensé que había sido una falsa impresión, porque no se produjo absolutamente ningún sonido, tan solo una especie de agitación en la oscuridad de aquella zona.

Era como si las tinieblas del rincón tomaran una forma diferente a la que habían tenido hasta entonces.

Aquello me puso los pelos de punta.

Comencé a retroceder de espaldas hacia la entrada de la sala, mientras aquella especie de negra nebulosa evolucionaba ante mis ojos y avanzaba hacia mí lentamente, devorando a su paso la suave luz rojiza y transformándola en pura oscuridad.

Aterrada, aceleré el paso y me volví, a trompicones, para salir corriendo de allí como alma que lleva el diablo, solo para sentir cómo algo me agarraba de los brazos con tanta fuerza que me hacía daño. Cerré los ojos, presintiendo que aquel, tal vez, sería el triste final de mi extraña fantasía y que, en breve, yacería inerte bajo las raíces de un árbol junto al río Braan, donde, con suerte, semanas más tarde, alguna partida de búsqueda del pueblo me encontraría y le daría las terribles nuevas a mi familia. A mi hermano, que nunca podría perdonarme. A mi hermana, a la que rezaba porque nadie le hubiera contado mi traición. Y a Isla, para la que solo deseaba que fuera capaz de olvidarme y continuar, así, con su vida.

Si es que me estaban buscando, algo que sin duda no merecía.

Me dejé acarrear por los pasillos sin voluntad, entre el terror por lo que había visto, la

confusión de mis vivencias en Elphame y la enorme tristeza de pensar que estaba a punto de morir sin poder remediar en lo más mínimo el dolor que había causado a mis seres amados.
De morir de verdad.

Capítulo 8

La Reina de Elphame

Desperté violentamente, como si saliera de una pesadilla eterna y durante unos segundos permanecí con los ojos fuertemente cerrados, con la esperanza de que, al abrirlos, lo que viera fuese mi dormitorio en la casa familiar de Dunkeld. Presté atención a los sonidos que me rodeaban, esperando escuchar el carro de la leche traqueteando por la cuesta, la bicicleta del cartero, el coche de las nueve hacia Braemar pasando por mi calle o, siquiera, el canto de los pájaros en el viejo peral de nuestra puerta.

Respiré profundamente, tratando de relajarme, y oí unos pasos acercándose lentamente a mi lecho en los que intenté reconocer desesperadamente a alguno de mis seres queridos. A continuación, sentí cómo alguien se sentaba a los pies de mi cama. No se oía nada más. Ni aves, ni voces, ni el ruido de la vida en las calles del pueblo.

Abrí los ojos y una pequeña lágrima escapó de ellos al constatar que estaba en Elphame, en la alcoba que me habían asignado al llegar al lúgubre y ruinoso castillo Ewen.

La mano enorme de Cináed se posó sobre la mía tímidamente. Era él quien estaba sentado sobre la colcha de seda, con el rostro grave, la mirada baja y su cabello despeinado enmarcado por el dosel de terciopelo rojo de la cama. Me aferré a su mano, cálida y segura, como si fuera una tabla de salvación en medio de un naufragio y lloré desconsoladamente.

¿Y si Elphame no era una fantasía?

¿Y si todo lo que estaba viviendo era real y no podía volver a mi mundo nunca más?

Por primera vez desde que desperté en el páramo desolado, me planteé verdaderamente la posibilidad de haber atravesado la puerta a otro mundo, un lugar en el cual, según sus propios habitantes, estaba condenada a pasar siete años de mi vida entre seres feéricos volubles, caprichosos y dominantes, de cuyas intenciones hacia mí nada conocía.

Y luego estaba él.

— Es real, ¿verdad? —musité, apenas con un hilo de voz, mientras me secaba las lágrimas con la otra mano.

— Sí —contestó él, apesadumbrado.

Cináed me soltó, se acercó a la cabecera de mi lecho y me abrazó como se abraza a un niño que ha perdido a su madre, con una ternura y una delicadeza infinitas. Me acarició el cabello rítmicamente y me dejó sollozar sobre su hombro tanto como quise, que fue bastante. Poco a poco, mientras mi respiración se acompañaba con la suya y los latidos de nuestros corazones se encontraban el uno al otro, fui hallando la calma.

Aunque no me había dado cuenta al principio, Gavina también estaba allí, sentada en un

silencio ominoso en una de las sillas de tijera, en el rincón más oscuro de la alcoba. Sintiendo que yo estaba, al fin, lista para mantener una conversación, se levantó, se aproximó hasta nosotros y se puso en cuclillas junto a la cabecera de la cama con una expresión mortificada en su rostro.

— Lo siento muchísimo, Mairi —me dijo Gavina en voz baja—. Es todo culpa mía. En vez de velar por ti, te traté con una terrible condescendencia y, por si eso fuera poco, dejé que Elphame te devorase demasiado rápido sin protegerte del peligro. Perdóname, por favor, Mairi. Ha sido un error imperdonable, pero prometo cuidar mejor de ti a partir de ahora.

Me impresionó ver a Gavina casi al borde de las lágrimas y le aseguré que no había sido para tanto y que, en realidad, estaba bien. Deprimida por estar lejos de los míos y triste por algunas cosas que habían sucedido en mi vida y de las cuales no podía hablarle, pero físicamente bien.

— No lo entiendes, Mairi —repuso Gavina que, al parecer, no encontraba consuelo en mis palabras—. Anoche pudiste haber muerto. No quiero decirte más para no asustarte y porque, en realidad, hacía cientos de años que no veíamos algo así. Pero el peligro que corriste fue gravísimo y podrías haber muerto de verdad. ¡Y entonces no sé lo que habría hecho!

La alcancé desde mi cama y nos fundimos los tres en un abrazo, como si fuéramos una pequeña y extraña familia. Tras unos instantes, me separé de ambos y declaré:

— Lo entiendo, Gavina. Y también entiendo que no ha sido fácil cuidar de mí, y que he ignorado sin más la mano que se me tendía... Por favor, no te sientas culpable. Lo importante es que estoy bien y ahora solo quiero saber cuál es mi propósito en este lugar, sea real o imaginario. Quiero hablar con la Reina —añadí con firmeza.

— Tendrás audiencia con ella en unas horas —contestó Gavina—. Anoche casi se muere del susto al verte salir corriendo por el castillo como si te persiguieran los Gesaelig. Por suerte, Cináed salió disparado detrás de ti un segundo más tarde y no tardó mucho en encontrarte. Justo a tiempo, por cierto.

Miré a Cináed con un tremendo agradecimiento y él me apretó levemente la mano, asintiendo con la cabeza, como si le quitara importancia. A continuación, se levantó y se dirigió hacia la puerta, donde pareció que le daba órdenes a alguien que esperaba fuera.

— Ahora vendrán a traerte comida, Mairi —dijo, antes de marcharse—. Debes reponerte y descansar para la audiencia de esta tarde. Te veré después.

Gavina me sonrió aliviada, me besó en la mejilla con cariño y se marchó también, no sin antes recordarme, como si no me lo acabaran de decir hacía solo cinco segundos, que comiese bien y descansase.

Al fin y al cabo, era mi Gavina Grillo.

Tras tomar un caldo caliente acompañado de un pan tierno que me supo a gloria, rechacé el resto de los alimentos que una preocupada Sorchá había dejado para mí en una bandeja sobre la mesilla y me sumí en un profundo sueño del cual desperté totalmente repuesta, al menos en lo que a lo físico se refería. Lejos quedaban ahora mis terrores de la noche anterior y los recuerdos perturbadores de lo vivido durante el banquete, incluido el más incómodo de todos: mi salvaje deseo por Cináed. Por suerte, aquella ansia no había vuelto a reaparecer y se había visto sustituida, en parte, por ternura y agradecimiento al saber que había sido él quien me había salvado la vida en el laberinto plagado de sombras del castillo. Por qué aquel hombre, único humano entre los seres feéricos que había visto hasta ahora, me cuidaba con tanta devoción, seguía siendo un misterio para mí. La historia de que llevaba mil años esperando mi llegada me

resultaba demasiado dramática como para creerla.

Me sentía todo lo preparada que podría llegar a sentirme jamás para afrontar aquella audiencia con la Reina y averiguar, de una vez por todas, qué quería de mí y por qué había ido yo a parar a aquel extravagante mundo en guerra. Me vestí con mis propias ropas, que alguien había colocado limpias y planchadas sobre la mesa, me calcé mis botas y anuncié en la puerta que estaba lista.

Cuando entré en la sala de audiencias privadas de la Reina precedida por Gavina y por dos guardias, me temblaban las piernas y mi corazón palpitaba rápidamente por el temor y la incertidumbre, pero sentí que estaba dando un paso fundamental para recuperar mi vida.

La pequeña habitación donde la Reina me recibió era, en realidad, su propia antealcoba. Apenas había sitio para una chimenea encendida, una banqueta lujosamente tallada donde, supuse, se sentaría ella, una mesa auxiliar con bebidas y frutas y una abertura, cubierta por una cortina de seda negra, que daba, probablemente, a su dormitorio. La decoración era extrañamente austera comparada con el resto del castillo y la sala no tenía ninguna ventana que le procurase iluminación natural.

Los guardias se quedaron fuera, custodiando la entrada, mientras Gavina y yo permanecíamos en pie junto al fuego, en un incómodo silencio, aguardando la llegada de la Reina. Al final, fui yo quien, al borde de un ataque de nervios, terminó hablando:

— ¿Algún consejo?

— No le llesves la contraria —repuso Gavina rápidamente, como si hubiera estado esperando que le diera permiso para ilustrarme—. Tampoco hables al mismo tiempo que ella o la interrumpas, ni pretendas saber cosas que no sabes o le hagas preguntas impertinentes. No le faltes al respeto. Y no le mientas o, probablemente, lo descubrirá.

— Parece sencillo —comenté irónicamente.

Gavina se encogió de hombros y, con una media sonrisa, declaró:

— Es una reina: una de las pocas cosas que funciona igual aquí que en tu mundo humano.

Mi única experiencia con reinas en el mundo humano eran las anécdotas que mi madre me contaba sobre las excursiones que la reina Victoria solía hacer todos los años a Dunkeld, mucho antes de que yo naciera. Acompañada del duque de Atholl vestido con su *kilt* de gala, de la duquesa Ana y de una escandalosa cohorte de gaiteros, por lo visto a la reina le gustaba mucho organizar picnics populares en la pradera de la vieja catedral y crear nuevas tendencias en protocolo comiéndose el pollo con las manos.

Antes de que pudiera idear una réplica inteligente para Gavina, la cortina de seda se abrió y la Reina entró en la sala, vestida con una sencilla túnica bordada de color crema que resaltaba la negrura de sus cabellos trenzados. Permaneció de pie mientras me observaba con curiosidad durante unos segundos.

Haciendo un esfuerzo por no meter la pata, permanecí con la mirada baja y esperé a que hablara ella.

— Anoche despertaste algo en las entrañas de la tierra —dijo al fin, clavando en mí su mirada, como intentando determinar mi grado de culpabilidad tras aquel incidente—. Un mal muy antiguo. Y muy peligroso.

— Lo siento de veras, no fue mi intención causar ningún daño.

Me interrumpí a mí misma nada más pronunciar la última palabra, consciente de que había empezado haciendo lo que Gavina me había pedido que no hiciera: interrumpir a la Reina. Esta me observaba ahora con una ceja alzada y cruzada de brazos en actitud severa. El inicio no

parecía muy prometedor.

En lugar de sentarse en la banqueta, la Reina comenzó a pasearse lentamente por la pequeña habitación, observándome de hito en hito y frotándose lentamente las manos, ganando tiempo mientras, sin duda, calculaba hasta dónde podía y quería llegar en aquella conversación.

— Como dije el día que llegaste, eres el primer ser humano en conseguir entrar a Elphame en mucho tiempo —dijo, deteniéndose al fin ante mí—. Tanto tiempo como doscientos años. Hasta entonces, la comunicación entre el Reino y el mundo de los mortales había sido, por así decirlo, más fluida. Más sencilla. El humano que averiguaba como hacerlo, podía llegar hasta nuestro mundo, pasar aquí siete años y volver a su casa con un don que le haría especial para siempre entre los suyos. Pero hace doscientos años algo ocurrió. Y de pronto, nadie más pudo entrar a Elphame. Nos quedamos aislados, sin noticias de vuestro mundo. Solos. Tuvimos que desterrar de nuevo a la Sombra. Y entonces nos atacaron los Gesaelig y comenzó esta guerra.

El rostro de la Reina se oscureció entonces y se sumió en el silencio durante algunos segundos. Miré de reojo a Gavina, pero esta, con un leve gesto, me indicó que debía permanecer callada. Finalmente, la Reina continuó:

— Tu llegada aquí fue profetizada hace mucho tiempo, aunque en aquel momento no dimos crédito al contenido de la profecía porque nos parecía imposible que la comunicación entre ambos mundos se cortase. Sobre todo, nos parecía imposible que Gesaelig fuera capaz de someternos y arrinconarnos durante tanto tiempo... No obstante, como ya estarás adivinando, ambas cosas están, en realidad, conectadas. Hace unas semanas yo misma te vi en un sueño, al otro lado de una verde pradera, emergiendo de un viejo tronco nudoso junto a una cascada. En cuanto te vi supe que eras aquella que nos fue profetizada hace mil años. Tú eres la clave, Mairi, aunque aún no sé exactamente de qué. Imagino que tendrás millones de preguntas.

La Reina, ahora sí, tomó asiento en su banqueta y, con un gesto regio y elegante, me invitó a hablar. No pude menos que respirar aliviada. Parecía que, de momento, había conseguido no meter la pata. Aunque, efectivamente, tenía millones de preguntas, decidí hacerle en primer lugar la más importante de todas ellas, tratando de que la desesperación que sentía en mi interior no trasluciese mis palabras.

— ¿Cuál es mi propósito aquí y cómo puedo volver a casa antes de siete años? Necesito regresar de inmediato.

— No te andas con rodeos, Mairi —declaró la Reina secamente, no supe discernir si con disgusto, y prosiguió—. Como he dicho antes, no sé exactamente cuál es tu papel en este conflicto. La profecía no lo especificaba. Tan solo advertía de tu llegada tal y como, efectivamente, se produjo hace unos días y dejaba claro que eras la clave para acabar con esta guerra y expulsar a los Gesaelig definitivamente de nuestros dominios, aunque no parece estar muy interesada en ayudarnos. En cuanto a volver a tu mundo antes de siete años, no está en mi mano cambiar las leyes de la física feérica.

Me sentí desfallecer.

La Reina no me había proporcionado, en realidad, mucha más información de la que ya sabía: una profecía de hacía mil años, un enemigo al que vencer, una heroína esperada por todos, bla bla bla. Nada útil, en todo caso. Nada real. Nada que me ayudase a hacer lo que tuviera que hacer, fuera lo que fuese, y acabar con aquello. Nada que me ayudase a volver a casa. La Reina, incluso, había pronunciado con cierto desprecio sus últimas palabras, y aquel “no está en mi

mano cambiar las leyes de la física feérica” había sido para mí como un mazazo que me había hundido en el suelo de piedra de aquella triste, húmeda y ruinoso habitación.

Con los ojos cuajados de unas lágrimas que no estaba dispuesta a dejar caer y sintiendo cómo una ola de ansiedad y enfado crecía dentro de mí, exclamé sin pensar:

— ¿Entonces qué demonios hago aquí y para qué me has concedido una audiencia? Si no hay nada que decir ni nada que saber, ¿para qué todo esto? ¿Qué me impide irme sin más y mandar todo este asunto y a todos vosotros al diablo?

Los ojos verdes de la Reina se encendieron de ira mientras, a mi lado, casi pude sentir físicamente el disgusto de Gavina por el atrevimiento de mis palabras. No me hizo falta mirarla directamente para darme cuenta de que, esta vez, había metido la pata hasta el fondo. Además, la mirada encendida de la Reina me tenía, literalmente, presa y todos mis esfuerzos estaban concentrados en no terminar sollozando ante ella como una colegiala asustada.

La Reina se levantó mientras sostenía mi mirada y avanzó hacia mí lentamente.

— La audiencia ha terminado —espetó, sin apartar sus ojos de los míos ni siquiera cuando, claramente, se dirigió a Gavina—. Llévala a sus habitaciones y cuida de que no haga más estupideces hasta el día en que partamos al concilio. Que no hable con nadie hasta entonces.

— ¿Qué concilio? ¿Dónde y cuándo es ese concilio? ¿Acaso ahora soy una prisionera? ¿Anoche era una invitada y una heroína a la que tratar con gentileza y ahora vais a encerrarme como a una delincuente?

Mis airadas protestas no sirvieron de nada. Mientras la Reina se retiraba a su alcoba, una Gavina descompuesta y temblorosa me tomó con firmeza del brazo y, apretándolo como si me lo fuera a arrancar del cuerpo, me sacó de allí e, ignorando mis gritos y mis protestas, me arrastró de nuevo por pasillos, salones y corredores hasta llegar a mi habitación. Una vez dentro, cerró de un portazo y me hizo sentar en una de las sillas mientras se llevaba las manos a la cabeza, musitaba frases en un idioma desconocido para mí y daba vueltas por el lugar como una leona enjaulada.

Las dos cruzamos acusaciones injustas y acabamos gritándonos y diciéndonos cosas que en realidad no sentíamos. Más o menos como en todas las discusiones desde que el mundo es mundo entre personas que, por otra parte, se respetan y se quieren.

Lo cierto es que no era nada divertido ver a Gavina Grillo en plena crisis emocional. Si hasta ella había perdido los nervios, es que ya no quedaban nervios para nadie en el mundo.

Cuando nos terminamos diciendo la una a la otra alguna bestialidad que ahora, afortunadamente, no recuerdo, Gavina se marchó dando otro portazo aún mayor que el primero y yo me levanté de la silla, le di una patada que la hizo volar al otro extremo de la habitación y, arrodillada frente a la chimenea, lloré con mucha más rabia que tristeza. Tras levantarme a comprobar la puerta y constatar que, tal y como temía, me habían encerrado allí dentro, grité de frustración hasta que la garganta me dolió tanto que, muy a mi pesar, tuve que callarme.

Odiaba profundamente aquel mundo y a aquellas criaturas y no pensaba mover ni un solo dedo por ayudarlas en nada.

Aunque me costara la vida.

TERCERA PARTE

6 Find Gardeners 'Two' and 'Five'
and 'Gardener 'Seven'.



"OFF WITH THEIR HEADS!" said the QUEEN.

¡Que le corten la cabeza!

Capítulo 9

Toros de agua

Pasaron los días. Nadie venía a verme ni a hablar conmigo. Tan solo Sorchá se acercaba ocasionalmente a traermé comida y agua y a alimentar el fuego del hogar y vaciar mis desechos, pero no intercambiaba conmigo palabra alguna. Únicamente me miraba con pesar, agachaba la cabeza y se marchaba lo más rápido posible de mi lado. Los primeros días le supliqué que me hablase o que hiciese venir a Gavina o a Cináed, pero todo fue en vano. Ni mis ruegos ni mis lágrimas la conmovieron. Probablemente tenía demasiado miedo de la Reina.

Me sumí en un silencio oscuro y comencé, lentamente, a acumular enormes cantidades de amargura hacia aquellos seres que me habían robado la libertad y la vida. Extendí, incluso, mi rencor hacia Gavina, a la que acusaba de no haber cumplido su promesa de protegerme, y a Cináed, del que en el fondo había esperado un comportamiento más digno de un héroe romántico. Si llevaba esperándome mil años lo menos que podía hacer ahora era intentar liberarme de aquella prisión o, al menos, acercarse a hablar conmigo y ofrecerme palabras de consuelo. Aunque a quien más odiaba, con enorme diferencia, era a aquella Reina altiva y tiránica que me había hecho prisionera.

La idea de aquel “concilio” y de una “partida” hacia no sabía dónde me atormentaba constantemente y dedicaba mis horas a repasar en mi mente frases y conversaciones para ver si conseguía discernir el significado de todo aquello. Pero fue en vano.

Lo que más me hacía sufrir era que, mientras yo estaba sumida en aquel universo absurdo y cruel que no me importaba lo más mínimo, en el mundo real mi familia padecía las consecuencias de mi traición y yo no podía hacer nada para ayudarlos.

Finalmente, una semana después de mi discusión con la Reina, la puerta de mi alcoba se abrió y apareció en el umbral Gavina.

Su rostro estaba demacrado y su piel había perdido parte de aquel particular brillo preternatural que siempre lucía. Aunque sonreía con calidez, sus ojos eran tristes y su expresión general de profundo agotamiento. Le sobraban ojeras y le faltaban horas de sueño.

El ser humano es una curiosa criatura. Después de haber estado criando odio y amargura contra Gavina durante siete días y siete noches –o el equivalente crepuscular del Reino-, cuando la vi allí parada lo único que quise hacer fue abrazarla.

Pero no lo hice.

La dejé que viniera hacia mí con los brazos abiertos sin corresponder a su gesto, como la niña enfurruñada que ella siempre decía que yo era. Pero esta niña llevaba prisionera una larga

semana en una habitación sin luz natural, volviéndose loca, tratando de llevar la cuenta de las horas y haciendo sus necesidades en una bacinilla plateada que Sorchá vaciaba dos veces al día. Francamente, no estaba de humor para nada más que para devolver un poco de todo aquel daño, sin importarme si acababa degenerando en fuego amigo.

Gavina bajó los brazos, aceptó mi rechazo, cerró la puerta tras de sí y me preguntó con voz dubitativa:

— ¿Cómo te encuentras, Mairi?

Al no obtener de mí más que un silencio obstinado y una mirada llena de dolor, continuó:

— Lo siento tanto. Todo. Nunca quise decirte aquellas cosas. Y jamás te habría encerrado en esta habitación ni en ninguna otra parte. Son órdenes de la Reina. Órdenes que a todos nos ha costado un mundo cumplir. Debes creerme, Mairi. Estoy de tu lado. Siempre lo estoy.

— ¿Por qué, Gavina? ¿Por qué debería creer que estás de mi lado? Aparecí en tu vida hace apenas unos días. ¿Se supone que de pronto somos amigas inseparables? ¿Acaso me debes a mí más lealtad que a tu Reina? No estás de mi lado en lo más mínimo. Quieres estarlo quizás, pero no puedes. Si lo estuvieras, me dirías cómo salir de aquí y me ayudarías a escapar.

— ¡No puedo hacer eso, Mairi! La Reina no te engañó cuando te dijo que es físicamente imposible sacarte de Elphame antes de siete años. Así es cómo funciona la relación entre tu mundo y el mío, y no me preguntes por qué porque no lo sé.

Gavina respiró hondo y se acercó, de nuevo, a mí. Era evidente que no quería que discutiéramos. Yo tampoco. Pero algo dentro de mí se había roto. Ansiaba el caos y reventarlo todo hasta un extremo del que ya no hubiera marcha atrás. Tal vez, así, aquello terminaría.

Por eso le hice preguntas que sabía que ella no tenía permiso para contestar y pronuncié amenazas contra las que no tenía armas.

— ¿Qué quiere la Reina de mí? Todo lo que sale de su boca y de la tuya son mentiras. No me trago que no sepáis para qué estoy aquí. Dímelo ahora mismo, Gavina, o no vuelvas a dirigirme la palabra nunca más.

Gavina me observó, apesadumbrada. Ni siquiera intentó explicarse o disculparse de nuevo. Creo que entendió que no serviría de nada. Suspiró y me comunicó el motivo por el que la Reina le había permitido entrar a hablar conmigo.

— Hoy la corte partirá hacia un punto acordado con los Gesaelig. Allí se celebrará un concilio con nuestros enemigos dentro de tres días. Nos vamos todos, Mairi. Tú también. Vendré a recogerte dentro de unas horas, así que espero que estés lista.

Antes de irse, se giró y musitó un nuevo “lo siento”. Tras su marcha, sentí la habitación más fría y vacía que nunca.

Un rato después, apareció Sorchá con la cena. Le pedí por favor que enviara a alguien con ropa limpia, toallas, agua caliente y una tina para bañarme, pero me contestó con expresión afligida que nada de eso estaba previsto para mí. Así que cené, me lavé con la poca agua que había en la jarra y me volví a poner mi apestosa ropa, que vestía desde hacía ya una semana.

Había pasado de ser la heroína de un mundo mágico y exótico a una prisionera que no tenía derecho ni a estar limpia, mucho menos a hacer preguntas, expresar deseos o comunicar pensamientos.

Cuando Gavina vino a recogerme un par de horas más tarde, estaba del humor más negro que había sentido en toda mi vida, con enorme diferencia. La incertidumbre de qué sería de mí en Elphame, para qué quería utilizarme la Reina y si, siquiera, podría volver a casa aunque fuera

siete años más tarde, junto con la asunción de que toda aquella locura era desagradablemente real, me habían destruido finalmente.

Mientras aquella inmutable luz teñía de rojo los riscos que sostenían el lúgubre castillo Ewen, toda la extravagante corte de las hadas se puso en marcha, cada criatura a su manera, y se reunieron en la cuesta pedregosa que daba acceso a la fortaleza: había muchos seres montados a caballo, mientras que otros lo hacían sobre extraños animales cuadrúpedos parecidos a cabras; los había que iban en estrafalarios carruajes tirados por corceles, toros de agua –por fin- o avestruces; y otros iban a pie, cada uno vestido como su dudoso gusto le había dado a entender. Entre ellos circulaban, atareados y nerviosos, los diminutos y serviles criados que había visto en el banquete. Nunca había visto nada tan ridículo. Eran risibles. Los odiaba y despreciaba a todos y cada uno de ellos.

Mientras esperábamos a la Reina y a su consorte para ponernos en movimiento, escudriñé a la muchedumbre discretamente en busca de la alta y solemne figura de Cináed, sabiendo que destacaría como un rayo de luz celestial entre aquella multitud variopinta y horterá. Me costó mucho encontrarle, pero al final lo hice: estaba muy lejos de mí, en la otra punta de la cuesta, al inicio de la comitiva, montado sobre un brioso corcel negro. Quizás también eran órdenes de la Reina el que se mantuviera alejado de mí. O tal vez me odiaba por mi comportamiento temperamental.

Poco me importaba en aquel momento, o de eso intenté convencerme.

Al menos no estaba atada ni encerrada, si bien no me sentía más libre por ello. Me habían permitido montar acompañada del mismo soldado con el que había viajado durante mi periplo al castillo, mientras que Gavina y Sorchá cabalgaban sus propias monturas a nuestro lado, flanqueándonos.

No me habían dejado llevar mi bolso de viaje ni ninguno de los objetos que este contenía, pero en un momento de descuido había conseguido esconder entre mis ropas el pequeño reloj de bolsillo de mi padre, cuyas agujas seguían dando vueltas como locas. Lo apreté entonces en mi mano como un talismán, como un anclaje a mi vida anterior y a mi familia.

Cuando la Reina y su Rey aparecieron en el portón del castillo y descendieron la cuesta, tomando su lugar al inicio de la comitiva, todos nos movimos con ellos. Nos dirigíamos a un lugar previamente acordado con los Gesaelig, los temidos enemigos de Elphame sobre los que nada sabía yo salvo que llevaban al menos doscientos años acorralándoles. Por delante me esperaban tres largas jornadas amenizadas por un soldado taciturno, una joven muerta de miedo por incurrir en la ira de su Reina y una Gavina silenciosa que no paraba de mirarme con cara de cordero degollado.

Cabalgamos durante horas en medio del eterno crepúsculo, sin antorchas que nos alumbrasen cuando atravesábamos áreas umbrías. Cuando cundieron el hambre y el cansancio, nos dirigimos a una serie de cuevas que se adentraban en una enorme pared de roca junto a la que llevábamos un buen rato cabalgando.

Agotada, dormí como un tronco entre Gavina y Sorchá, demasiado desesperanzada y deprimida como para pensar, siquiera, en intentar escapar. Tuve, no obstante, un sueño muy extraño en el que me contemplaba dormir a mí misma, hecha un ovillo en el suelo de la cueva, a través de los ojos de Cináed, que me observaba desde la abertura de entrada. Me sentí tan unida a él en aquel momento que la intensidad de aquella impresión acabó despertándome.

Miré hacia la entrada de la cueva, pero no había nadie allí salvo los centinelas, que cabeceaban de forma somnolienta recortados contra la luz del atardecer.

— Es hora, Mairi —susurró Gavina a mi lado, mientras se incorporaba lentamente—.

Rechazando obstinadamente la mano que me ofrecía para ayudarme a ponerme en pie, me levanté con gran esfuerzo, sintiendo cómo a mi espalda no le había venido nada bien dormir sobre el suelo de piedra de la cueva. Me sentía casi tan cansada como cuando me había acostado hacía un rato.

Tras desayunar un cuenco de gachas, continuamos nuestro camino mientras mi ánimo decaía más y más. Cuando montamos el siguiente campamento me encontraba tan agotada y tan vacía de ilusiones que me dejé caer sin más en el mismo sitio donde había desmontado del caballo, me hice un ovillo y me dormí con el deseo de no despertar jamás.

Si aquella iba a ser mi vida de ahora en adelante, no la quería.

Probablemente debido a mi deplorable estado físico y mental no me di cuenta de lo que sucedió una hora más tarde, en el silencio del campamento feérico durmiente. Tan solo sentí que me levantaban al vuelo y me depositaban, de nuevo, sobre una montura a la que su jinete puso a cabalgar más rápido que el rayo. A mi alrededor había sonidos que no me interesaban: alaridos, golpes, cascos de caballos y la voz de Gavina teñida de desesperación mientras gritaba mi nombre al viento.

En aquel momento no lo entendí, pero los Gesaelig habían conseguido secuestrarme. Me habían tomado del campamento de la Reina como aquel que saca la mejor cereza de un cesto y sale corriendo con su premio en alto como alma que lleva el diablo. Si hasta entonces había vivido entre el abuso, la sorpresa y la incertidumbre, lo que me aguardaba ahora tras las líneas de los terribles enemigos de Elphame era, sin duda, aún menos halagüeño.

Cuando una piensa que ha tocado fondo, frecuentemente se equivoca: siempre hay un pozo más profundo al que se puede caer.

Capítulo 10

El pozo más profundo

Desperté en una nueva prisión. Al igual que las anteriores, esta tampoco tenía barrotes ni guardias y, en este caso, ni tan siquiera puertas ni muros porque no los necesitaba.

De hecho, estaba viva de milagro, puesto que había estado durmiendo junto a una caída de decenas o quién sabe si de cientos de metros hacia la profundidad de una sima.

Me encontraba en una repisa de roca viva de no más de cuatro metros de ancho por seis de largo en sus zonas más amplias. A mi espalda tenía una gigantesca pared de piedra y alrededor se divisaba el abismo más oscuro que pudiera imaginarse. Al otro lado, frente a mí, se extendía la continuación de la enorme cueva donde me hallaba. Sin duda, me habían llevado hasta la repisa de roca gracias a un puente de madera móvil que ahora yacía retirado en la otra orilla de mi lúgubre prisión. La única luz procedía de una abertura en el techo, a muchas decenas de metros sobre mi cabeza.

Jamás en toda mi vida me había sentido más sola y abandonada que en aquel momento y en aquel lugar.

Al rato, al otro lado del abismo, en la cueva principal, destelló la luz dorada de una antorcha. Pronto pude ver que junto al borde de piedra, frente a mí, se alineaban tres hombres. Les tendría a no más de quince metros de distancia pero en aquella penumbra no habría sabido decir si eran humanos o criaturas feéricas.

En realidad no tenía ni idea de si seguía en Elphame o no, aunque una terrible corazonada me decía que así era.

De los tres hombres, uno portaba la antorcha y otro iba armado con un arco. El de en medio, que tenía un aire de autoridad natural, me observó durante unos instantes y luego habló con una voz que era como un lobo hambriento rasgando una cortina a dentelladas.

— Saludos, Mairi. Aunque en condiciones que no son las que me gustarían para una mujer como tú, te doy la bienvenida a Sgàile Dun Taig, la Morada Bajo el Castillo de la Sombra. Mi nombre es Leod Nucklavee. A pesar de lo que te pudiera parecer, no tienes nada que temer.

Alcé una ceja con incredulidad e hice un gesto hacia el abismo.

— No puedes caerte —repuso él—. Te lo prometo.

Mientras me recreaba interiormente en cuánto me agotaba que nada fuese nunca lo que parecía en aquel mundo, dejé hablar a aquel tal Leod Nucklavee que tantas cosas parecía tener que decirme, sin apenas escucharle. No tenía fuerzas para otro discurso de heroínas profetizadas o de tipos que llevaban mil años esperando por alguien a quien luego no le prestaban ni la más

mínima atención. Todo era siempre más de lo mismo. Todo hacía referencia a un universo que no me importaba. Nada me habría hecho más feliz que el que me hubieran dejado tirada en un rincón durante los siete años que me quedaban de condena, sin molestarme con sus cuitas infantiles de habitantes de un mundo de cuento de hadas.

Sin embargo, algo de lo que dijo Leod me despertó de golpe.

— Al menos yo no quiero matarte, como Nicneven, la mal llamada Reina de Elphame.

Leod se dio cuenta rápidamente de que había captado mi atención. Tras hacer un gesto al hombre de la antorcha para que se la pasara y accionara el puente móvil que, una vez puesto en su lugar, unía ambos extremos del abismo, cruzó pausadamente hasta la cornisa donde yo me encontraba. Aunque no parecía demasiado amenazante, retrocedí instintivamente.

— No es mi intención hacerte daño. Te necesito, Mairi —declaró, abriendo los brazos en señal de paz—. Has despertado algo en lo más profundo de la oscuridad de Elphame y lo preciso para ganar esta guerra interminable. Es un mal antiguo que llevaba tiempo dormido pero que, controlado y dirigido de la forma adecuada, puede acabar con doscientos años de sufrimiento.

Leod Nucklavee era, ahora podía verlo claramente, otro de aquellos seres feéricos. Su piel de alabastro relucía aún más, si cabe, que la de los miembros de la corte de la Reina. Sus cabellos eran, por el contrario, tan negros como los de esta última, y los llevaba trenzados y recogidos en lo que me pareció un peinado vikingo. Su rostro, duro y de rasgos afilados, se correspondía con su ruda voz. Lo que menos me gustó de su aspecto fue, quizás, el rictus cruel que curvaba su labio superior, como si de un fauno o un sátiro se tratase. Sus ojos verdes, por el contrario, eran hermosos y casi cálidos y se asemejaban, también, a los de Reina.

Leod parecía, en muchos aspectos, un hombre de contrastes y lo cierto es que no tenía ni idea de lo que esperar de él. Igual podía resultar ser mi salvador en aquel mundo que no paraba de vapulearme como podía ser mi perdición final. De lo que estaba completamente segura era de, que tras sus palabras, podría haber, en efecto, un fondo de verdad. Eso explicaría por qué la Reina había decidido, tras ver que no era fácil controlarme, mantenerme prisionera.

— ¿Por qué dices que la Reina quiere matarme? —le pregunté—.

— Porque ese ha sido siempre su plan. Desde el principio. Desde que supo que la profecía de Cináed era cierta y que tú existías y podías cruzar a Elphame. Quiere alimentar a la Sombra contigo para luego volverla contra nosotros, los Gesaelig, y ganar la partida.

— ¿Y tú? ¿No quieres hacer lo mismo?

— No. Yo tengo un plan mucho mejor que ese. Solo necesito que atraigas a la Sombra, que la controles y que la dirijas contra la Reina. Luego probablemente te haga mi esposa para que me des un hijo—añadió, como si fuera algo de mucha menor importancia—. Entonces podrás volver a tu mundo.

Genial. Parecía sencillo y agradable.

— Casi prefiero que me devuelvas a la Reina y que me mate ya —repuse ácidamente sin saber si echarme a reír o a llorar—.

— Afortunadamente, no eres tú quién toma las decisiones. Ahora necesito que te fortalezcas para que mi plan tenga éxito. Si me demuestras que puedo confiar en ti, tal vez en unos días te deje salir de aquí y alojarte con nosotros.

Tras dejarme agua y comida en abundancia, Leod y sus dos secuaces se marcharon y me quedé, de nuevo, sola en la oscuridad. El pensamiento de verme enfrentada otra vez a aquella

masa de negrura y maldad me devastaba. Era perfectamente consciente de que no tenía ningún poder o habilidad especial para enfrentarme a ella ni, mucho menos, para controlarla. Tampoco entendía por qué la Reina quería alimentarla conmigo, ¿acaso estaba yo hecha de un material especial o era de alguna importancia para aquella criatura? En cualquier caso, de encontrarme de nuevo ante la Sombra, como Leod la había llamado, el resultado estaba meridianamente claro: sería mi final.

Al día siguiente – aunque era difícil discernir el paso de los días en Elphame- recibí otro visitante al que reconocí de inmediato, incluso aunque nunca le hubiera visto antes: era la versión masculina de Gavina, pero al servicio de Leod. Alto, de edad indefinida y corto cabello plateado, tenía la piel ligeramente iridiscente, el rostro perfecto salvo por una antigua quemadura que afeaba su oreja y su mejilla derecha, y portaba frascos llenos de hierbas y de cortezas colgando de su túnica oscura ribeteada de dorado.

No me cupo la menor duda de que sería igual de molesto e irritante que ella.

Los dos guardias que le acompañaban le franquearon el paso hasta mi cornisa. Traía en las manos una cesta con viandas y botellas que dejó en el suelo.

— Hola Mairi —dijo con voz cálida y firme—. Mi nombre es Treva. Mi único deseo es ayudarte y darte la formación necesaria para que puedas enfrentarte al reto para el que has sido elegida.

No pude evitar resoplar y reírme con intensa amargura.

— ¿Elegida por quién? —repuse con voz burlona—.

— Por el destino.

Empezaba a estar harta del destino, un concepto absurdo en el que jamás había creído y del que todo el mundo, al parecer, era ridículamente esclavo en Elphame. Su irracionalidad me ofuscaba y me hacía verles, cada vez más, como seres inferiores que aún no habían salido de su mundo de cuentos, supersticiones y tópicos folklóricos de lo más rancio.

— Me rindo —declaré, temblando y dejándome llevar de nuevo por pensamientos oscuros y depresivos—. Me rindo. Es una pesadilla.

Apoyé la espalda contra la pared de roca y me deslicé, lentamente, hasta sentarme en el suelo, abrazando mis piernas y hundiendo la cabeza entre mis rodillas mientras lloraba con una pena inmensa.

Instantes después sentí la mano de Treva sobre mis hombros, intentando reconfortarme. Se había sentado junto a mí y me miraba con preocupación y cierta ternura.

— Yo cuidaré de ti —me aseguró—. Nada malo te ocurrirá mientras estés bajo mi cuidado, Mairi. Y, una vez cumplida tu misión, me aseguraré de que estés a salvo hasta que puedas volver a tu mundo.

Lloré aún con más tristeza al reconocer en él las mismas buenas intenciones y pretensiones de Gavina. Lamentaba en lo más profundo de mi alma haberme separado de ella en malos términos, despreciando sus intentos de pedirme perdón, que yo sabía bien que eran sinceros. ¡Quién sabe si no volvería a verla nunca más! La echaba tanto de menos que me abracé a Treva con fuerza, intentando creer que la abrazaba y la perdonaba a ella. Él me estrechó con firmeza. Cuando sentí su respiración acelerarse y su corazón empezar a latir más deprisa, me separé de él, avergonzada.

Acabábamos de conocernos y yo le había abrazado como se abraza a un esposo o a un amante. Me sentía ahogada y perdida en la absurdez de aquel universo y de aquellas criaturas. Me repetí mil veces que esa no era yo. Pero, ¿acaso era más yo la que se revolcaba en la cama con su cuñada hacía solo una semana en Dunkeld? Quizás, al fin y al cabo, sí que era yo todas esas

cosas: desleal, lujuriosa, estúpida, rencorosa, desequilibrada...

Treva me tomó de la mano mientras yo me recreaba en mi llanto, mi desesperación y mi locura. No sé cuánto tiempo pasó. Probablemente, mucho, porque al final me dormí.

Cuando desperté, ya no estaba en la cornisa de piedra, sino en un lecho relativamente cómodo, lo cual era una tremenda mejora. No obstante, en otra cosa había perdido: Treva ya no estaba conmigo y había sido sustituido por Leod, que me observaba con semblante grave sentado a los pies de mi cama. Definitivamente, me habían sacado de mi prisión sin barrotes y me habían subido de categoría, puesto que me hallaba en una pequeña alcoba con cama, chimenea, butaca y hasta letrina, aunque sin ventanas.

- Treva me ha convencido para que te traslade aquí —dijo Leod—. Según él, estás tan destrozada emocionalmente que no nos vas a servir de nada hasta que te recompongas. Así que recomparte, Mairi, pero hazlo rápido. No soy un hombre famoso por mi paciencia y, en el peor de los casos, si resulta que no me sirves de nada romperé la baraja y todos tendremos que jugar a otro juego. Si no puedo ganar esta guerra y este Reino con la Sombra y contigo a mi lado, lo haré de otra manera. No eres imprescindible, Mairi. Espero que seas consciente de ello. Y de que si no me sirves a mí —sentenció fríamente—, no dejaré que le sirvas a Ella.
- ¿Qué quiere decir eso? ¿O mía o de nadie?
- O mía o de nadie. Tú decides.

Capítulo 11

Revelaciones en la oscuridad

Los siguientes días transcurrieron entre visitas de Treva a mi alcoba-prisión y noches que unas eran en vela y otras de ese sueño pesado y profundo hijo del agotamiento extremo y de la falta de ganas de vivir. Me proveían con regularidad de bebida y comida y elementos de aseo, pero había perdido el apetito por completo.

Me preguntaban constantemente qué deseaba para poder traérmelo, pero no podían darme lo único que yo quería: mi libertad y mi vida.

Durante aquellas jornadas, a la luz del fuego, yo en la butaca y él sentado a mis pies sobre una alfombra vieja, Treva me habló de millones de cosas: de la historia de Elphame, de la profecía que advirtió de mi llegada mil años atrás, de las visitas de las hadas al mundo humano y viceversa, de cómo estas terminaron de pronto dos siglos atrás, de la Sombra, de la guerra, de Leod y de la Reina.

Aprendí mucho casi sin darme cuenta.

Según Treva, Elphame era un mundo antiquísimo, tan antiguo como la propia Humanidad y, en realidad, mucho tiempo atrás, humanos y hadas habían convivido y formado parte de la misma comunidad. En aquel tiempo todo el mundo estaba en contacto con la magia y con el universo sobrenatural. Con el paso del tiempo y el avance de las tecnologías, de las religiones organizadas y del pensamiento científico, el mundo se fue dividiendo en dos realidades y una de ellas se fue quedando atrás y fue volviéndose cada vez más y más invisible a los ojos del resto, hasta acabar convertida en una Comunidad Secreta. En un mundo aparte llamado el Reino.

— La palabra “hada”, con la que los humanos os referís a nosotros —me contó Treva un día— proviene del latín “fata”, que para los romanos significaba “destino” o “profecía”. Y, más antiguamente, “fata” procedía de “faor” un término en una lengua muy antigua, perdida hace milenios, que quería decir, simplemente, “palabra”. Quizás ahora entiendas por qué nuestro mundo vive al hilo de esa clase de cosas. Nosotros somos esas cosas. Forman parte de nuestra naturaleza tanto como la racionalidad y el pragmatismo forman ahora parte de la vuestra.

Durante mucho tiempo, ambos mundos, el humano y el feérico, aunque ya separados, habían estado en comunicación, sobre todo hasta la llegada de la industria y del pensamiento ilustrado. En aquel entonces, no era poco habitual para Elphame recibir a jóvenes humanos, que pasaban siete años de diversión, fiesta y aventuras en el Reino y que luego volvían a casa a vivir el resto de su vida humana, con algún don de regalo por parte de las hadas. Igualmente, era habitual que las hadas más curiosas hicieran incursiones en el mundo humano, quedándose, a veces, a vivir en

él durante algún tiempo y hasta dejando allí a su descendencia híbrida.

Hacia doscientos años aquel tráfico de hadas y de humanos había terminado abruptamente. Sin que se supiera cómo ni por qué, de pronto, las entradas a Elphame quedaron cerradas a cal y canto y, desde entonces, nadie más había podido acceder al Reino desde el mundo mortal.

A continuación, la Sombra, un mal antiguo procedente del albor de la Humanidad, reapareció para devastarlo todo y, finalmente, tras su aparente derrota a manos de una frágil coalición, comenzó una guerra interminable entre los Sael y los Gesaelig. Entre Nicneven, la Reina de Elphame, abanderada de los primeros y Leod Nucklavee, su hermano, cabeza visible de los segundos. Entendí entonces el parecido entre ambos. Treva mencionó a un tercer hermano perdido hacía milenios, pero no profundizó demasiado en el tema.

— ¿Qué pinto yo realmente en todo esto, Treva? —le pregunté un día—.

— No te miento si te digo que no lo sé exactamente. Solo sé que hace mil años fue profetizada la llegada de alguien con tu nombre y tus características. Alguien que, según aquel augurio, vendría a acabar con la época más oscura de Elphame. Alguien que derrotaría definitivamente a la Sombra y le pondría fin a una guerra de la que nada sabíamos entonces. En realidad, no le prestamos mucha atención en aquel momento. Se producen tantas profecías... Sin embargo, cuando la Sombra regresó y fuimos incapaces de acabar del todo con ella, muchos la recordaron. Te esperábamos, Mairi.

Le miré con expresión vacía y derrotada.

— Yo te ayudaré —declaró Treva clavando en mí sus ojos amables—. Juntos descubriremos cómo resolverlo.

— No quiero hacer ninguna de esas cosas.

— Ya lo sé. Pero tienes que hacerlas. No podré protegerte para siempre de Leod si sigues así —continuó, apesadumbrado—. Es mejor que me permitas ayudarte, Mairi. Yo nunca te haría ningún mal.

— ¿Por qué, Treva? ¿Por qué debo confiar en ti hasta ese extremo?

— Porque quise cuidarte desde el momento en que te vi —repuso con sencillez—.

Le ofrecí mi mano y él la tomó con entusiasmo. Yo no sentía la misma calidez por él, pero no tenía a nadie más en el mundo. Literalmente.

Decidí apostar por la ayuda que me ofrecía. Al día siguiente, cuando Treva entró en mi alcoba, le dije que estaba lista para que me ilustrase, me entrenase y todo lo que fuera necesario para enfrentar a la Sombra y ganar para Leod aquella guerra que no iba conmigo. Mentiría si dijera que no sentía que traicionaba a Gavina y a Cináed y que no advertí que mi corazón se rompía un poquito más, pero era el precio a pagar por la oportunidad, aunque fuera remota, de salir de Elphame con vida.

En cuanto a la Reina y su corte, su destino me importaba bastante poco.

Treva me enseñó —o, más bien, intentó enseñarme— a controlar mis emociones, mi respiración y mi miedo. Al parecer, el quid de la cuestión era, simplemente, resistir ante la Sombra sin desfallecer el tiempo suficiente como para que esta me considerase digna de su tiempo y de su respeto y, en vez de consumirme sin más, me siguiera como un perro a su amo. Algo que el propio Treva me confesó que era casi imposible de lograr. Al menos, nadie lo había conseguido hasta entonces.

Pero yo era la heroína profetizada, claro.

No fue fácil aprender a lidiar con el más puro terror. Tampoco fue rápido, puesto que Treva no

estaba dispuesto a dejarme intentarlo demasiado pronto. Le espantaba la idea de mi fracaso puesto que este conllevaría, inevitablemente, mi muerte. Creo que mi supervivencia le importaba más a él que a mí a aquellas alturas.

Así pues, pasé muchos días en aquel lugar y, poco a poco, lo fui conociendo. Al principio, nuestras sesiones de entrenamiento transcurrían en mi alcoba-prisión pero, con el paso del tiempo y de mis avances, pronto se hizo evidente que necesitábamos más espacio y mejores medios. Con gran dificultad, Leod consintió en que, acompañados de una escolta armada, Treva y yo utilizáramos otras zonas de aquella fortaleza, que resultó ser la que había visto en la distancia a mi llegada a Elphame el primer día.

Su nombre era Sgàile Dun, el Castillo de la Sombra, llamado así porque esta había reaparecido allí hacía ahora doscientos años. En la superficie, Sgàile Dun era un castillo como otro cualquiera, en ruinas, y vigía ya solo de un territorio yermo y devastado por la guerra. Pero bajo la fortaleza había una auténtica ciudad hecha de salones gigantescos, pozos profundos y abismos aterradores que se extendían hasta la profundidad más insondable que pudiera imaginarse. Leod Nucklavee la había mencionado a mí llegada y era allí donde me había hecho prisionera al principio: Sgàile Dun Taig, la Morada Bajo el Castillo de la Sombra.

Durante nuestro deambular por el castillo jamás atisbé ni la más mínima oportunidad para escapar. Tampoco habría sabido hacia dónde huir, puesto que no parecía que con la Reina me esperase un destino más halagüeño que junto a Leod. Las únicas personas en las que parecía haber podido confiar, Gavina y Cináed, o no habían querido o no habían podido venir en mi rescate. De cualquier manera, lo único que hubieran hecho habría sido devolverme a las garras de la Reina. Parecía que mi única opción era confiar en Treva y enfrentar a la Sombra.

Y rezar porque la promesa de protección y de un retorno seguro a mi mundo fuese cierta.

Aunque daba por supuesto que ya no volvería a verles, no había conseguido olvidar a Gavina ni a Cináed. La primera había sido mi única amiga en Elphame, mi Gavina Grillo y, aunque en realidad la había conocido durante menos tiempo de lo que ahora conocía a Treva, me había unido a ella un lazo realmente poderoso.

En cuanto al segundo...

No sabía qué era Cináed para mí. Unas veces pensaba en él como un loco, un tipo que, pudiendo haber llevado una vida normal en el mundo humano, había elegido pasar la eternidad rodeado de seres feéricos y de estúpidas profecías que le habían conducido a esperar mil años a una desconocida. Otras veces le extrañaba con ternura y recordaba con cuánto amor había cuidado de mí en mi primer encuentro con la Sombra, en el castillo Ewen. Otras, finalmente, recordaba el fuego azul de sus ojos, la fuerza de su mirada y cómo esta me había hecho sentir durante el extraño episodio del orgiástico banquete de bienvenida. Se apoderaba entonces de mí un deseo tan salvaje como el que había experimentado aquella noche, y me agarraba con uñas y dientes al único recuerdo que tenía de él que pudiera considerarse erótico: nuestro encuentro en mi alcoba cuando me vio desnuda en la bañera y adivinó, después, mi cuerpo a través de la ropa mojada.

Por las noches, cuando Sgàile Dun dormía y yo yacía sola en mi lecho, reproducía aquellos momentos en mi mente una y otra vez y les daba distintos finales en los que, invariablemente, Cináed y yo terminábamos haciendo el amor de las formas más apasionadas. Eran fantasías tan tórridas y excitantes que me obligaban a deslizar una mano entre mis piernas y a acariciarme mientras imaginaba mis labios en los suyos, sus manos en mis senos, mis piernas alrededor de su cintura y a él gimiendo junto a mi boca mientras se hundía en lo más profundo de mi ser

provocándome un placer que se me antojaba más allá de este mundo.

El clímax no me traía, sin embargo, felicidad alguna, sino lágrimas de soledad e incompreensión en cuanto finalizaba.

¿Acaso ya no amaba a Isla? Aunque fuera una relación prohibida, me inquietaba el hecho de que pudiera anhelar a dos personas al mismo tiempo, si bien el deseo por Cináed era más salvaje y mi amor por Isla, más tierno. Nunca nadie me había dicho que existiera aquella posibilidad. Quizás no existía. Quizás yo era, simplemente, un error. Una aberración de la naturaleza.

— ¿Conoces a Cináed? —le pregunté a Treva un día mientras almorzábamos bajo la estrecha vigilancia de un guardia—.

— Sí —repuso él con ligera incomodidad—. Le conocí hace mucho tiempo. Antes de la guerra.

— ¿Qué opinión te merece?

Treva resopló y, dejando vagar su mirada por la sala donde nos hallábamos, permaneció varios minutos en silencio. Parecía estar rememorando cosas poco halagüeñas del pasado, puesto que su rostro atravesó por varias emociones en aquel lapso de tiempo, y ninguna de ellas fue agradable. Finalmente, fijó en mí sus ojos con una profunda melancolía y me dijo:

— Todos te dirán maravillas sobre él. Que es amable, leal, valiente, sabio, sacrificado... Todos te dirán que lo admiran y que es un héroe. Todos menos yo.

— ¿Por qué, Treva?

— Cináed me quitó lo que más amaba.

Treva no parecía querer seguir compartiendo más información sobre el tema pero, conforme la conversación avanzaba, yo había ido sintiendo en mi interior crecer la sensación de que tras todo aquello se escondía una revelación terrible. Debía conocerla fuera lo que fuese. Así que insistí, sin poder evitar que la voz me temblase al preguntar:

— ¿Qué te quitó?

— A mi única hermana. Se casó con ella sin amarla, sabiendo que estaba loca por él y sabiendo también que eras tú la persona a la que él estaba destinado. La desposó, la embarazó y la arrancó de mi lado para siempre. Le destrozó la vida. El dolor de entender que él jamás la querría la hizo marcharse de Elphame poco antes de salir de cuentas. Jamás he vuelto a verla. Ni siquiera sé si está viva o muerta —finalizó Treva con los ojos cuajados de lágrimas, presa de un profundísimo dolor—.

Cináed estaba casado con un hada desde hacía no sé cuántos años, de modo que tenía una esposa y una hija que, seguramente, vivían o habían vivido en mi mundo, y no había considerado importante contarme ninguna de las dos cosas.

Por enésima vez en las últimas semanas, mi mundo se volvió completamente del revés y ardí por dentro con una intensidad completamente injustificada, dado que él no me había prometido ni declarado cosa alguna y no significaba, en realidad, nada para mí.

Nada.

¿Verdad?

Capítulo 12

Fuego y Sombra

No fui capaz de volver a fantasear con las caricias de Cináed, lo cual me liberó, en parte, de la tormenta emocional que me producían y me permitió descansar mucho mejor por las noches. Todas salvo una, en la que volví a tener una ensoñación similar a la que había tenido aquella vez en el campamento de la Reina poco antes de ser secuestrada.

Soñé que me observaba a mí misma mientras dormía a través de los ojos de Cináed que, en esta ocasión, se encontraba sentado a los pies de mi cama. De nuevo, la sensación de intimidad y de unión, como si nuestra carne, nuestra sangre y nuestra alma fueran una sola, fue tan intensa y perturbadora que me despertó. Le busqué, ansiosa, aunque sin esperanza alguna, en la oscuridad de la alcoba, pero obviamente él no estaba allí.

De cualquier manera, la experiencia no volvió a repetirse y la mayoría de las noches, agotada como estaba, dormía como un tronco.

Aquello revirtió en un mejor rendimiento durante el día y, muy pronto, Treva me comunicó que, de seguir así, en poco tiempo estaría lista para enfrentar a la Sombra.

Intentaba no pensar en las consecuencias que mis actos tendrían para la Reina y sus cortesanos, entre los que se encontraban mi añorada Gavina y Cináed, objeto de un deseo cada vez más prohibido al que ya solo quería renunciar.

Si conseguía controlar a la Sombra para Leod, ¿destruiría esta sin remedio al otro bando? ¿Arrasaría sus guaridas y les asesinaría a todos sin que pudieran tener oportunidad de salvación? ¿Estaba condenando a la destrucción a miles de criaturas que, por otra parte, eran prácticamente inmortales o, al menos, muy longevas?

¿Estaba enviando a la muerte a mis dos únicos amigos en el Reino?

Por otra parte, lo más probable era que la Sombra me destruyese a mí, algo que me provocaba bastantes menos problemas morales, dado que el concepto que tenía de mí misma había ido empeorando hasta el punto de que ya no concedía a mi vida ningún valor.

¿Qué había sido de aquella Mairi que soñaba con ser escritora, independizarse de su familia -a la que amaba y con la que tenía excelente relación-, y llevar una vida plena y feliz en la que sus decisiones no pusieran en riesgo la vida de los demás? Desde aquella tarde en que había besado a Isla en la penumbra de su alcoba todo lo que había tocado se había convertido en dolor, traición y peligro.

Ojalá hubiera podido volver atrás en el tiempo a aquel momento exacto y hacer las cosas de otra manera: la habría rechazado sin dudar, ella me habría olvidado más rápido de lo que pensaba y yo nunca habría llegado al maldito Reino de las hadas.

Una semana después de que Treva se mostrara tan satisfecho con mis progresos, Leod me convocó a una audiencia privada. Temblé por dentro, recordando las desastrosas consecuencias de la última reunión de ese tipo a la que había acudido, frente a la Reina de Elphame.

Esta vez no podía echarlo todo a perder. Posiblemente, aquella era mi última oportunidad de salvar la vida y regresar a casa.

Algún día.

Leod me recibió en un enorme salón de altos techos situado en la planta principal del castillo. Las ventanas ojivales de piedra, abiertas a la llanura devastada, permitían que entrase la luz crepuscular y que el viento hiciera ondear los ajados tapices y estandartes que cubrían las paredes. Aunque la fortaleza estaba parcialmente en ruinas y ahora solo la poblaban los hoscos y rudos hombres de Leod, había algunas zonas, como aquella, que conservaban la estructura casi intacta y que mostraban lo magnífico que había debido ser Sgàile Dun en el pasado.

Acompañada por una escolta de dos guardias y por Treva que, al igual que Gavina en aquellas mismas circunstancias, me llenó los oídos de consejos y prudencia, me planté ante Leod para escuchar lo que fuese que tuviera que decirme.

Cuando me vio entrar, se levantó del sillón que ocupaba, sobre un estrado, y se adelantó de forma casi galante hacia mí, dándome la bienvenida con una leve inclinación de cabeza. Si no hubiera sido porque le detestaba y le temía a partes iguales, habría reconocido su atractivo con aquel peinado de inspiración vikinga y con su ajustado jubón de cuero negro con pantalones a juego que destacaba aún más el verde de sus ojos. Claramente, mis progresos le habían puesto de buen humor, pero yo no perdía de vista que su temperamento podía cambiar radicalmente en cualquier momento si alguna de mis respuestas le disgustaba lo más mínimo.

Al fin y al cabo, aunque no se llamara así a sí mismo y hasta pareciese que despreciaba el título, Leod Nucklavee era y se comportaba tan despótica y arbitrariamente como lo haría un rey. Exactamente igual que su hermana.

Me invitó a sentarme junto a él a una mesa donde alguien había dispuesto una jarra de vino y me sirvió él mismo una generosa copa. Cuando la puso ante mí detecté un ligero temblor en su mano. ¿Era posible que Leod estuviera nervioso?

— Treva me ha dicho que estás casi preparada —declaró mientras se sentaba y se servía una copa para sí mismo, ignorando a Treva como si de un sirviente se tratase—. Aunque, posiblemente, para él nunca llegues a estarlo del todo. Creo que tiene demasiado miedo a que te ocurra algo. Parece que te ha cogido más cariño del que debería —añadió, lanzando una mirada socarrona hacia un disgustado Treva—.

No sabía si debía hablar o no y, en todo caso, se me antojó que cualquier comentario sobre aquel pormenor solo humillaría aún más a Treva, así que preferí callar y seguir escuchando a Leod.

— Muy bien —continuó este último—. Las cosas serán de la siguiente manera. Esta noche bajaremos a Sgàile Dun Taig, a la Morada de la Sombra, y te expondrás a ella de forma controlada. Digamos que será como una prueba de campo —aclaró con una sonrisa que, en su boca, se veía horriblemente cruel—.

— ¿Treva estará conmigo?

Presa de la inquietud por ver cómo se materializaba mi condena, fue la única pregunta que se me ocurrió. Leod soltó una carcajada y asintió, al tiempo que le guiñaba un ojo a un Treva cada vez más mortificado por la situación.

— ¡Claro que estará contigo! No sé cómo podría convencerle de no acompañarte en

semejantes circunstancias. En verdad, si le dejara, iría contigo hasta a la letrina.

— ¿Y si algo sale mal? —intervine rápidamente para intentar ahorrarle a Treva más incomodidad—. ¿Y si la Sombra me mata?

Leod se encogió de hombros y le quitó importancia a mi pregunta con un gesto, sentenciando:

— Si sale mal tendré que pensar en un plan alternativo. ¿No crees, Mairi? Entiende bien una cosa: eres la mayor interesada en que eso no ocurra. Yo tengo toda la eternidad por delante para encontrar otra solución. Tú no.

Leod Nucklavee había dejado las cosas bien claras: mi vida no valía para él más que como una posibilidad entre otras de ganarle la guerra a su hermana.

Aquella tarde, Treva y yo tuvimos una larga conversación frente al fuego de mi alcoba, ambos sentados sobre la alfombra raída que nunca nadie se molestaba en renovar.

Él me recordó todo lo que me había enseñado sobre concentración, respiración y control de mis pensamientos y emociones. Yo le dije que nada de aquello garantizaba que no me muriese de terror nada más ver a la Sombra y que era posible que nunca volviéramos a vernos después de aquella noche.

Treva tomó mi mano, la retuvo entre las suyas largo rato y la besó con cariño, como ya hiciera en una ocasión durante mis primeros días en Sgàile Dun. Le permití que acariciara mi pelo y que besara mi frente porque era agradable sentirse querida, pero de alguna manera me resultaba imposible devolverle un afecto sincero a alguien que, por mucho que hubiese velado por mi bienestar, en realidad me estaba entrenando para algo que podía matarme. Entendía que no tenía alternativa, por supuesto. Pero eso no hacía que fuese más sencillo quererle.

Habría querido que fuera diferente e incluso que, si aquellas iban a ser mis últimas horas de vida, pudiéramos gozar de un rato de calidez inofensiva juntos. Pero desearle era para mí tan imposible como para un rayo de luz alcanzar la sima más profunda de la tierra. Mis intensas fantasías con Cináed me habían dejado estéril para anhelar a nadie más salvo a Isla o, más bien, al recuerdo que tenía de ella muriéndose de amor entre mis brazos.

Cuando Treva y yo nos reunimos, horas más tarde, con Leod y su numerosa escolta y comenzamos a descender hacia las profundidades de la Morada de la Sombra, mi ánimo no podía ser más oscuro. Sentía que caminaba hacia mi muerte y lo único que, en realidad, me dolía en lo más profundo de mi ser era no haber podido hacer las paces con mi hermano. No haber podido decirle que su cariño y su respeto me importaban más que nada en el mundo, pero que era terriblemente humana y débil y estúpida y había cometido un error. Que la culpa era toda mía y que lo sentía. Y que los quería a él y a Elsie con toda mi alma, con ese amor que ningún viento es capaz de doblegar.

Me dio tiempo también a pensar en Gavina, en Isla y, sobre todo, en Cináed. En todo lo que podría haber sido y nunca sería por muchos y variados motivos –como el hecho de que él ya tuviera una esposa- pero, sobre todo, porque yo iba a morir aquella noche.

Pensé incluso en “Junto al corazón del *Highlander*”, mi novela romántica que jamás vería la luz y me hizo gracia considerar que, de todo lo que nunca iba a ocurrir tras mi muerte, aquello era, posiblemente, lo único en lo que el mundo saldría claramente ganando. Mientras bajábamos escalera tras escalera y atravesábamos corredor tras corredor, descendiendo cada vez más hacia el centro de la tierra y hacia el núcleo del abismo, pensé en todos los clichés, situaciones forzadas y personajes clónicos que le estaba ahorrando a millones de lectoras en el mundo. No pude evitar sonreír.

Tras más de una hora de fatigoso descenso, Leod dio el alto a la entrada de un salón

gigantesco, tan grande que era imposible adivinar su final a la luz de las antorchas que portaban los guardias.

El suelo era de un material brillante y pulido, si bien estaba destrozado salvajemente en varios puntos, como si le hubieran llovido proyectiles de algún tipo. Por el contrario, las paredes estaban talladas en la roca viva y eran toscas e irregulares. El techo, sostenido por columnas de una longitud ridículamente absurda, era también tan alto que no se llegaba a vislumbrar desde donde estábamos. Salvo por el charco de luz y miedo en el que Leod, Treva, los guardias y yo nos encontrábamos, el resto era todo negrura, silencio e incertidumbre.

A nuestra espalda, en las estrechas escaleras de caracol por las que habíamos llegado al salón, se oyó un sonido lejano, como de piedras desprendiéndose. Leod estaba dando órdenes a dos guardias para que fueran a investigarlo, cuando una ráfaga de aire helado procedente del fondo del salón nos golpeó a todos en el rostro, congelándonos el alma y las intenciones.

— Ya está aquí —susurró Leod con una mezcla de temor y excitación—. Vamos, Mairi, avanza. No se acercará mientras estés bajo la luz de las antorchas. ¡Vamos, avanza! —rugió impaciente, agarrándome con violencia de un brazo y empujándome hacia la oscuridad interminable del salón—.

Me giré, aterrada. Vi como Treva hacía ademán de seguirme, pero un guardia lo retuvo con firmeza para que no lo hiciera, ante su desesperación y enfado. Los ojos de Leod eran como pozos de ira y ambición donde las llamas de las antorchas proyectaban su reflejo, convirtiéndolos en océanos en llamas. No supe qué me producía más pavor, si avanzar hacia la negrura del fondo del salón o retroceder hacia Leod.

No tuve que tomar ninguna decisión.

En aquel preciso momento, la oscuridad ante mí comenzó a tomar forma. Una forma inmensa y opaca donde se movían con vida propia decenas de otras miles de pequeñas oscuridades que, atrapadas como almas en pena, fluían de un lado a otro en su esencia misma. Me pareció que la Sombra no era una sola cosa, sino la unión de muchas y todas estaban guiadas por un mismo impulso: la maldad absoluta.

Respiré profundo, intentando controlar el temblor de mi cuerpo y el pánico que empezaba a apoderarse de mi mente, pero sabía que todo sería en vano y que pronto lo peor de mí, que era mucho, alimentaría a la Sombra y formaría parte de su núcleo para siempre. No solo moriría en un mundo extraño donde nadie nunca me recordaría, sino que estaría condenada a habitar para siempre entre aquella maraña de malignidad y de seres odiosos largamente olvidados.

La Sombra se alzó ante mí en todo su esplendor, negrura contra negrura, oscuridad sobre oscuridad, con un sonido tan abrumador como el de mil avisperos, y se dispuso a consumirme, como yo siempre había sabido que haría. No tenía ningún poder sobre ella. Jamás lo tuve y jamás lo tendría.

Sin poder soportarlo más, me rendí al terror puro que la Sombra destilaba y caí al suelo ante ella, con el corazón hecho un nudo y lágrimas en los ojos, despidiéndome de todo lo que me era querido y sintiendo cómo el mundo entero se derrumbaba a mi alrededor.

Cerré los ojos, exhausta, mientras el suelo temblaba bajo mi cuerpo. Sabía que pronto todo habría terminado y que una parte de mí, aunque solo fuera una muy pequeña, descansaría al fin.

Mi último recuerdo fue para mis hermanos y mis padres.

Escuché gritos a mis espaldas.

Sentí el contacto gélido de la Sombra acariciando el aire a mi alrededor, rondándome, haciendo cuenta de todas mis miserias antes de consumirlas para siempre.

Segundos después, percibí claridad a través de mis párpados húmedos de desesperanza.

Quizás ya había muerto. Así de rápido era ser consumida por la Sombra.

Pero, entonces, ¿por qué la claridad?

Abrí los ojos.

No podía creerlo.

La claridad era el rostro amado de Gavina, una antorcha que brillaba en las manos de Sorchá con la luz de mil soles y mi mano extendida hacia la luz.

Hacia la vida.

Capítulo 13

Proscritos

La luz de la hoguera diminuta que Sorchá había encendido en un rincón de la cueva donde nos refugiábamos de la persecución de los hombres de Leod Nucklavee concentraba prácticamente toda mi atención.

Poseída por una oscuridad interior que amenazaba con consumirme el alma y sintiendo que nada podría volver a llenar la negra oquedad que sentía ahora en el pecho, en el lugar donde había estado mi cálido corazón, tan solo podía pensar en luz: en el sol sobre mi piel en las tardes soleadas del mes de junio en Dunkeld, cuando las aguas del Tay destellaban como joyas cegadoras y los niños del pueblo se salpicaban unos a otros en las pequeñas playas del río; en el salón de mi casa iluminado con decenas de candelabros y lámparas de aceite en las ocasiones especiales, con toda la familia reunida; en el fuego de la chimenea de mi alcoba en las frías noches de invierno mientras me arrellanaba en la cama en la que había dormido toda mi vida; en los ojos azules de Isla centelleando como estrellas del cielo al ritmo de su risa...

Nunca había valorado tanto la luz como lo hice aquel día tras casi ser consumida por la Sombra.

La otra parte de mi atención se la llevaba el dueño de aquellos otros ojos azules que, en aquel momento, hacía guardia, apostado como un ave de presa, en la entrada de la cueva. Su figura imponente, de espaldas a mí, se recortaba en forma de silueta contra la escasa claridad del eterno ocaso y no me permitía ver su rostro, algo que yo anhelaba por encima de cualquier otra cosa, como si de un salvavidas se tratase.

Alrededor de la hoguera nos encontrábamos Sorchá, Gavina y yo, y ninguna de las tres osaba pronunciar palabra, atenazadas como estábamos por el miedo y el cansancio. Junto con Cináed, ambas criaturas feéricas habían salido en secreto de la corte de la Reina para buscarme por su cuenta y riesgo cuando esta última, ciega de ira tras advertir mi desaparición, había revelado inadvertidamente en un momento de descuido que su intención era, tal y como Leod me había advertido, alimentar conmigo a la Sombra para doblegarla, lanzarla contra sus enemigos y ganar la guerra.

Los tres se las habían ingeniado para averiguar dónde me hallaba y rescatarme literalmente en el último segundo, ayudados por un poco de pólvora y por un contacto inesperado que habían conseguido dentro de Sgàile Dun.

— ¿Crees que podremos volver a la Corte? —Sorchá, cabizbaja y temblorosa, rompió al fin el silencio dirigiéndose a Gavina—.

— Espero que sí —repuso esta con un profundo suspiro—. Necesitamos regresar para estar al

tanto de las intenciones y movimientos de la Reina y poder así avisar a Mairi en caso de necesidad.

Las llamas de la hoguera danzaban en las paredes de la cueva trazando formas fantásticas y misteriosas mientras las dos hadas se miraban la una a la otra de hito en hito, invadidas por la inseguridad. Yo me sentía llena de agradecimiento por su valentía y sacrificio y, al mismo tiempo, tremendamente culpable por el riesgo que estaban corriendo por mi causa. Aquella Reina maldita no era alguien con quien jugársela y salir indemne y temía que, a su regreso, tanto ellas dos como Cináed fueran castigados.

Quise hablar para poder decir todas aquellas cosas, pero de mi boca solo salió un murmullo seco y rasposo que me lastimó la garganta y me dejó dolorida y frustrada.

— Tienes que descansar, Mairi —dijo Gavina con la voz teñida de pena—. Mi ciencia no me alcanza para saber cómo curarte de este mal, así que lo único que puedes y debes hacer de momento es dormir y reposar.

A regañadientes, pero mirando a mi Gavina Grillo con cara de resignación, la dejé llevarme hasta un lecho improvisado en el suelo de la cueva. Me acostó, me arropó y me arrulló como si fuera su propia hija, y yo me quedé dormida poco a poco con su voz en mi oído, la silueta de Cináed en mi retina y una sensación de vacío inmenso en mi interior.

Pasé las primeras horas en un duermevela inquieto, a ratos durmiendo sin sueños y a ratos escuchando las quedas conversaciones que mantenían Sorchá, Gavina y Cináed en la cueva. Sus susurros en la oscuridad me llenaban de desasosiego.

Llegado cierto punto, las dos hadas redujeron a brasas la fogata y se retiraron a dormir junto a mí. Cináed se quedó haciendo guardia en la entrada, enmarcada de nuevo su figura por aquel terrible cielo incendiado de toda la gama de rojos que se pudiera imaginar. Le contemplé largo rato desde mi camastro, incapaz de volver a quedarme dormida. Finalmente, me levanté, me envolví en la manta con la que me había cubierto y, trabajosamente, me senté a su lado.

Atisé su rostro en la penumbra y la mera contemplación de sus rasgos, llenos de serenidad, me hizo sentir como aquella que vuelve al hogar tras un largo viaje. Ya no me apetecía seguir refugiándome en la idea de que aquel hombre era tan solo un producto de mi imaginación. Incluso si así fuese, deseaba rendirme ante mi propio cliché y refugiarme en aquella calidez tan familiar para sentirme, por un segundo al menos, viva y en casa.

Aunque no fuera cierto.

Y aun así, verdadero o imaginado, incluso con todos los secretos que sabía que aún había entre nosotros, el lazo que sentía que me unía a él era tan fuerte que no podía ser negado.

Le hablé de mis sueños durante largo rato, al principio con la voz rota y la garganta ardiendo de un dolor que se fue mitigando conforme las palabras salían de mi boca.

Luego le hablé de mi vida en Dunkeld, de mi familia y de mi trabajo como escritora. De mis esperanzas. De la muerte de mis padres. De mis hermanos y de cuánto les quería.

También le hablé de Isla, aunque no fui capaz de llegar hasta el final en mis explicaciones.

Finalmente, lloré entre sus brazos hasta que volví a quedarme dormida de puro cansancio.

Cuando Gavina y Sorchá se levantaron, comimos algunos trozos de pan y un poco de fruta que habían traído consigo. Después, Cináed se acostó un rato a descansar, asegurándonos que era imposible que nadie más supiera de aquella cueva y que estaríamos a salvo de los hombres de Leod durante el resto de aquel día.

— Sin embargo, vosotras debéis volver a la Corte lo antes posible —afirmó Cináed mientras se

recostaba en un rincón—, antes de que vuestra ausencia resulte sospechosa, si es que la Reina no la ha notado ya.

— ¿Qué quieres decir con que ellas deben volver? —pregunté extrañada, habiendo supuesto que tras mi rescate los tres regresarían a la Corte—. ¿Y tú?

— Yo no puedo volver, Mairi. Además, ya no me queda nada allí.

Dicho esto, se volvió de cara a la pared de roca y, sin duda agotado por la tensión y los acontecimientos, cayó en un sueño profundo que no hubiera yo perturbado por nada del mundo. Ya hablaríamos de aquello más tarde. Y también de otras cosas.

No había olvidado la revelación de Treva acerca de su hermana, la supuesta esposa feérica de Cináed.

— Él se quedará contigo, niña —repuso Gavina en voz baja—. Incluso aunque no fuera la decisión más inteligente, que lo es, no creo que nada en este mundo pudiera convencerle de lo contrario. Casi se vuelve loco cuando los hombres de Leod te secuestraron. Nunca le había visto tan furioso. Salió en tu busca inmediatamente, incluso antes de que la Reina organizase la partida de rescate. Y cuando le contamos acerca de las intenciones de esta, no quiso ni oír hablar de regresar con ella. Nosotras tampoco regresaríamos de no ser porque os somos más útiles allí que aquí. Seremos vuestros ojos y oídos en la Corte.

— Es demasiado peligroso —negué con vehemencia—. No podría soportar la idea de que la Reina os hiciera daño por mi culpa. ¡Ya tengo sobre mi conciencia demasiadas cosas que no puedo perdonarme!

— Está decidido, Mairi. Hasta que sepamos qué papel juegas realmente en todo esto y cómo podemos salvarte a ti y al Reino a un mismo tiempo, así serán las cosas: Cináed y tú os pondréis a salvo e intentaréis averiguar más y Sorch y yo regresaremos a la Corte para ayudarlos. Nosotras sabremos lidiar con los potenciales peligros que surjan, te lo aseguro.

Sorch asintió con gravedad y me tomó de la mano con gran afecto, tras lo cual se levantó presurosa y se dispuso a hacer guardia en la entrada de la cueva, protegida de miradas indiscretas por la umbría de una grieta en la roca.

Gavina y yo nos quedamos descansando unas horas y, casi sin necesidad de hablar, nos lo perdonamos todo. Yo no tenía en realidad nada que disculparle y sí mucho que agradecerle a aquella criatura fascinante y tan milagrosamente bondadosa que era imposible que fuera solo fruto de mi imaginación.

Siempre hay un punto de inflexión en cualquier circunstancia. En cualquier historia.

Mi punto de inflexión ocurrió allí, en aquella cueva ignota, mientras recogía mis escasísimas pertenencias y ayudaba a mis amigos a borrar el rastro de nuestra estancia en el lugar. Todo era real y lo había sido desde el principio, aunque no entendiera cómo: mi viaje alucinante a Elphame; la Reina, Leod y su estúpida y fútil guerra; Gavina, Sorch y Cináed; hasta el negro vacío que albergaba ahora en mi pecho. Y, por supuesto, la Sombra.

Dejé de aferrarme a la esperanza de haberme vuelto loca entre las raíces de un árbol en el bosque del río Braan y de haberme inventado aquel mundo y a aquellos seres para huir del infierno mental en el que había convertido mi propia realidad. De alguna manera increíble y surrealista, el mundo de las hadas existía en alguna extraña dimensión y yo estaba condenada a pasar siete largos años en él. Para más inri, tendría que hacerlo perseguida a tres bandas por la malevolencia de la Sombra y por dos facciones irreconciliables que se odiaban a muerte, como solo la familia puede hacerlo, y que solo pararían cuando ya no quedaran más que cenizas sobre

las que reinar.

La despedida junto a la puerta de la cueva fue extremadamente emocional.

Gavina, Sorcha y yo nos abrazamos estrechamente durante varios minutos, llorando como si no fuéramos a volver a vernos jamás, cosa que entraba dentro de lo razonable dadas las circunstancias. Sorcha fue la primera en romper el abrazo y se alejó unos pasos para decirle unas palabras a Cináed en privado y, seguramente, para dejarnos a solas unos instantes a Gavina y a mí.

— Volveremos a encontrarnos —dijo Gavina mirándome con intensidad, como si me leyese la mente—. No temas por nosotras, sabremos sortear bien los posibles peligros de la Corte. Tan solo cuídate y cuida de Cináed, y deja que él te guíe en las cosas del Reino puesto que las conoce mejor que muchos de nosotros.

No pude más que asentir y tratar de secar mis lágrimas, poseída como estaba por el temor de que algo horrible aguardase a las dos hadas si la Reina se enteraba de su traición.

— No dejes nunca que la culpa y la vergüenza te arrebaten lo mejor de ti y rompan tu paz, Mairi —añadió Gavina, tomando mi rostro entre sus manos—. Sé prudente. Sé sabia. Y sé fuerte.

— Te quiero mucho, Gavina.

— Y yo a ti, niña.

Cináed y yo observamos alejarse a la gentil Sorcha y a mi Gavina Grillo hasta que solo fueron dos puntitos de color oscuro sobre las rocas del fondo de un valle cubierto de luz anaranjada. Recé como nunca había rezado para que los hombres de Leod no las atrapasen y llegasen sanas y salvas hasta la Corte, donde todos esperábamos que nadie importante hubiera notado su ausencia.

— ¿Dónde iremos ahora?

Más que directamente a Cináed, lancé mi pregunta al viento, como si me hubiera quedado huérfana por segunda vez.

— Gavina y yo creemos que sería útil saber más sobre tu papel en la profecía. Tal vez así podamos protegerte mejor. También necesitamos que alguien sane, en la medida en que pueda, el mal que la Sombra te ha causado. Solo se me ocurre un lugar y una persona a la que podemos acudir en estas circunstancias —repuso Cináed, y añadió con una enigmática media sonrisa—. Va a ser una experiencia interesante.

Echamos a andar montaña abajo con extrema precaución, en la dirección opuesta a la que se habían marchado Sorcha y Gavina, velada nuestra presencia por las picudas sombras de las cumbres.

Ahora habitábamos un mundo donde sus dos gobernantes nos querían presos o muertos, donde prácticamente nadie se atrevería a darnos cobijo, escondite o alimento y donde nos aguardaba una huida de siete años que, en aquel momento, me parecían siete siglos.

Éramos proscritos en Elphame.

Capítulo 14

El Árbol de los Sueños

Durante aquella primera jornada entre montañas Cináed, para su desesperación, tuvo que rendirse ante la evidencia de que no se puede caminar muy deprisa con una mujer que acaba de ser parcialmente consumida por la Sombra, ni incluso aunque en su vida normal esta acostumbre a dar largas caminatas por el bosque de Birnam y corra como el viento, cuando hace falta, hasta la oficina de correos del pueblo.

Mis energías se agotaban cada vez más rápido, como si el manantial del que desde siempre habían brotado se estuviera secando y apenas le quedaran ya unas gotas de agua embarrada con las que sustentar mi existencia.

La caminata se hizo eterna.

Nos vimos obligados a detenernos a descansar en muchas más ocasiones de las que hubiera sido prudente, mientras escudriñábamos las colinas y mirábamos a nuestras espaldas una y mil veces, llenos de ansiedad y atentos a cualquier rastro de los hombres de Leod o de los de la Reina.

En una de nuestras múltiples paradas, que hicimos ya abandonando la zona montañosa, en el comienzo de un tupido bosque de un verde húmedo y profundo, reuní fuerzas para interpelar a Cináed sobre algunos aspectos de su vida.

Aún no me atrevía a preguntar por la supuesta esposa feérica, pero la curiosidad por cómo había sido su vida humana y por qué no había regresado a su hogar tras los siete años de “condena” en Elphame me quemaba por dentro.

— ¿Dónde naciste?

— Nací en una pequeña isla del oeste cuyo nombre hace mucho tiempo que ya ni siquiera recuerdo —repuso él sin más, aparentemente sin muchos deseos de compartir su pasado conmigo—. ¿Y tú, Mairi?

— Yo nací en Dunkeld, un pueblecito de Perthshire —y añadí, tras darme cuenta de cómo sus ojos se abrían, como si reconociese el lugar—. ¿Acaso estuviste allí alguna vez?

— Así es.

Arrancar palabras de su boca era como desbrozar a mano un campo de cardos, y pronto me resentí de su falta de interés y de sus largos silencios y le dejé en paz. Estaba demasiado exhausta como para enfadarme por ello o hacer un esfuerzo por conocer una información que Cináed, claramente, no deseaba revelarme —al menos no en aquel momento—. Su rostro se mostraba, por lo demás, tan adusto y reservado que, simplemente, le obedecí cuando me recomendó cerrar un rato los ojos y reposar mientras él vigilaba mi sueño.

Un rato después me despertó con suavidad y retomamos la trabajosa marcha.

La expresión sombría de Cináed se aligeró un poco cuando avistó en la distancia la copa frondosa de un enorme roble, uno más grande incluso que los de Birnam. Parecía el padre de todos los robles del mundo.

Nos dirigimos hacia él bañados por una luz anaranjada que cada vez era más y más oscura a causa del follaje, yo apoyada dificultosamente en un brazo de Cináed y él arrastrándome con toda la delicadeza de que era capaz, pero con la firmeza del que sabe que el tiempo es vida.

— ¿Qué es ese árbol enorme? —pregunté con un hilo de voz—.

— Es el Árbol de los Sueños —contestó Cináed—. La morada ancestral de una de las criaturas más antiguas y sabias de Elphame. Es alguien que jamás interviene directamente en los asuntos de las hadas ni toma partido por criatura alguna. Su única ocupación es transmitir los augurios de las Gallikias. Ella fue quien me reveló tu llegada hace mil años, Mairi. Por ella y por esa profecía sigo aún aquí.

Mi cabeza daba vueltas habitualmente desde que estaba en el Reino, pero cada vez que Cináed hacía referencia a su espera milenaria, sentía incluso un vértigo físico. No sabía qué me parecía más improbable y alocado: que alguien fuera capaz de vivir mil años en un mundo feérico o que los emplease en esperar a una completa desconocida que, tal vez, jamás apareciese y que, de hacerlo, quizás no tendría ningún interés en participar de todo aquello.

Tenía muchas preguntas para aquel hombre y muy poca energía para hacerlas.

Mis nauseas existenciales debieron reflejarse en mi rostro, porque Cináed, algo más relajado debido a la proximidad de nuestro destino, murmuró mientras seguía tirando de mí:

— Ya hablaremos de eso, Mairi. Y de todo lo demás.

Apenas recuerdo nada de nuestro tránsito por la arboleda que conducía al gigantesco roble porque, más allá del límite de mis fuerzas, llegado un momento me desmayé en brazos de Cináed. Lo último que pensé antes de que todo se volviera terriblemente borroso a mi alrededor fue que mi dramático desmayo resultaba, en verdad, muy apropiado para el desarrollo de la historia.

A aquellas alturas ya era incapaz de distinguir tanto la realidad de la fantasía como mi percepción personal de ambas.

Cuando desperté, al principio me pareció que había viajado atrás en el tiempo, al día en que conocí a Gavina, puesto que me hallaba, de nuevo, en el interior de un árbol, rodeada de aromas forestales. Cerré los ojos con fuerza con el deseo fútil de que, cuando volviera a abrirlos, hubiera viajado aún más atrás y estuviera en mi casa de Dunkeld junto a Isla y mis hermanos, antes de que arruinara nuestras vidas.

Sobra decir que nada de eso ocurrió.

El interior de aquel árbol era, sin embargo, mucho más pequeño y umbrío que aquel en el que vi a Gavina por primera vez. En realidad, era apenas un hueco natural en el tronco del gran roble con espacio tan solo para el camastro en el cual me encontraba y con una zona en la entrada que disponía de un pequeño hogar y algunos útiles básicos. Era un lugar oscuro, cálido e impregnado de un humo espeso y pegajoso que olía a hierbas exóticas. Junto al fuego se encontraba la criatura más extraordinaria y difícil de describir de todas las que había visto en Elphame hasta ese momento, y las había visto de todas las formas, tamaños y colores. Lo más desconcertante de todo era que, con tan solo mirarla un segundo, me percaté de que no era un hada, pero tampoco un ser humano como yo o Cináed.

¿Qué era aquel ser vestido con harapos que se encorvaba sobre la hoguera como salido de una pesadilla? Su piel era como un cuero ajado y agrietado por el sol durante siglos, sus cabellos eran largos y mugrientos y los rasgos de su cara no eran exactamente humanos: tenía ojos pero, al igual que su nariz, estos eran apenas dos heridas en la carne grisácea de su rostro, y su boca no era más que un agujero violáceo que supuraba una sustancia viscosa cuya visión me revolvió el estómago.

Fueron, sin embargo, sus manos huesudas y sus larguísimas uñas las que me terminaron de poner los pelos de punta e, inadvertidamente, hice sin yo quererlo un sonido de aflicción que delató que me había despertado.

La criatura, que estaba ocupada en remover el contenido de una pequeña olla que colgaba sobre el fuego, se giró hacia mí y habló con una voz que un día muy lejano quizás había sido humana, pero que ya no lo era.

— El sacrificio no eres tú. Pero sí eres tú la que debe hacerlo.

Llamé a Cináed con un hilo de voz, con el súbito temor de que me hubiera abandonado allí con aquel ser escalofriante. Llegó a los pocos segundos y se arrodilló junto a mi lecho mientras la criatura volvía a sus misteriosas ocupaciones junto al fuego de la entrada.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó con inquietud—. ¿Gwrach te ha dicho algo?

— No lo sé, algo sobre un sacrificio. No lo he entendido bien. Pero, ¿quién es? ¿Qué es? —añadí finalmente en un susurro tembloroso—.

— Gwrach es una Vidente. La más poderosa que hayan visto nunca Elphame o el mundo mortal. Es tan vieja como la humanidad y tan sabia como el mismo Dios. Para ella no existe el tiempo. Ella es el tiempo. Puede verlo todo. Y es la única que puede ayudarnos.

Aunque el aspecto extraterreno de Gwrach me seguía atemorizando y no sentía que mis fuerzas hubieran regresado en lo más mínimo, empezaba a confiar en Cináed gracias a los consejos de Gavina y a las pruebas irrefutables de su lealtad, así que intenté tranquilizarme y observar las cosas desde otra perspectiva. Al fin y al cabo, mi madre siempre me repetía que lo importante de las personas era el interior. Esperaba que el interior de Gwrach fuera muchísimo mejor que su exterior.

Me incorporé un poco con ayuda de Cináed y me presenté ante Gwrach, agradeciéndole que nos hubiera acogido en su hogar-árbol.

— Sé muy bien quién eres, Mairi Ferguson —repuso la Vidente—. Conozco todo sobre ti. Sé lo que has hecho y lo que harás. Y lo que hay en tu interior. Tus luces. Tus Sombras. Tu destino.

Nada podría haberme aterrado más que la mención a aquella palabra tan de moda en Elphame, la obsesión por antonomasia de las gentes del Reino: el destino, un concepto en el que yo, mujer educada del siglo XX, no creía en lo más mínimo. El hecho de que aquella criatura asegurase conocer lo que había hecho hizo que, además de asustarme, me sonrojara y agachara la cabeza con pesadumbre y vergüenza. La noche de la cueva le había contado a Cináed muchas cosas sobre Isla y yo pero, por supuesto, me había guardado los detalles más escabrosos e íntimos, así como el hecho de que mi hermano nos había descubierto.

Tragué saliva y pregunté, muy a mi pesar, lo único que se podía preguntar en aquellas circunstancias:

— ¿Y cuál es mi destino?

— La profecía fue pronunciada hace muchos siglos. Tu destino es salvar Elphame de su destrucción y evitar que sus gentes desaparezcan para siempre consumidas por el progreso,

por el futuro, por la ambición de sus propios gobernantes, por un mundo en el que ya nadie cree en ellas. Solo tu sacrificio puede lograrlo.

— ¿Por qué yo? —exigí con creciente disgusto—.

Me pareció que Gwrach sonreía, algo que hizo el violáceo agujero de su boca aún más perturbador.

— No todo tiene un por qué —contestó al fin—. Algunas cosas simplemente son.

— ¿Puedo cambiarlo?

— ¿Cambiar tu destino? ¿Por qué querrías hacer tal cosa? ¿Acaso querría la abeja dejar de libar néctar o el ave dejar de volar? ¿Querría la lluvia dejar de caer o el fuego dejar de quemar? De la misma forma tú no puedes más que realizar aquello para lo que has nacido.

— ¿No decido yo eso?

— Oh, claro que lo decides tú, Mairi. Faltaría más.

Con una risa añeja que sonaba como cien puertas viejas chirriando a la vez, Gwrach se levantó y salió al exterior, dejándonos a Cináed y a mí solos en el interior sombrío, ahumado y aromático del hueco del árbol.

Cináed tomó un cuenco con caldo que había junto a la hoguera y me lo acercó, insistiendo en que lo tomara para fortalecerme. No habiendo probado bocado desde la jornada anterior, estaba tan hambrienta que me bebí el caldo sin cuestionar su procedencia ni su contenido. Estaba caliente y sabía a mejorana, eso era todo lo que me importaba. Me hizo sentir mejor al instante.

— Esta noche dormiremos aquí —dijo Cináed, satisfecho ante mi apetito—. Necesitas reponerte. Mañana pensaremos cuál es el siguiente paso. Ojalá Gwrach pudiera orientarnos, aunque fuera con alguna de esas frases crípticas que dan más miedo que otra cosa.

Empezaba a descubrir en Cináed un fino sentido del humor que nunca hubiera sospechado en alguien de su porte y austeridad de carácter. Tal vez su aspecto de rígido caballero medieval no era más que una máscara que usaba para protegerse en aquel mundo mágico lleno de peligros. El hombre que asomaba, poco a poco, bajo ella, prometía ser mucho más interesante.

Pero no olvidaba lo que Treva me había contado sobre él.

— Quiero salir de este agujero —le dije—. Necesito respirar aire fresco. Y tenemos que hablar.

Cináed puso la cara universal que todos los hombres de todas las épocas de la historia, en todas partes del mundo, han puesto y pondrán cuando oyen esa frase de labios de una mujer. Apuré el caldo, maliciosamente contenta con el efecto causado, me incorporé apoyándome en su brazo y le permití ayudarme a salir de aquel agujero que empezaba a detestar.

Fuera, el bosque estaba teñido por una luz cálida y reconfortante que doraba las hojas de los árboles con tonos bronceados. No había ni rastro de Gwrach, algo que agradecí interiormente.

— ¿Por qué lo llaman el Árbol de los Sueños? —pregunté mientras admiraba la magnificencia del roble bajo el que nos habíamos cobijado.

— Por una antigua leyenda —repuso él mientras caminábamos lentamente alrededor del árbol—. Se decía que si una pareja de amantes deseaba saber si eran realmente el uno para el otro, solo tenían que venir hasta este roble, ingerir una de sus hojas y yacer juntos bajo sus ramas esa noche.

— ¿Yacer o dormir?

— La leyenda dice yacer. Pero una vez que estás yaciendo con alguien puedes dedicarte a otras cosas además de a dormir. Eso es opcional.

No pude ocultar una sonrisa mientras seguía escuchándole. Me dolía todo el cuerpo y sentía el peso de mi alma como si fuera una piedra sobre mis hombros, pero el sonido de su voz y su

mano sosteniendo mi cintura eran un insólito bálsamo.

— Si esa noche soñaban el uno con el otro, es que estaban destinados a amarse para siempre.

Los ojos de Cináed brillaron cuando terminó de hablar y supe que deseaba que nosotros hiciéramos aquella especie de antiguo ritual, pero que nunca me lo diría directamente por respeto y, quizás, por vergüenza. Me alegré de no tener que decirle que no, puesto que cada vez le tenía más afecto, a pesar de todos los secretos que le rodeaban. O quizás precisamente a causa de ellos.

Un hombre misterioso es casi siempre un hombre atractivo.

— ¿Quieres subir? —me preguntó Cináed de pronto—.

— ¿Cómo que subir?

Mi cara debió ser un poema, porque él soltó una carcajada y me señaló un punto entre las ramas del roble. Oculta entre el verdor se adivinaba una plataforma de madera con barandilla, como una balconada secreta en el corazón del árbol. Su sonrisa mientras me guiaba hasta una escalerilla cercana iluminó el paisaje aún más que el eterno sol poniente, y me sentí más insegura que nunca de mis sentimientos.

Hablamos de muchas cosas rodeados de un mar de verde teñido de fuego cuya luz sacaba destellos rojizos a nuestros cabellos.

Le pregunté por ella tratando de aparentar indiferencia.

— Fue Treva quien te lo contó, ¿verdad? —suspiró Cináed—. Hay muchas cosas que él no sabe que yo sé. Secretos que no me pertenecen. Lo que sí puedo asegurarte es que en todo momento actué con honor, y que todo lo que hice fue por afecto sincero hacia su hermana. No la amaba, pero sí sentía hacia ella una gran ternura. El dolor más profundo de mi vida en Elphame es que las cosas terminaran tan mal. Treva me culpó por todo lo ocurrido y, a pesar de lo que él había hecho, no tuve corazón para sacarle de su error.

— Pero entonces, ¿es verdad que estás casado con ella?

— Lo estuve. Por desgracia, Lili debió morir hace mucho tiempo.

Al percibir su profunda tristeza, tomé su mano para reconfortarle y recibí a cambio una mirada llena de esperanza. En un impulso estúpido, me incorporé lo suficiente como para tomar dos hojas del roble y le ofrecí una. Al fin y al cabo, solo eran hojas sin ningún significado, y yo habría dado lo que fuera en aquel momento por aliviar su pena.

— ¿Por qué no? —le dije, encogiéndome de hombros—. Lo peor que puede ocurrir es que se nos indigesten.

— No sé si eso es lo peor que puede ocurrir, Mairi.

Su humor estaba ahora tan negro como la noche que nunca llegaba a bendecir la tierra de Elphame. Aun así, masticó la hoja mirándome con aquella misma nostalgia con la que me había recibido en nuestro primer encuentro. Yo hice lo propio, me arrebujé en la manta y me recliné sobre Cináed con la intención de descansar los ojos tan solo un momento.

Caí dormida casi al instante, acunada por el rítmico subir y bajar del pecho de Cináed, que también se había rendido rápidamente al sueño.

Soñé que estaba encerrada de nuevo en mi habitación de Sgàile Dun, desolada y rabiosa por el trato recibido. Llena de miedo por mi futuro. Eternamente sola entre aquellas cuatro paredes, salvo por los ratos que pasaba con Treva, y sin saber qué sería de mí, si estaba loca o cuerda y si la Sombra me devoraría para siempre.

Sin embargo, en mi sueño, como si de una fantasía adolescente se tratara, la puerta se abría de pronto y ocurría lo que tanto había deseado durante aquellos días y aquellas noches: Cináed entraba en la alcoba, cerraba la puerta tras de sí y me abrazaba tan estrecha e íntimamente como

si quisiera fundirnos a los dos en un solo ser. Yo respiraba el aroma de su piel y de sus cabellos, mientras él ceñía mi cintura con ambas manos y besaba mi cuello y mis hombros con delectación.

En el sueño, suspiré su nombre junto a su oído y sentí cómo su corazón latía junto al mío cada vez más rápido y cómo mi pecho se aproximaba hacia el suyo. Todas mis zonas erógenas se excitaron con su roce, especialmente cuando una de sus manos bajó y me levantó el camisón para acariciar primero mis muslos, luego mis caderas y mi vientre y, finalmente, mi sexo.

El tacto de las yemas de sus dedos sobre mi intimidad me hizo enloquecer hasta tal punto que desperté gritando su nombre al cielo crepuscular de Elphame.

Capítulo 15

Es el destino

Cináed despertó sobresaltado, intentando atisbar mi rostro en medio de la umbría forestal. El único sonido era el del viento colándose entre las ramas del Árbol de los Sueños y el de mi respiración agitada. Mi corazón iba a toda velocidad. No conseguía detenerlo por más que lo intentaba.

— ¿Estás bien? —su voz era apenas un murmullo ronco—.

Sentí su mano, que me buscaba anhelante en la penumbra, y la tomé con avidez, depositándola sin pensarlo dos veces, por puro instinto, en mi pecho. Sentí su cuerpo tensarse junto al mío y percibí también, entonces, su respiración acelerada. Quién sabe qué obscenidades habría estado soñando Cináed en la copa de aquel árbol, junto a mí. La mera idea de haber aparecido así en sus sueños me enloqueció de deseo y perdí inmediatamente la escasa cordura y el poco sentido común que aún me quedaban. Tan solo podía recordar la erótica imagen de mis sueños y las decenas y decenas de veces que había imaginado, en mis noches solitarias y tristes en Sgàile Dun, a aquel hombre en mi lecho, junto a mí, sobre mí, debajo de mí y, para mi rubor, también dentro de mí.

Con su mano aun firmemente posada en mi pecho, me monté sobre él, busqué su boca y le besé como si quisiera devorarlo. Jamás me había sentido así, ni siquiera con Isla, a la que tanto había deseado y que tanto había despertado mi libido largo tiempo dormida.

Cináed respondió de inmediato a mi arrebato, inundando mi boca con su lengua de una manera animal, como aquel que lleva mil años esperando disfrutar del objeto de su pasión. ¡Quizás era verdad que me aguardaba desde hacía todo ese tiempo! Sentí cómo llevaba ambas manos a mis caderas y me encajaba con firmeza sobre las suyas, a lo que respondí moviéndome sobre él en una coreografía que jamás habíamos ensayado pero que resultó ser perfecta. Más perfecta que ninguna otra cosa en el universo. Tanto, que tan solo con su beso y su roce alcancé uno de los climas más hermosos e intensos que puedo recordar.

No pude, sin embargo, disfrutarlo mucho tiempo ni tampoco regalarle a Cináed una experiencia parecida, puesto que, segundos después, ambos escuchamos la voz rugosa y apremiante de Gwrach al pie del inmenso roble.

— ¡Debéis marcharos cuanto antes! Vuestros perseguidores estarán aquí en pocas horas.

Cináed y yo nos miramos profundamente durante unos instantes, sabiendo que aquel pequeño oasis de paz y de placer se había roto antes siquiera de nacer, y que debíamos seguir huyendo. Siempre huyendo. Empecé a aceptar que así era ahora mi vida y que, siempre que le tuviera a él a mi lado, era casi soportable.

Bajamos del roble y recogimos nuestras pertenencias a toda prisa. Gwrach nos entregó algunas viandas, un consejo y una sombría advertencia.

— Id a las Cavernas del Norte y preguntad a las Gallikias, las sacerdotisas que viven allí desde el comienzo del comienzo. Ellas son las druidas de la Historia. El origen de todas las profecías. Y no reneguéis de vuestro destino o vuestro destino renegará de vosotros.

Hice un tremendo esfuerzo por no poner los ojos en blanco ante aquella nueva mención del destino, palabra que consideraba maldita para mí a aquellas alturas. De buena gana habría permitido que mi destino renegase de mí si con ello conseguía escapar de aquella pesadilla y regresar con mi familia. Aunque ahora el ansia de volver a ver a los míos empezaba a chocar con la idea, ligeramente dolorosa, de no volver a estar cerca de Cináed. Pero no me engañaba: Cináed era un sueño, un deseo irreal, una fantasía salida de los libros de una adolescente. Mi familia, por el contrario, era bien real y tangible, y les había hecho un daño espantoso.

Con un suspiro de resignación y de cansancio, Cináed y yo nos despedimos de la inquietante Gwrach, dimos la espalda al Árbol de los Sueños y echamos a andar hacia el norte, mientras un leve resplandor rojizo relucía tras las copas de los robles.

— Nos están alcanzando —musitó Cináed con preocupación—. Necesitamos caballos o el mejor escondite del mundo.

— ¿Quiénes crees que serán? ¿Los hombres de Leod o los de la Reina?

— Tanto da —gruñó, visiblemente contrariado—.

Aunque aún no me sentía ni a un cincuenta por ciento de mis capacidades físicas, hice un enorme esfuerzo por no rezagarme para no hundirle más en la miseria. Tampoco debía estar muy a tono en cuanto a capacidades mentales, puesto que aquella estúpida decisión me llevó a estar sin fuerzas pocas horas después. Tropezaba hasta con el mismo aire y el pecho me ardía con cada respiración debido al agotamiento y al mal que la Sombra había dejado dentro de mí.

Habíamos dejado atrás hacía tiempo el bosque de robles y, desde hacía un buen rato, nos movíamos por un paraje rocoso y difícil de navegar atravesado por un río que parecía marcar nuestro camino. Confiaba ciegamente en que Cináed supiera a dónde íbamos porque yo ya no sabía distinguir el cielo del suelo.

Cuando empecé a ver los contornos de las cosas borrosos y chispas de colores delante de mis ojos sentí que había llegado el momento perfecto para hacerme la heroína.

— Sigue tú solo —grazné con un hilo de voz—. No puedo más, Cináed. Por mi culpa nos atraparán a los dos. Tienes que seguir sin mí. Tienes que olvidarme.

En mi cabeza sonó definitivo y dramático. Harta de que los demás sufrieran por mi causa, no habría podido perdonarme que también Cináed cayera por mí. Sacrificarme yo y acabar de una vez con todo me pareció un plan sin fisuras. Sin embargo, tan solo obtuve por su parte una carcajada irónica. A continuación, la tierra pedregosa osciló bajo mis pies. Cuando fui consciente de que me estaba cargando de nuevo en brazos, me sentí ligeramente ultrajada al tiempo que agradecida.

El resto del camino fue, para mí, un ir y venir de trozos de cielo anaranjado y el olor de la zamarra de Cináed: una mezcla extrañamente reconfortante de polvo, sudor, cuero y su aroma particular. La cabeza me daba vueltas y pasé aquellas horas entre ensoñaciones de mi vida en Dunkeld, recuerdos de mis padres y de mi infancia, y un miedo atroz a que nos capturasen.

Me vinieron a la cabeza imágenes felices de cuando Elsie y yo íbamos a patinar sobre hielo durante el invierno en el estanque de Pulney, a las afueras del pueblo, con el resto de los niños de nuestra edad. Las dos adorábamos aquel lugar y, cuando los chicos jugaban al hockey sobre hielo

o el club de *curling* celebraba sus eventos, allí estábamos ambas con nuestro *bannock* de merienda en la mano, animando a nuestros jugadores favoritos. Más tarde, al volver a casa heladas y hambrientas, papá nos subía a sus rodillas después de cenar y nos leía “Las aventuras de Pinocho” o algún otro cuento infantil espantoso a la luz de las lámparas de aceite y al reconfortante calor de la chimenea del salón.

Por algún motivo también recordé a Charles MacIntosh, el cartero de Dunkeld, que era además un experto botánico en sus ratos libres. Nos llevaba de excursión al bosque a todas las niñas de la escuela de la duquesa Ana y nos ilustraba sobre todas las setas, hongos, líquenes y musgos que podíamos encontrar allí. A veces, incluso, llevaba consigo su violonchelo e interpretaba tonadas para nosotras a orillas del río Tay. Era un hombre pequeño, sencillo y afable, extraordinariamente culto e inteligente, y creo que estuve un poco enamorada de él de esa manera inocente en que las niñas de once años se enamoran de sus maestros.

También rememoré a mis mejores amigas de la escuela, Eliza Young, Agnes Fisher y Bella Scott. Las cuatro, junto con mi hermana Elsie, fuimos inseparables durante un par o tres de cursos. Más tarde, la adolescencia y la vida nos fueron separando un poco. Eliza se casó muy joven con el hijo de Jimmie Cawrie, el conserje de la escuela —que era, además, el zapatero remendón del pueblo—. No fue un matrimonio muy ventajoso para la familia de mi amiga pero, cuando con quince años se presentó ante sus padres con un embarazo de seis meses que era imposible seguir ocultando, no hubo más remedio que celebrar la boda. Agnes y Bella acudieron conmigo a la academia de Perth para cursar nuestros estudios secundarios, pero la primera abandonó al final del primer año para ponerse a trabajar en la *tea room* de La Cruz con sus padres en sustitución de su hermana mayor, que se había marchado a vivir a Inverness con su marido. Bella y yo nos hicimos las mejores amigas del mundo. Con nuestros dieciséis años, nos creíamos las reinas de Perth y no teníamos miedo a nada ni a nadie —hasta que un terrible suceso nos dio un golpe de realidad y separó nuestros caminos para siempre, algo en lo que no me gustaba pensar—.

Debí dormirme un rato porque, además de todos estos recuerdos infantiles y juveniles, tuve un sueño con Isla en el que la observaba desde el otro lado de la valla de nuestro jardín trasero. Ella se mecía, feliz, en la vieja mecedora que había sido de mi madre y que aún seguía en el porche, mientras una niña rubia de corta edad, muy parecida a ella, correteaba torpemente a su alrededor. La risa de Isla contemplando a la pequeña me llenaba de gozo. Entonces, desde la casa, entraban al porche mis hermanos y se sentaban con ella y con la niña. El sol brillaba entre las ramas de los manzanos y todos parecían en paz.

Me desperté llorando silenciosamente sobre el hombro de Cináed justo cuando este acababa de detenerse. Parecíamos haber llegado al final del valle pedregoso. Aquel hombre, por fuerte que fuese, debía estar al límite de sus capacidades. Me dejó en el suelo y nos apartamos trabajosamente del sendero para descansar un poco ocultos entre el brezo. Allí bebimos y comimos lo que Gwrach nos había puesto en una bolsa. También había un frasco con la misma cocción que me había hecho beber antes y que, de nuevo, me sentó a las mil maravillas.

Habría querido decirle muchas cosas a Cináed y, sobre todo, hablar con él sobre lo sucedido la jornada anterior en el Árbol de los Sueños, pero sentía que debía guardar aquellas pocas fuerzas que milagrosamente me habían crecido para llegar a nuestro destino, fuera este cual fuese.

Destino, otra vez.

— Ya no falta mucho para los acantilados —susurró Cináed—. Desde allí las Cavernas de las Gallikias no deben quedar lejos, pero temo que nos alcancen antes. No conozco bien esta

zona de Elphame, no sé dónde podríamos escondernos, Mairi. No sé si podré sacarnos de esta.

Sonaba desconsolado y lleno de angustia. Le abracé con fuerza esperando que mi contacto le diera algo de esperanza, y le dije al oído:

- Siento que yo ya estoy condenada, Cináed. Pero tú aún puedes salvarte.
- La única razón de mi existencia eres tú, Mairi. Yo ya viví una vida en el mundo mortal. Me casé, tuve cuatro hijos a los que adoraba, luché mil batallas y derramé más sangre de la que quiero siquiera recordar. Debí haber muerto en ese mundo hace cientos de años. La muerte no me asusta. Lo que me asusta es no llegar a averiguar nunca por qué era tan importante que esperase por ti, en este retorcido universo feérico, durante casi mil años. Si la profecía tiene sentido o todo ha sido una gigantesca broma cósmica. Tú y yo estamos unidos de una extraña manera, Mairi —tomó mi mano, y concluyó, de forma determinante e incontestable—. Jamás te abandonaré.
- No merezco tanta lealtad ni tanta entrega. Si supieras la clase de persona que soy, Cináed...
- Sé la clase de persona que eres. Exactamente la misma que yo: humana, con todos sus defectos, sus virtudes y sus maravillosas escalas de grises. De hecho, empiezo a tomarle cariño a tus grises —añadió con una sonrisa cansada pero llena de complicidad—.

Habría querido contestar con alguna frase ácida y llena de ingenio, pero solo podía pensar en que, más que grises, lo que yo estaba era llena de oscuridad. Por eso atraía a la Sombra, y por eso sería consumida por ella tarde o temprano, en este mundo o en el otro. Fuera donde fuese y estuviese con quien estuviese.

También la aflicción empezaba a consumirnos a los dos allí, en aquel pedregal desolado y muerto de silencio, a donde ni las aves llegaban. Nos levantamos y nos pusimos en marcha porque no podíamos hacer otra cosa.

Un rato después, cuando el efecto de la cocción empezó a desaparecer y comencé, nuevamente, a sentir como el cansancio se apoderaba de mis pobres huesos, divisé en lontananza, entre las cimas de las altas colinas, al otro lado del arroyo que ahora seguíamos, una fina columna de humo. Al principio me asusté, pensando que eran nuestros enemigos, pero Cináed me aseguró que se trataba de la residencia de un habitante de Elphame casi tan proscrito como nosotros.

- ¿Un hada? —pregunté, inquieta—.
- Un humano como tú y yo.
- ¡Pidámosle ayuda entonces!
- Cináed negó con la cabeza con gran pesadumbre.
- No debemos involucrarle. Le pondríamos en peligro y bastante tiene con que la Reina le perdonase en su día la vida a cambio de retirarse para siempre a este rincón perdido de Elphame. Tiene prohibido tanto regresar a nuestro mundo como intercambiar palabra con criatura alguna so pena de muerte.
- ¿Ya estaba aquí cuando llegaste tú?
- Llegó más tarde, no mucho antes de que Elphame quedase aislado y comenzase la guerra contra los Gesaelig.

Había, por supuesto, muchas cosas que yo no sabía sobre el Reino, su historia y sus habitantes. Aunque Treva me había ilustrado intensamente sobre muchos particulares, era imposible que me lo hubiera enseñado todo en el tiempo que tuvimos juntos.

Continué arrastrando mi cuerpo y mi alma castigada por el valle pedregoso mientras me

preguntaba qué habría sido de Treva. Sospechaba que había sido él la mano amiga que Gavina, Sorchá y Cináed habían encontrado en el castillo de Leod, y temía que su señor le hubiese castigado y que otra vida más peligrase por mi causa. También él debía tener una particular escala de grises, o eso me parecía que había insinuado Cináed cuando me había hablado de Lili, su antigua esposa feérica.

Lo que al principio había sido un arroyo que atravesaba el paisaje saltando de piedra en piedra era ahora un río más ancho y pronto vimos que parecía morir directamente en el vacío: el valle terminaba abruptamente, el caudal de agua desaparecía y más allá solo había un cielo más oscuro de lo habitual y un mar tenebroso salpicado de pequeñas islas.

Nos asomamos con cuidado y sentí cómo el viento azotaba mi rostro y enredaba mi cabello. El río caía a pico, por una pared de roca accidentada, en una cascada de no menos de cincuenta o sesenta metros de altura. El vértigo hizo que me temblasen las piernas cuando observé las aguas caer y fundirse con las olas del mar. Cináed señaló hacia un extremo de la pared de roca y entonces advertí que unos escalones tallados, irregulares, diminutos y casi verticales salvaban la distancia hasta abajo.

— ¿No lo dirás en serio? —le espeté—.

— No en estas condiciones. Los dos estamos cansados, sobre todo tú. Nos detendremos aquí cerca y, cuando estemos repuestos, haremos el descenso.

Cináed suspiró profundamente mirando al horizonte y añadió apesadumbrado:

— Este acantilado es lo más lejos que he estado nunca en Elphame. A partir de allí abajo, no sabré mucho más que tú sobre el lugar. Tendremos que buscar juntos las cavernas.

Acampamos bajo una cornisa de roca. Allí comimos lo poco que quedaba de las provisiones y yo apuré los restos de la bendita cocción de Gwrach. Cináed y yo nos echamos juntos sobre su capa extendida y contemplamos las montañas distantes, tocadas de rojo y sangre en las cumbres, del otro lado del río.

— ¿No echas de menos la noche? —le pregunté mientras me quedaba amodorrada encima de su hombro—.

— Lo echo de menos todo, Mairi. La noche, el día, la luna, el sol y las estrellas. El amanecer y el atardecer. La niebla en las cumbres, el rocío fresco, la nieve... ¡La lluvia! Donald, mi hermano, se reiría de mí a carcajadas si supiera que echo de menos hasta la maldita lluvia.

Cináed se sumió en el silencio. Supuse que la mención a su hermano le había entristecido. Podía entender la terrible frustración que era acabar en aquel mundo y no volver a saber nada de tus seres queridos. Le pregunté si su hermano aún vivía cuando él viajó a Elphame.

— Sí, y siempre me he preguntado qué sería de su vida —repuso en un susurro, con la emoción contenida—. Ahora llevará siglos muerto. Como mis hijos. Como todo aquel al que un día llegué a conocer.

Tras una pausa dramática durante la que pensé que aquel hombretón curtido en cien batallas rompería, comprensiblemente, a llorar, de pronto me miró con una mueca cómica y declaró:

— Al menos mis enemigos también estarán muertos por fin.

Explotamos los dos de risa, quién sabe si como mecanismo de defensa ante tanto dolor o porque ambos teníamos un sentido del humor así de retorcido.

Estaba a punto de iniciar una conversación sobre lo ocurrido entre los dos en la plataforma del Árbol de las Sueños cuando, de pronto, un sonido de voces distantes rompió el silencio del valle. Volvimos la vista y, en la distancia, en la cabecera del río, vimos unos pequeños puntos de luz dorada: nuestros perseguidores, fueran quienes fuesen, iban a darnos alcance en breve. Mi

corazón se aceleró a mil por hora.

— Tenemos que bajar ya —dijo Cináed levantándose, tomándose de la mano y arrastrándose hasta el primer escalón de aquella bajada al abismo—.

Me asomé a los escalones y abajo solo vi penumbra y la espuma blanca de las olas golpeando con violencia la base del acantilado. Luego volví la vista hacia las luces lejanas, considerando nuestras opciones.

— ¿Quiénes crees que serán? —pregunté—. ¿Hombres de Leod o de la Reina?

— ¿Quiénes te dan más miedo?

— ¡Ambos!

Cináed puso un pie en el primer escalón y sostuvo mi mano, esperando a que yo tomara una decisión. Petrificada por el miedo, solo podía pensar en que la muerte más cercana y certera en ese momento era caer por aquel acantilado en medio de la inquietante oscuridad rojiza. Por si las circunstancias no fueran lo suficientemente malas, en aquel instante el viento se incrementó y se tornó helado. Cináed me apretó la mano con afecto y, aunque en sus ojos vi de nuevo aquel fuego ardiente que había visto otras veces, declaró sencillamente con voz queda:

— Solo hay un camino, Mairi.

Recordé entonces las palabras de Gavina al despedirnos hacía apenas unos días y entendí que había llegado el momento de ser fuerte y de confiar, una vez más, en Cináed. Ajustándome bien mis ajados pantalones para que no me estorbaran, avancé hacia el abismo tras él mientras el viento nos arrojaba millones de gotitas de agua gélida a la cara.

Aunque parezca increíble, no puedo realmente recomendar la experiencia de bajar por los escalones mojados y casi verticales de un acantilado en los límites de Elphame en medio de una luz vespertina que era allí más oscura que en ninguna otra parte. Mientras bajaba agarrada a los escalones de la pared de piedra con manos, dedos, uñas y, si las hubiera tenido, garras, se me ocurrían al menos mil sitios distintos donde habría preferido estar en aquel momento: en el bosque de Birnam entre robles de un tamaño normal; leyendo en el salón de mi casa frente a la chimenea en una tarde de otoño; tomando el té y comiendo los *scones* de la señora Rattray con mi hermano en nuestra acogedora cocina; en la calle mayor de Perth curioseando tiendas con mi hermana; literalmente en cualquier librería de Edimburgo; entre los brazos de Isla; o, aún mejor, charlando con mi padre mientras este fumaba su pipa en el porche trasero los sábados por la mañana o paseando hasta la Cruz con mi madre en la fiesta de primero de mayo.

Además de sobre todas estas cosas, mientras descendía también cavilaba sobre qué pasaría con mi cuerpo y mi alma si moría allí, en aquel acantilado feérico absurdamente alto. ¿Volvería a aparecer en el capricho del bosque del río Braan? ¿O mi cadáver quedaría para siempre en Elphame? ¿Iría al cielo o al infierno? ¿O mi alma quedaría en el limbo al que supuestamente van los impíos? De pronto, me angustió muy por encima del resto de cosas que habrían debido angustiarme el hecho de que, si moría allí y mi alma se perdía, no tendría siquiera el consuelo de volver a ver a mis padres en la otra vida. Nunca más. Ni al resto de mis seres queridos cuando estos muriesen.

Mis lágrimas se mezclaron con las gotas de agua y emborronaron mi visión, haciéndome perder el pie. Grité y rápidamente sentí cómo, por debajo de mí, Cináed sujetaba mi talón y volvía a colocar mi pie en el escalón. No podía mirar hacia abajo. Ya lo había intentado al inicio del descenso y casi había muerto de la impresión, así que no tenía ni idea de cuánto nos quedaba aún. Tampoco podía oír nada de lo que Cináed me decía debido al viento que azotaba mis oídos y a las gotitas que golpeaban mi cara constantemente como diminutos cuchillos. Solo podía

seguir bajando, agarrada a la piedra, con una lentitud agónica y temblando de puro terror.

Cuando llevábamos un buen rato bajando por aquella escalera infernal, escuché gritar a Cináed mucho más alto de lo que lo había hecho hasta ahora y temí que hubiera caído al vacío. Reuniendo valor donde realmente ya no había más que instinto de supervivencia, miré hacia abajo y vi su rostro, cuajado de angustia, y su mirada, fija en la parte alta del acantilado. Volví la vista yo también hacia arriba y los vi: casi nos habían alcanzado.

Por el borde del acantilado se asomaban ahora varias figuras. Por los colores de sus ropas me pareció que eran los hombres de la Reina. En cuanto nos avistaron, comenzaron a bajar los escalones sin pensárselo dos veces, mucho más rápido que nosotros.

Con el corazón saliéndoseme del pecho, aceleré mi ritmo de bajada, con mucho más pavor ahora a que aquellas criaturas me atraparan que a caer de la escalera. Instantes después, escuché cómo Cináed llegaba de un brinco, al fin, hasta el suelo y me apremiaba a saltar yo también. La distancia era aún muy larga para mí, pero fijé mis ojos en los suyos y salté hacia él.

Abajo todo era penumbra y neblina y el mar golpeando los acantilados a nuestro alrededor. Los escalones de piedra terminaban en una diminuta playa de gujarros. El sonido de la cascada cayendo a nuestro lado era ensordecedor. Al menos allí el viento soplaba con un poco menos de fuerza.

Estábamos atrapados entre el mar y nuestros perseguidores.

Nos abrazamos, desolados. Pronto volverían a separarnos y ya nunca podríamos hablar de lo sucedido en el Árbol de los Sueños, de nuestro destino o de nuestro futuro. Con casi total probabilidad ambos moriríamos en los próximos días y yo ya no solo perdería mi vida, mis esperanzas, y a mi familia en el mundo mortal, sino también a él. Desde hacía un tiempo acumulaba más pérdidas que ganancias.

Cuando noté el viento detenerse bruscamente, las aguas calmarse a nuestro alrededor y vi una balsa, alumbrada por un farolillo, surgir lentamente de entre la bruma marina como si de un transporte mágico hasta Avalon se tratase, pensé que estaba alucinando.

Me separé de Cináed y le giré bruscamente hacia la orilla para comprobar si él también veía aquel extraño espectáculo o estaba solo en mi cabeza.

— ¿Qué demonios es eso? —era la primera vez que le oía maldecir—.

Nuestros perseguidores iban ya a mitad de su bajada por los escalones, así que tomé a Cináed del brazo y le arrastré conmigo hasta la balsa, que ya casi tocaba tierra en la playa de gujarros. Ahora teníamos una nueva posibilidad de fallecer de forma exótica: a ser asesinados por hadas o caer por un precipicio extravagante se añadía ahora ser tragados por las aguas del mar en una balsa mágica.

Por algún motivo dimos por sentado que, ya que la balsa había llegado sola hasta nosotros, sola nos sacaría también de allí, pero en cuanto pusimos pie en ella esta permaneció quieta, mecida tan solo por el oleaje, que ahora era bastante suave. Nos miramos con cara de estupefacción.

— ¡Busca algo para remar! —grité, desesperada, sintiendo que la ocasión de huir se nos escapaba por tontos—. ¡Tiene que haber algo!

Gracias a la luz del candil que pendía del mástil de la balsa, Cináed localizó un largo remo de madera y nos impulsó lejos de la orilla justo cuando el primero de los perseguidores, vociferando improperios, saltaba hasta la playa desde uno de los escalones de piedra. Una vez en marcha, abrí el candil y lo apagué de un soplido para que no pudieran localizarnos tan fácilmente. Ahora navegábamos en un terrorífico mar de oscuridad, pero al menos, en cuanto nos alejábamos lo

suficiente, los hombres de la Reina no podrían vernos.

Recuerdo las horas que pasamos en la balsa como unas de las más espeluznantes de mi vida, constantemente temerosa de caer a las aguas, de chocar contra afiladas rocas o de ser devorada por quién sabe qué criatura espantosa propia de los mares feéricos. Ni Cináed ni yo pudimos descansar ni un solo segundo. Ateridos de frío, permanecemos abrazados el uno al otro, y al remo, durante horas y horas, hasta que la tímida y familiar luz anaranjada empezó a aumentar, revelando el pedazo de Elphame en el que nos encontrábamos.

Era un mar aparentemente poco profundo y salpicado por pequeñas islas, algunas de ellas conectadas entre sí por lenguas de arenas tostadas y exentas toda de vegetación y vida. Parecía que estuviéramos en el fin del mundo.

Aunque habíamos intentado que la balsa no navegara mucho, nos debíamos haber movido bastante por la mera acción de las mareas –si es que había mareas en Elphame- y ya no había ni rastro del acantilado por el que habíamos descendido. Ni la cascada ni la escalera infernal se divisaban por parte alguna. Tampoco había señal de nuestros perseguidores. Lo que sí pudimos ver ante nosotros fueron las bocas de unas enormes cuevas, negras como pozos, que se abrían de forma imponente en la costa rocosa.

Habíamos llegado a las Cavernas de las Gallikias.

CUARTA PARTE



Nunca imagines ser diferente de lo que a los demás pudieras parecer o hubieses parecido ser si les hubiera parecido que no fueses lo que eres

Capítulo 16

Las Cavernas de las Gallikias

Las Gallikias eran nueve, como las Musas de la Antigua Grecia y, tal y como yo había imaginado durante mis lecturas de adolescencia que siempre habrían hecho estas en su mitológico monte Olimpo, vestían túnicas blancas cuajadas de elaborados pliegues y plisados. Llevaban en sus ojos la luz de los tiempos primordiales y en sus ademanes la calma de la inmortalidad.

En cuanto habíamos tocamos tierra con nuestra balsa, dos enormes antorchas situadas en la entrada de la mayor de las cavernas se habían prendido solas y nos habían guiado hasta ellas, que nos aguardaban hieráticas en sus nueve tronos de piedra, en un salón inmenso en las profundidades de la tierra.

Ahora, Cináed y yo estábamos frente a las nueve damas sin saber muy bien qué decir. Creo que aquella fue la única vez en la que le vi realmente intimidado por alguien, como un perrillo con las orejas gachas. En cuanto a mí, por algún ridículo motivo, síntoma claro del estado mental en que me hallaba, en lo único en lo que podía pensar mientras aquel silencio se alargaba incómodamente era en por qué no habían vuelto a mover la balsa para nosotros la jornada anterior. ¿Qué necesidad había de un remo si al principio la balsa se movía sola? Sin embargo, no lo habría preguntado ni aunque mi vida dependiera de ello, mayormente por vergüenza pero, sobre todo, por temor a que me creyeran una desagradecida.

Finalmente, una de las nueve Gallikias, la que se hallaba sentada en el centro, habló con una voz que era como un trueno olímpico:

— ¿Eres tú la Hija de la Sombra?

Me llevé una mano al pecho tímidamente buscando confirmación de que se refería a mí. Habría sido un poco raro que se refiriese a un tipo como Cináed como “Hija de la Sombra”, pero una nunca puede estar segura de nada en Elphame.

La Gallikia que había hablado se levantó de su trono de piedra y avanzó hacia nosotros lentamente, con su túnica blanca ondeando levemente a su paso. No habría sabido decir si aquella criatura era humana o feérica. No me pareció ninguna de las dos cosas.

— En el principio eran Tres—dijo mientras caminaba lentamente en círculos a nuestro alrededor—. Ella, Él y lo que ahora llamamos la Sombra. Una triada perfecta. Un triángulo equilátero para gobernar con justicia sobre los destinos de la buena gente.

El eco de sus pasos resonaba dramáticamente, amplificado por la altura de la cueva y por la concavidad de sus paredes ancestrales. Las otras ocho Gallikias permanecían con la vista al frente, ajenas a todo, como esfinges egipcias en medio de un desierto de roca gris.

— No obstante, nada es eterno. Ni siquiera nosotras —continuó—. Llegado un punto el triángulo se rompió y uno de sus ángulos se sumió en las tinieblas del mundo. Se convirtió en la Sombra. Era su Destino.

El maldito destino de nuevo. Y, aun así, ojalá eso hubiera sido lo peor de su discurso. Ojalá la Gallikia no hubiera pronunciado nunca las palabras que dijo a continuación.

— Antes de caer en desgracia, lo que ahora llamamos Sombra dejó su simiente en una mortal. Me pregunto si tú eres su descendiente. Si tú eres la Hija de la Sombra.

¿Qué podría haber contestado a aquello?

Yo no era más que la hija de mis padres, Arthur y Elizabeth Ferguson, hijo menor de una familia de navieros de Glasgow que había renegado de él el primero y única heredera de una antigua familia de Dunkeld la segunda. Nada más que una solterona de clase media de un pueblecito escocés a donde el tren llegaba únicamente porque estaba en el camino a Pitlochry e Inverness. Una escritora de novelas románticas baratas que nunca pasaría a la historia de la literatura. Una mujer que no estaba a la altura moral de sus hermanos y que había destrozado lo poco que quedaba de su familia por atender a sus caprichos. Una loca, quizás, que se había auto convencido de haber viajado a un reino mágico de hadas y elfos solo para no tener que afrontar su propia y terrible realidad, aquella de la que solo ella, y nadie más que ella, era culpable.

La caverna se volvió entonces muy grande y yo me hice cada vez más pequeña. Los rostros de las Gallikias y el semblante compungido de Cináed comenzaron a dar vueltas a mi alrededor como un torbellino infinito. Confieso que, más que desmayarme, me dejé caer porque, sencillamente, no podía más.

Desperté en un lecho rudimentario situado en el centro de una nueva cueva, más pequeña que la anterior e iluminada por la luz mortecina de las velas.

Lo único en lo que pude pensar fue en qué nuevas penalidades me aguardarían allí.

Busqué a Cináed con la mirada y en su lugar hallé tan solo el rostro de la Gallikia que se había estado dirigiendo a nosotros un rato antes. Me observaba desde un lateral del lecho, de modo que pude apreciar con bastante detalle su rostro extremadamente pálido, suave y lechoso como el alabastro, desde el que se asomaban unos ojos tan profundos y oscuros como el lugar donde habitaba. La Gallikia puso una de sus blancas manos sobre mi pecho y dijo con su voz de trueno:

— Tu Sombra está ganando la batalla. No debes permitirlo.

— ¿Podéis curarme? —musité con la escasa fuerza que tenía—.

— No existe medicina en el mundo para eso. La única cura posible es que luches esa batalla dentro de ti y hagas que gane tu Luz. Debes forjar una nueva esperanza para tu vida y una nueva dignidad para tu espíritu.

Reí amargamente.

¿Qué esperanza podía yo tener en aquel mundo devastado, enfrentado y perdido, lejos de todo lo que conocía y amaba? ¿Qué dignidad podía tener, incluso, si regresaba al mundo mortal, habiendo como había destruido la felicidad de mi familia y traicionado la memoria de mis padres? No era más que una desahuciada, buena para nada y útil para nadie.

— Escoge los tres recuerdos más felices de tu vida, a las tres personas que más ama tu corazón y tres momentos donde sacrificaste algo para mejorar la vida de otro ser —continuó la Gallikia—. Ese es tu valor. Ahí está tu Luz. Medita sobre ello y sé honesta contigo misma. Volveré a verte más tarde para que me lo cuentes.

— ¿Dónde está Cináed? —pregunté apresuradamente cuando me dio la espalda para marcharse

—.

— Cináed te espera. Siempre te ha esperado y siempre te esperará.

La Gallikia se marchó con su túnica ondeando tras ella y me quedé sola con mis pensamientos.

Aunque no entendía muy bien de qué me serviría, me esforcé por seleccionar tres recuerdos felices.

El primero fue el del día en que recibí la carta de la editorial de Edimburgo citándome para publicar con ellos una saga de novelas: mi futuro como escritora se abrió, por fin, aquella mañana. Me sentí realmente eufórica. El segundo recuerdo fue el de la primera vez que fui a Perth con Isla y Elsie para ver una demostración del cinematógrafo. Por la pantalla pasaron un bañista francés sin pantalones, un policía torpísimo y un diablillo negro del gran Méliès. Nunca antes me habían dolido tantos músculos en el cuerpo solo por reírme. El tercero era, sencillamente, el de una tarde veraniega de domingo con toda mi familia reunida en el porche trasero de la casa, cuando mis padres aún vivían y cuidaban de nosotros.

En cuanto a las tres personas que más amaba, tuve serias dificultades para seleccionarlas porque siempre tenía que dejar fuera a alguien importante y, finalmente, desistí.

Tampoco se me ocurrieron tres momentos en los que hubiera sacrificado algo por el bienestar de otra persona, y aquello me deprimió aún más. Así era yo: egoísta, caprichosa, traicionera y centrada en mí misma.

Cuando la Gallikia regresó un rato más tarde, le comuniqué mis conclusiones. Ella torció el gesto y su rostro pálido se arrugó levemente con desagrado.

— No has hecho lo que te dije —repuso—. No has sido honesta contigo misma. Has pensado en lo que creías que era correcto pensar y te has dejado llevar de nuevo por tu Sombra. Si hay algo a lo que nunca debes temer en este mundo es a la verdad. Piensa otra vez.

Y volvió a marcharse.

Rebusqué en mi mente con afán, intentando ser sincera con mis conclusiones.

Decidí conservar el tercer recuerdo, el de mi familia reunida bajo el sol de verano, pero deseché los otros dos en favor de la memoria de una tarde de invierno leyendo sobre las rodillas de mi padre, cuando aún era muy niña. Mi padre había sido un hombre muy cultivado que me había transmitido el amor por los libros y que había completado mi educación allá donde la escuela no había podido o sabido llegar. El olor del enorme mueble de madera de cedro, lleno a reventar de libros, que había en su despacho, aún me llenaba de paz y calidez, y calmaba mi espíritu agitado. El tercer recuerdo que seleccioné fue el de la noche en que, con trece años, me vino el periodo por primera vez y mi madre me atendió, me ayudó a lavarme y a ponerme el *hoosier* y durmió conmigo el resto de la noche, abrazada a mí como si no quisiera soltarme jamás. Sentí que nada malo podría ocurrirme siempre que estuviera con ella, siempre que mi padre y ella existieran en el mundo. De ahí mi sensación de orfandad e indefensión cuando murieron.

Resolví, por tanto, escoger como mis personas más amadas a mi padre y a mi madre. No pude seleccionar una tercera porque no podía escoger entre mis dos hermanos, y nombrar a Isla no era una opción. El deseo no es lo mismo que el amor.

Finalmente, me esforcé denodadamente por liberar mi mente del miedo, la culpa y la autoconmiseración y busqué en mi memoria tres momentos de mi vida en los que hubiera sacrificado algo por el bienestar de otro ser. Encontré tan solo uno que no me pareció ningún sacrificio real y que ni siquiera se refería a una persona. Cuando nuestra perrita Maise, una *border collie* que estuvo con nosotros doce años y a la que todos adorábamos, envejeció y perdió casi todos los

dientes, yo fui la única en casa con la paciencia suficiente como para alimentarla cada día con pequeñas bolitas de gachas y verduras cocidas que hervía especialmente para ella todas las mañanas nada más levantarme. Era un proceso tedioso y lento para una chica de catorce años que, en realidad, solo quería divertirse con sus amigas pero, no obstante, lo estuve haciendo sin faltar un día durante los últimos diez meses de la vida de Maise y, cuando esta murió, lamenté mucho no tener que volver a hacerlo.

Cuando la Gallikia regresó, sabía que la decepcionaría de nuevo, pero le expliqué, con gran vergüenza, que no podía recordar más momentos en los que hubiera sacrificado algo por otra persona porque, sencillamente, no los había habido.

— Probablemente eso no es cierto —contestó, impasible—. Eso es tan solo lo que piensas de ti misma ahora. Tu visión de ti, nacida de decenas de factores como lo que otros han opinado de tus acciones a lo largo de tu vida, tus propios miedos, tus complejos, y, el peor de todos: tu Sombra. Pero nada de eso eres tú realmente. Solo liberándote de la culpa y aceptando la verdad podrás verte a ti misma. Volveré una tercera vez, y será la última.

Lloré durante horas en la penumbra de la cueva. Los ojos me dolían por el efecto cegador que provocaban las luces de las velas al mezclarse con mis lágrimas. Débil, hambrienta, sedienta y aceptando que mi final, una vez más, estaba cerca, contemplé durante largo rato la historia de mi vida. Intenté hacerlo sin crueldad pero también sin culpa, sin orgullo pero sin falsa modestia. Me abrí el corazón a mí misma con ambas manos y miré dentro para ver qué había, quizás por primera vez desde que tenía uso de razón.

Vi a la niña que había nacido segunda detrás de otra niña, seguramente una pequeña decepción a nivel social para unos padres que, aun así, se habrían dejado matar antes que reconocerlo, puesto que ahora sé que nos amaban a Elsie y a mí tanto como a Alistair. Me vi sufriendo la escarlatina cuando tenía siete años y estuve aislada de mi familia en el ático durante semanas. No entendía lo que pasaba y creía que me habían abandonado para que muriera sola. Durante mucho tiempo alimenté un sentimiento de amargura debido a aquel episodio, y sentí que mis padres no me querían tanto como a mis hermanos. Más tarde entendí que estaban aterrados de que Elsie y, sobre todo, Alistair, que era aún muy pequeño, se contagiaran. Pero la amargura siguió ahí, así como la sensación de ser la hija menos querida por no ser ni la primogénita ni el varón.

Quizás por eso fui mezquina a veces con mi hermano pequeño. Nada importante, solo pequeñas crueldades que me hacían sentir que estaba por encima de él, que valía más, que era más madura o más inteligente. Y, aun así, cuando los niños de la escuela se metían con él porque era bajito y enclenque para su edad, era yo únicamente quien le defendía, ganándome con frecuencia un labio partido o un moretón que daba por buenos al saberle a salvo y al ver en su rostro la adoración que sentía por mí en aquellos momentos.

Me vi con catorce años afrontando el gran drama familiar de nuestra adolescencia: el fugaz noviazgo de mi hermana con aquel muchacho rico de Pitlochry, Alexander Donnachie. Contemplaba yo entonces su tristeza sin entender de dónde venía, minusvalorando sus sentimientos y tachándola, en mi interior, de blanda, tonta y sentimental cuando se negó a comer y dejó de hablar. Sin embargo, y aunque me aburrían inmensamente, me estuve sentando todas las tardes, durante casi dos años, a leerle en voz alta novelas de Charles Dickens hasta la hora de la cena, mientras ella se balanceaba melancólicamente en la mecedora de mi madre como si yo no estuviera allí. Habría preferido estar haciendo cualquier otra cosa en el mundo, pero la paz que había en sus ojos cuando cerraba el libro cada tarde era pago suficiente. Una vez me dijo, mucho años después de todo aquello, que esas lecturas que a mí tanto me aburrían a ella la

fueron sacando poco a poco de su tristeza y devolviéndola a la vida. Mi amor y mi dedicación curaron su corazón roto.

Tan solo mirando a los ojos a mis abundantes miserias empecé a encontrar también mis muchas virtudes.

Nadie está hecho solo de luz u oscuridad. Entendí entonces que si quería volver a amar la vida y, sobre todo, a mí misma, debía aprender a aceptar mis infinitas gamas de grises al tiempo que intentaba que estas fueran lo menos oscuras posibles. Aceptar el trozo de Sombra que había, hay y habrá en mí, hizo que pudiera darle la victoria final a la Luz.

Cuando la Gallikia regresó por tercera vez, como en los cuentos de hadas, tan solo tenía una cosa que decirle:

— ¿Cómo puedo ser de ayuda?

Capítulo 17

Hasta el fin de los tiempos

Cináed y yo pasamos una semana entera en compañía de las Gallikias y, aunque esta transcurrió en las eternas tinieblas de sus cavernas, son los días que recuerdo con más afecto de mi viaje a Elphame. Muchas cosas despertaron en mí durante aquel periodo. La Mairi que salió de aquel lugar no era en absoluto la misma que entró.

Gwrach las había llamado Sacerdotisas de la Historia por un muy buen motivo: en lo más profundo de aquel complejo kárstico guardaban un archivo gigantesco con miles de volúmenes, pergaminos, placas grabadas y toda clase de testimonios tanto del mundo feérico como de los albores del mundo mortal.

Sin embargo, durante aquel primer día no nos fue permitido entrar a aquellas salas.

Tras mi oferta de ayuda, lo primero que quisieron hacer las Gallikias fue cerciorarse de que yo era realmente la Hija de la Sombra, la mujer profetizada que salvaría a Elphame de su destrucción. Yo seguía sin creer realmente en ello, pero pensé que si había algo que pudiera hacer para ayudarlas y así, de paso, regresar a mi mundo para deshacer mis propios entuertos y arreglar todo lo que había roto, tanto mejor.

Cuando hube comido y bebido, me llevaron a una sala más confortable que sería mi alcoba, con chimenea, una tina llena de agua humeante y un lecho relativamente cómodo donde me dejaron tumbarme para descansar unos momentos.

Por supuesto, si yo era la Hija de la Sombra habría una señal en mi cuerpo, me dijeron. Como la marca de la Bestia del Libro de Apocalipsis. O así lo sentí yo.

— Tendrá la forma de un triángulo —declaró la misma Gallikia de siempre—. Ahora llamaré a mis hermanas, te desnudaremos, te lavaremos y te examinaremos minuciosamente hasta encontrarla.

Mis complejos victorianos se opusieron inmediatamente a que nueve desconocidas con aspecto de no haber visto el sol en toda su vida -y parecía haber sido una vida realmente larga- me pusieran sus descoloridas y ancestrales manos en los lugares más íntimos de mi anatomía.

— O puedo examinarme yo misma —repuse, tensa como las varas de un corsé nuevo—.

— Si la marca estuviera en un lugar que pudieras ver tú misma, ya sabrías si la tienes y dónde está.

Tenía sentido. Pero, sin embargo, no quería que aquellas mujeres me tocasen por nada del mundo. Algo en su aspecto y en su forma de moverse y de hablar me repugnaba ligeramente, como si fueran seres que no pertenecieran a este universo.

La providencia llamó a la puerta de la alcoba en forma de un Cináed que asomó su rostro

preocupado preguntando si iba todo bien.

— Prefiero que lo haga él —dije rápidamente y con mucha más convicción de la que sentía—. Luego vosotras podéis comprobarlo si queréis.

La Gallikia torció levemente el gesto, pero accedió para no contrariarme, y explicó a Cináed el tipo de marca que debía buscar. A continuación, se marchó silenciosamente, cerrando la puerta tras de sí y dejándonos a solas.

— ¿Estás bien, Mairi? —me preguntó él, lleno de ansiedad, mientras se aproximaba rápidamente al lecho—.

— Todo lo bien que se puede estar en estas circunstancias. Pero se podría decir que sí, que estoy bien.

Cináed recorrió con la yema de uno de sus dedos los surcos que las lágrimas habían dejado en mi rostro polvoriento y fijó sus ojos en los míos, interrogante. Tomé su mano y la apreté con fuerza.

— Ahora que estás aquí conmigo estoy bien.

Me incorporé hasta quedar sentada y llevé su mano hasta un extremo de mi jersey, dándole así mi tácito consentimiento para que procediera a buscar la marca. Él me lo quitó con inusitada torpeza. Cualquiera habría dicho que un hombre que había vivido tanto tendría más experiencia desnudando mujeres, pero Cináed se mostraba nervioso como un adolescente, tanto que no fue capaz de mirar mi cuerpo cuando este quedó a la vista.

— Deberíamos quitarte primero la suciedad del camino —susurró, indicando la tina—.

Me levanté del lecho, sorprendida de no sentir apenas vergüenza. Tenía cierto pudor natural, pero la mezcla de confianza y atracción que sentía por Cináed lo diluían en una sensación de seguridad y cálida excitación. Me desabroché los pantalones, dejé que terminaran de deslizarse hasta mis pies y me deshice de ellos, introduciéndome despacio en el agua de la tina, que me abrazó con su tibieza. La situación me trajo memorias de otra alcoba y de otra tina, y me sonreí.

— ¿Te estás acordando de lo mismo que yo?— oí a mi espalda, y el hecho de que él también lo recordase me hizo sonreír aún más, aunque no dije nada solo por el placer de hacerle dudar un poco.

Cináed había acercado un taburete y se había sentado detrás de mí. Dejé descansar mi cabeza en el borde de la tina y él soltó mi moño desbaratado y me peinó el cabello lentamente con sus dedos.

Me sumergí entera unos segundos para quitarme el polvo y el barro acumulados en la huida de los últimos días.

Cuando emergí, Cináed comenzó a frotar con un paño mojado mi cuello, mis hombros y mi pecho con delicadeza y parsimonia. Claramente, los nervios iniciales habían dado paso a su seguridad habitual y su roce, aún camuflado por el paño que se interponía entre nosotros, me resultaba tan dulce que sentía mi piel y mi corazón estallar en llamas.

Agua y fuego de nuevo.

Cerré los ojos y dejé caer mi cabeza hacia atrás. Sentí entonces su beso posarse en mis labios y su lengua abrirse camino a través de ellos para rozar la mía en un contacto íntimo, breve y delicioso. Mi pecho se hinchó de deseo y mis senos emergieron levemente del agua tibia para encontrarse con las manos de Cináed, que los acarició con ternura mientras paseaba sus labios por mis mejillas y mi cuello.

Habría podido deshacerme en el agua como una pastilla de jabón del placer tan puro que experimentaba.

¡Le sentí tan mío en aquel momento!

Me di la vuelta en la tina, girándome hacia él, y le besé en la boca. Lamí sus labios como si fueran la punta de un helado de a penique, saboreando su piel y su saliva, y los mordisqueé con cuidado. Cináed gruñó entre divertido y complacido y, tomándome impulsivamente en sus brazos, me sacó de la tina y me llevó de vuelta al lecho, desnuda y chorreando agua como estaba.

El día en que dormimos juntos bajo la copa del Árbol de los Sueños no había podido controlar mis pensamientos ni mis acciones. Me había sentido como un animal irracional, que actúa tan solo por instinto y que no piensa en el ayer ni en el mañana. Aunque no se lo había dicho a él, más tarde me había sentido un poco asqueada de mí misma por perder, de nuevo y tan salvajemente, el control.

Pero aquel día, en aquella alcoba, en la cama medio empapada y con Cináed entre mis brazos era, por primera vez, muy consciente de todo. De lo que sentía, de lo que pensaba y de lo que hacía. Contra toda la tenaz educación que había recibido desde niña, y a pesar del afecto profundo y prohibido que seguía sintiendo por Isla, era mi decisión hacer el amor con aquel hombre.

Mientras sus manos recorrían cada centímetro de mi piel haciéndola arder allá por donde pasaban, le dije que aún era virgen.

— No tenemos por qué pasar de aquí —dijo Cináed con inmensa ternura, fijando en los míos sus ojos, que se veían brillantes en la penumbra de la habitación—. Tan solo el estar contigo y el poder acariciarte es una bendición, Mairi.

Negué con la cabeza y deslicé una mano bajo su camisa, recorriendo su torso con mis dedos hasta alcanzar su vientre, que se contrajo de excitación.

— Te quiero dentro de mí, Cináed —musité en su oído, rozando con mis labios el lóbulo de su oreja.

Mis palabras lo terminaron de encender y sentí inmediatamente cómo su miembro crecía y se endurecía entre mis piernas.

Yo poco o nada sabía de aquellas cosas. Ni de sexo -más allá de los breves y agitados encuentros que había tenido con Isla- ni, mucho menos, de anatomía masculina -aparte de lo que había podido atisbar en mi infancia cuando nos bañábamos en el río Tay todos los niños del pueblo-, pero no me hicieron falta muchos conocimientos para ir, poco a poco, averiguando cómo complacerle y cómo hacer que me complaciese a mí.

A partir de ese instante no hubo más sonrojo ni timidez entre nosotros y recibí, como si siempre hubiera sido mío, todo el placer que fue capaz de darme con sus manos expertas y su dulce boca. Le acogí en mi cuerpo como si este hubiera nacido para ser su casa. Cada milímetro suyo en mi interior era un leve dolor que se transformaba lentamente en deleite, hasta que su carne y la mía me parecieron una sola, palpitante y cálida. Suspiramos y gemimos uno en el cuello del otro, aferrados como aves de presa a nuestra piel en llamas. Y cuando llegó su clímax lo gocé tanto como todos los que él me había regalado minutos antes.

Las sábanas estaban húmedas de agua y sudor, así que las apartamos y nos metimos juntos en la tina. El agua ya no estaba caliente, pero no me importó con tal de reposar mi espalda cansada en su amplio pecho y mi cabeza, que por primera vez en semanas no era un torbellino de preocupaciones, sobre uno de sus hombros.

En medio de la pesadilla y del absurdo de mi vida en Elphame, aquel fue un instante de paz absoluta.

Cerré los ojos y dejé pasar los minutos en silencio, sintiendo solo el agua fresca y su piel

contra la mía, deseando poder vivir para siempre en aquel momento perfecto. Deseando que todo a nuestro alrededor desapareciera y solo quedáramos nosotros dos en aquella alcoba.

Hasta el fin de los tiempos.

Desafortunadamente, el cerebro no descansa durante mucho tiempo e, instantes después, mis desvelos me devolvieron a la realidad: nuestros perseguidores, la marca en mi cuerpo, la Sombra, el destino, mi incipiente amor por Cináed y, más allá del velo de la fantasía, mi familia rota y mi querida Isla.

¿Qué era lo que sentía realmente por ella? ¿Podía, en verdad, estar enamorada de una mujer? ¿Y mi poderoso vínculo con Cináed? ¿Acaso se podía amar así a dos personas al mismo tiempo? ¿Tanto espacio había en mi corazón? ¿O estaba confundiendo amor y deseo? Intenté no refugiarme en la culpa y, tal y como había hecho antes, traté de mirar a la cara a mis pensamientos y emociones con nada más que comprensión y verdad. Tal vez así no se asustarían de mí y, algún día, aunque fuera lejano, ellos y yo podríamos llegar a entendernos. Tendría que tener paciencia.

Si es que salía viva de Elphame.

Sentí entonces la mano de Cináed presionar levemente un punto bajo mi pecho izquierdo.

— La marca está aquí —me reveló él—. Son tres puntos diminutos, muy difíciles de ver si no se están buscando. Pero están ahí.

Tomé aire hasta que no pude más y lo dejé salir muy lentamente de mis pulmones, tratando de no ceder al pánico y de mantenerme entera y cuerda para poder cumplir el único propósito que, desde el principio, habría debido importarme: resolver aquella situación y volver a casa.

Definitivamente, la realidad había vuelto a llamar a nuestra puerta.

Capítulo 18

Hija de la Sombra

Los siguientes días transcurrieron en una rutina con muy pocas variaciones que habría matado por conservar si hubiera sabido lo que venía después.

Cuando las Gallikias constataron –no sin largas disquisiciones aunque, afortunadamente, sin manosearme mucho– que portaba la marca que estaban buscando, me declararon solemnemente Hija de la Sombra, un título por el cual parecían sentir una enorme reverencia. Desde ese momento, las nueve me observaron con un respeto diferente y comenzaron a tomarme mucho más en consideración. ¡Algo bueno tenía que tener ser la descendiente de una terrible criatura ancestral que amenazaba con destruir su mundo!

Lo primero que hicieron fue mostrarnos la profecía original que había anunciado mi llegada hacía mil años. Las guardaban todas en una bóveda en lo más profundo del sistema de cuevas y, dado que no se podían sacar de allí, la única manera de leerlas en persona era descender hasta el lugar. Dos Gallikias con las que nunca había hablado nos acompañaron. Al principio querían que fuera sola con ellas pero, dado que había sido precisamente Cináed el depositario de la profecía siglos atrás, consideraron razonable mi petición de que viniera con nosotras.

El camino hasta la bóveda era largo, sinuoso, angustiosamente estrecho y discurría por las entrañas mismas de las cavernas. Iluminado tan solo por algunas velas aquí y allá, Cináed y yo caminábamos uno detrás del otro, tomados de la mano por miedo a tropezar en aquella inquietante penumbra. El ambiente era húmedo y sofocante, como suele suceder en esta clase de lugares, y agradecí no padecer de claustrofobia como sí le había ocurrido a mi padre.

La Gallikia que caminaba delante de nosotros iba contándonos detalles sobre cómo y por qué custodiaban las profecías desde el albor de los tiempos. Su voz sonaba como si viniera desde el fondo del pozo más profundo del universo.

- Cuando una profecía es revelada a un *sith* o a un humano, una de nosotras la recibe primero, junto con el nombre de aquel a quien va destinada. Cuando esto ocurre, debe bajar hasta las bóvedas y tomar nota de todo en un pergamino que luego sellará con su anillo personal y guardará. Así se ha hecho desde el principio.
- ¿Cuántas profecías guardáis ahí? —pregunté con curiosidad—.
- Cientos de miles. Pero solo unas decenas son importantes. La tuya es una de ellas.

Un buen rato después de haber iniciado la marcha y de haber bajado numerosos escalones, el túnel por el que transitábamos se ensanchó y dio paso a una inmensa bóveda cuyas paredes, suavemente cóncavas, estaban plagadas de oquedades y agujeros de diversos tamaños, como si de un anárquico palomar se tratara. De cada una de aquellas oquedades asomaban pergaminos de

distinta longitud y grosor, pulcramente enrollados y sellados. En el centro de la bóveda había una mesa de piedra con dos lámparas de aceite que iluminaban su superficie pulida para facilitar la lectura y la escritura.

Cináed y yo esperamos junto a la mesa con una de las Gallikias mientras la otra sacaba, con gran ceremonia, uno de los pergaminos de su oquedad. Apreté su mano grande y cálida. Ahora que tenía un propósito claro y que mi mente y mi alma se habían despejado de muchas de sus sombras, me sentía segura de mí misma y capaz de afrontar casi cualquier cosa pero, aun así, no podía evitar sentir cómo los nervios atenazaban mi estómago. Él me devolvió el gesto y me obsequió con una de aquellas miradas impagables que eran una mezcla de paz, confianza y ferviente voluntad de estar a mi lado.

Me creí capaz de volar siempre que él estuviera conmigo.

La Gallikia rompió el sello con un cuchillo dorado diminuto y desenrolló el pergamino en el círculo de luz dorada que proyectaba una de las lámparas. Todos nos inclinamos para verlo. Estaba escrito con una caligrafía extraordinariamente historiada y críptica, tanto que ni Cináed ni yo fuimos capaces de descifrar su contenido.

— “Cuando todo parezca perdido, vendrá la Hija de la Sombra y su nombre será un Mar de Amargura —leyó la Gallikia con voz queda—. Vendrá y hará del Nacido del Fuego su esposo y su aliado. Vendrá y será el Herald que abrirá de nuevo el camino. Solo su sacrificio salvará a Elphame del olvido”.

Para no tener que tocar la cuestión que estaba en la cabeza de todos, pregunté en voz alta:

— ¿Cómo sabíais que tendría una marca con tres puntos formando un triángulo? Nada se menciona sobre ello en este pergamino.

— Las profecías son como un rompecabezas —respondió la Gallikia—. No hay ni una sola que contenga en sí misma toda la información necesaria para interpretarla. Debemos ir componiendo el puzzle con fragmentos de unas y de otras y, aun así, en muchos casos no llegamos a entender de qué hablan exactamente. En tu caso, hay al menos dos profecías más que te nombran. Fue en una de ellas donde descubrimos cómo sería esa marca.

Ninguno de los dos teníamos idea de que hubiera más profecías relacionadas. Se hizo un silencio incómodo y ominoso, que pesó sobre nosotros como una losa inmensa durante unos segundos que se hicieron eternos. Finalmente, fue Cináed quién lo rompió.

— ¿Qué quiere decir exactamente la profecía con “su sacrificio”? —inquirió con cierta brusquedad—.

La Gallikia lo miró fijamente a los ojos, con los suyos propios vacíos de toda expresión o emoción, como si no fueran más que un trampantojo en su rostro.

— No lo sabemos. No se menciona en más profecías.

Me pregunté si una Gallikia podría y querría mentir.

— ¿Podemos ver el resto de las profecías asociadas? —pregunté yo—.

Las Gallikias nos permitieron el acceso tanto al resto de profecías que mencionaban a la Hija de la Sombra como a las salas de archivos donde custodiaban todo el saber feérico y mucho del humano. Nos dieron tranquilidad, tiempo y espacio para leer y examinar cuantos pergaminos y libros quisiéramos y nos pidieron que sacáramos nuestras propias conclusiones antes de compartir las suyas propias con nosotros. Cuando estuviéramos listos, todo se pondría en común y podríamos trazar un plan de acción.

De entre las profecías que “me nombraban” —me resistía a reconocerme a mí misma con aquel título sombrío y estrambótico con el que las Gallikias me llamaban—, había una particularmente

inquietante que rezaba: “De la semilla del rey y de la Hija de la Sombra vendrá quién salvará Elphame de su fin”. ¿Acaso quería decir que Leod se saldría con la suya y acabaría yo dándole un hijo, tal y como me había asegurado en mis primeros días prisionera en Sgàile Dun? ¿O quizás se refería a otro rey? ¿Al rey florero que acompañaba siempre a la Reina de Elphame sin decir palabra? ¿O al campechano Eduardo VII de Reino Unido? No habría sabido decir cuál de todas las opciones me resultaba más desagradable, aunque en realidad emparentar con la casa real de Sajonia-Coburgo no habría estado tan mal.

Tal y como habían asegurado las Gallikias, otra de las profecías informaba de que la Hija de la Sombra “lucirá en su piel un triángulo, un vértice por cada hermano”. ¿Se refería a mis propios hermanos? ¿O a los tres hermanos feéricos originales de los que nos habían hablado las Gallikias a nuestra llegada a las cuevas?

Así, cada día, nuestra rutina comenzaba con la bajada a las bóvedas de las profecías o a las innumerables salas de la Historia, siempre acompañados por alguna de las Gallikias, para repasar, una y otra vez, aquellas enigmáticas palabras pronunciadas hacía mil años e intentar encontrarles un sentido real. Invertíamos allí casi todo el día, por lo que nos bajaban comida y bebida para que no tuviéramos que subir a buscarla, y atendían todos y cada uno de nuestros deseos y necesidades dentro de sus posibilidades.

Las noches –o lo que se podían considerar noches allí- eran, sin embargo, solo nuestras.

Me aprendí de memoria todas las líneas del cuerpo de Cináed, todas las expresiones de su rostro y muchos de los recovecos de su alma. Recorrí todos sus tatuajes y amé cada una de las historias que había tras ellos. Conté con mis labios una y otra vez, sin cansarme nunca, las numerosas cicatrices que surcaban su piel, hijas de batallas ya olvidadas. Entendí todo lo que había vivido en la profundidad de su ardiente mirada azul, en las arrugas de su frente, en la plata que entreveraba su cabello, en las heridas de su corazón y en su risa, que era honda y sincera cuando surgía de su pecho, pero que llevaba siempre en su seno trazas de una tristeza que era ya imposible de desterrar. Había perdido tanto como había vivido. Y había vivido mucho.

Yo le ofrecí todo lo que de mí le podía ofrecer en aquellas circunstancias y me enamoré perdidamente de él, hasta el punto de que el mero tacto de sus manos sobre mi cuerpo, su voz en mi oído o el aroma de su piel me volvían absolutamente loca de placer.

Nuestra oscura alcoba en las entrañas de la tierra era el Paraíso.

Capítulo 19

La profecía secreta

Había algo incluso más interesante en las Cavernas de las Gallikias que su depósito de crípticas profecías: las Salas de la Historia. En ellas se guardaban todo el saber y todos los hechos acontecidos alguna vez en el mundo feérico, y también muchos del mundo humano, sobre todo de la Antigüedad, cuando ambas sociedades aún convivían en relativa armonía.

Las Salas de la Historia eran incontables, enormes, y guardaban testimonios ancestrales no solo en forma de pergaminos sino también de estelas de piedra, tablillas de madera, de metal, de cera, libros de todos los tamaños, grosores y épocas, e incluso antiquísimos papiros y materiales extraños que nunca antes había visto.

Cináed y yo las visitábamos a diario, acompañados por alguna de las Gallikias, para intentar encontrar información que nos ayudara a interpretar las profecías con las que trabajábamos. Entendía pero, al mismo tiempo, me desesperaba, el hecho de que las Gallikias no quisieran compartir sus conclusiones hasta haber extraído nosotros mismos las nuestras. Supongo que pensaban que veintidós ojos siempre ven más que dieciocho, aunque cuatro de ellos sean solo humanos y dos, en concreto, estuvieran bastante perturbados.

Sin embargo, yo tenía mucha prisa por salvar mi vida y la de Cináed y regresar a la realidad. Con él. Ya lo tenía decidido. Si así él lo deseaba –y no veía por qué no iba a hacerlo-, Cináed regresaría conmigo al mundo mortal cuando mi tiempo en Elphame llegase a su fin. Yo repararía todo lo que había roto en mi familia, haría que mis hermanos fueran felices otra vez, renunciaría a mis sentimientos por Isla y volvería a tratarla tan solo como a mi cuñada, publicaría mi saga de novelas, me casaría con Cináed y tendríamos juntos dos hijos increíbles y una perrita parecida a mi añorada Maise.

Era un buen plan, y esperaba con toda la fuerza de mi corazón que a Cináed también se lo pareciera, porque ni tan siquiera podía considerar la idea de regresar sola a Dunkeld. De no volver a verle nunca más.

Además, era el destino, ¿verdad? La profecía aseguraba que yo sería su esposa. Y él llevaba mil años aguardándome. Ningún hombre en la historia había tenido que esperar tanto por una mujer para, al final, decirle que no quería estar con ella para siempre.

Solo podía salir bien.

Y, sin embargo, salió terriblemente mal.

Todo se torció -aún más- la mañana en la que las Gallikias nos convocaron apresuradamente a la

gran sala donde nos habían recibido el primer día. Cuando Cináed y yo entramos, con el último sueño aún posándose sobre nuestras pestañas, las nueve damas nos aguardaban más inquietas de lo que las habíamos visto nunca.

Como de costumbre, no se anduvieron con rodeos.

— Los hombres de Nicneven, la llamada Reina de Elphame, están aquí. Acampan en la entrada de las Cavernas y no se irán sin vosotros.

Habían tardado, pero al final nos habían encontrado. No podía ser de otra manera. Que el resultado de la persecución fuera otro había sido solo una endeble fantasía que no habitaba más que en mi ingenua cabeza.

— ¿Cuánto tiempo tenemos? —les pregunté con más firmeza de la que esperaba encontrar en mi voz—.

— Hasta mañana. No podremos retenerles más. Si no os marcháis entonces con ellos, entrarán a las Cavernas y pondrán en riesgo todo lo que aquí se custodia. No podemos permitir tal cosa.

— No estamos listos —afirmó Cináed, desafiante—.

— Tendréis que estarlo. Dentro de unas horas nos volveremos a reunir aquí y pondremos en común nuestras ideas. Y mañana tendréis que partir.

¿Hubo un leve sesgo de pesar en la última frase de la Gallikia o quizás solo me lo pareció a mí porque deseaba que hubiera algo de humano, de cálido, en ellas? Aún hoy, después de tanto tiempo, quiero pensar que lamentaron verdaderamente el tener que entregarnos a nuestros enemigos.

Con el alma llena de pesar por nuestro incierto futuro, Cináed y yo nos dirigimos por última vez a las Salas de la Historia, esta vez acompañados por la Gallikia que solía llevar siempre la voz cantante. Aunque ni ella ni ninguna de las demás nos habían dicho sus nombres -si es que los tenían-, para mis adentros yo la llamaba señorita Illingworth porque me recordaba a la maestra, rígida y fría, pero justa y honesta, que había tenido de niña en la escuela femenina de la duquesa Ana, en Dunkeld.

La señorita Illingworth en su versión preternatural nos condujo en esta ocasión a una sala donde no habíamos estado nunca, mucho más pequeña que las demás y con una pila ovalada en el centro. Las paredes estaban, como siempre, repletas de oquedades donde reposaban los testimonios de la historia del mundo pero aquí había muchos menos objetos y todos parecían estar dañados de algún modo: quemados por el fuego, partidos en pedazos o con sus inscripciones parcialmente borradas.

Los restos de los restos del pasado.

— Habríamos querido esperar antes de mostraros esto —dijo la dama, sacando un ajado tomo de una de las oquedades—. Pero ya no hay tiempo. Acercaos.

Cináed y yo flanqueamos a la Gallikia y observamos cómo pasaba con extremo cuidado las gruesas páginas del libro, que parecían confeccionadas con algún tipo de piel de animal y que estaban cubiertas de una escritura negra, fina y tan apretada como las patas de millones de hormigas en formación. No pude reconocer el idioma en que estaban escritas aquellas palabras, e incluso el alfabeto, similar a las runas escandinavas, me resultaba completamente extraño. No pude contener mi curiosidad y le pregunté a la Gallikia por él.

— Es el alfabeto del Árbol Celta —contestó—. Es humano, pero es muy antiguo. Mucho más antiguo que Cináed. Este es el único libro escrito con él y contiene una información que puede seros de gran utilidad.

Finalmente, la dama llegó a la página que buscaba y leyó para nosotros en voz alta las siguientes y enigmáticas palabras: “Las Hijas de la Sombra la guardarán. Las Hijas de la Sombra la traerán y la entregarán para que reine sobre los *sith* en Elphame. Así pues, abridles la Puerta del Traidor y dejadlas entrar con su preciada carga”.

— ¿Qué es? —pregunté, desconcertada—. ¿Es otra profecía?

— No lo sabemos —repuso ella—. De serlo, estaría también registrada en nuestros pergaminos con nuestros sellos, como las demás. Desconocemos qué es o su procedencia. Solo sabemos que precede a las tres profecías que ya conocéis en varios siglos.

Lo más extraño era que el antiguo texto mencionaba a las Hijas de la Sombra en plural, pero las profecías más modernas las reducían a una. Tampoco quedaba en absoluto claro qué era lo que estas traerían y entregarían, aunque parecía referirse a una persona que debía reinar sobre Elphame.

La señorita Illingworth cerró con cuidado el tomo y lo devolvió a su lugar, dando por terminado el intercambio de información. Con un gesto taciturno de su mano, nos invitó a seguirla fuera del lugar.

Justo antes de abandonar la sala, observé de nuevo la pequeña pila de piedra que había en el centro. No tenía decoración alguna que la hiciera especial y no parecía contener nada más que un agua turbia y oscura, pero atraía poderosamente mi atención.

— ¿Qué es? —pregunté a la Gallikia señalando la pila—. ¿Para qué sirve? ¿Es para lavarse?

— Es un Espejo del Más Allá. Uno de los pocos que quedan en Elphame, y quizás el único que aún funciona.

— ¿Qué es lo que hace? ¿Qué refleja?

— Refleja a los que ya no están. A los que murieron y ahora habitan en un plano que ni siquiera nosotras conocemos. Son visiones que pueden resultar muy turbadoras —añadió, adivinando mis intenciones—. Es mejor dejar a los muertos descansar.

Agaché la cabeza y salí de la sala tras Cináed y la Gallikia para no complicar más las cosas, pero la mera posibilidad de poder volver a ver a mis padres aunque solo fuera por un segundo se asentó en mi cabeza como un clavo en madera nueva.

Después de comer y beber frugalmente y, en realidad, con muy pocas ganas, en nuestra alcoba, Cináed y yo volvimos a las Salas de la Historia para aprovechar las últimas horas que nos quedaban antes de la reunión con el pleno de Gallikias. Leíamos en silencio, poseídos por un humor sombrío y tormentoso que hacía que termináramos discutiendo por cualquier tontería. Parecíamos enfadados el uno con el otro, cuando lo único que ocurría era que teníamos un miedo atroz a no volver a vernos después de aquel día. A perdernos para siempre. Cada hora, cada minuto y hasta cada segundo que pasaba caían sobre nosotros como la severa hoja de una guillotina.

Nunca en mi vida sentí el tiempo pasar tan rápido como durante aquella jornada en las Cavernas de las Gallikias.

A la hora acostumbrada, una de ellas nos trajo más bebidas y alimentos que ninguno de los dos fuimos capaces de tocar. Sentía el estómago revuelto y una terrible opresión en el pecho, y las manos me temblaban cada vez que pasaba las páginas de un libro. Cináed estaba más taciturno que nunca. Hasta el eterno fuego de sus ojos parecía haberse ensombrecido, ahogado por la angustia de lo que nos aguardaba al día siguiente.

Incapaz de concentrarme en lo que leía, mi mente comenzó a divagar y a obsecarse en pensamientos tan absurdos como: ¿dónde conseguían las Gallikias sus elaboradas túnicas? ¿Y los

muebles? ¿Y la comida? ¿Se la traía alguien? ¿La creaban ellas mismas mágicamente, al igual que sus ropas y el mobiliario de las Cavernas? Y, por encima de todo, ¿por qué, malditas fueran, por qué no habían vuelto a mover la balsa la noche en que nos la enviaron a los acantilados?

Estuve tentada, incluso, de dejarme auto convencer de nuevo, como en mis primeros días en Elphame, por la seductora idea de que, en verdad, estaba más loca que un cencerro y todo aquello era, al fin y al cabo, una alucinación. Una muy larga y muy realista.

Cuando nos cansamos de pasar páginas sin realmente leer ni, por supuesto, entender nada, Cináed y yo tomamos un bocado de la comida que nos habían dejado y nos abrazamos largo rato, dejándonos caer lánguidamente en el sopor entre todos aquellos volúmenes polvorientos que nos rodeaban como un ejército hostil.

Volví a soñar que me veía a mí misma a través de los ojos de Cináed, como en aquella ocasión, que ahora parecía tan lejana, en la cueva, junto al séquito de la Reina de Elphame. Era una sensación extraña y, al mismo tiempo, extraordinariamente acogedora, como si realmente fuéramos el uno la casa del otro. Sentí que el pecho me explotaba de amor y no supe si era lo que él sentía o lo que sentía yo. Pero no me importó.

Cuando abrí los ojos, le vi mirándome con ternura y nostalgia y supliqué a todos los dioses de la historia por poder congelar también aquel momento.

— No importa lo que ocurra mañana, Mairi —me dijo Cináed en un cálido susurro—. Te quiero pase lo que pase, hagas lo que hagas y estés donde estés. Ahora entiendo que te he querido siempre, incluso antes de conocerte, por extraño que pueda parecer. Por eso me quedé aquí. Por eso te esperé. No sé si yo soy tu destino, pero tú sí eres el mío.

Sonó tanto a despedida que no pude evitar romper a llorar en silencio mientras le abrazaba y sentía sus propias lágrimas mojar mi rostro.

— Nos iremos juntos de aquí—le dije, clavando mi mirada llorosa en la suya—. No aceptaré que sea de ninguna otra manera.

Cináed no contestó y se limitó a estrecharme de nuevo entre sus brazos como si quisiera fundirme en su ancho pecho, tan fuerte que dolía y me cortaba la respiración.

Pero quién necesita el aire cuando está así de enamorado.

Capítulo 20

El Espejo del Más Allá

Cuando Cináed y yo entramos en la gran sala de audiencias de las Gallikias, donde nos habían recibido el primer día, las nueve Damas ya estaban todas allí, sentadas en sus tronos de piedra. Pálidas, hieráticas e inmortales. No del todo inmunes a los asuntos de humanos y de hadas, pero sí completamente por encima de sus miserias y conflictos.

Esta vez habían preparado dos asientos y una mesa con bebidas en el centro, lo cual nos dio idea de la consideración que debían sentir por nosotros a esas alturas.

En cuanto nos sentamos, la señorita Illingworth se levantó y empezó a hablar con su voz de diosa olímpica.

— Aunque no hemos dispuesto de todo el tiempo necesario, habéis tenido la oportunidad de examinar las profecías y las Salas de la Historia, algo normalmente vedado tanto a humanos como a *siths*. Ahora ha llegado el momento de que conozcamos vuestras conclusiones para así compartir también las nuestras y cambiar, quizás, el curso de los acontecimientos actuales en Elphame, si así lo quiere el Destino —concluyó, volviendo a tomar asiento e invitándome a hablar a continuación—.

En verdad no sabía por dónde empezar, así que decidí establecer los puntos más básicos del asunto.

— Sabemos que hay tres profecías y un extraño texto que mencionan la llegada de la Hija de la Sombra, aunque este último afirma que serán varias y traerán a Elphame a otra persona —comencé débilmente, lamentando no haber apenas comido en todo el día—. Hasta donde Cináed y yo hemos podido determinar, por mi nombre, por mi marca y, sobre todo, por mi presencia aquí, yo sería aquella de la que hablan esas tres profecías y, tal vez, una de las Hijas que menciona el texto más antiguo.

Las Gallikias me contemplaban sin expresión alguna en sus rostros de alabastro. Imaginé que la obviedad de mi discurso las estaba aburriendo, así que proseguí con algunas de nuestras débiles conclusiones.

— De ser yo el Herald que menciona la primera de las profecías, eso podría significar que la circulación entre el mundo mortal y Elphame se ha restablecido, al menos en alguno de sus sentidos, pero no hemos tenido manera de comprobarlo.

Conclusión bastante inútil, por tanto. Pero solo podía proseguir.

— También se menciona al Nacido del Fuego —señalé a Cináed—. Dado que él recibió esa primera profecía es lógico pensar que se refiere a Cináed.

De lo contrario, menuda faena haber esperado mil años entre criaturas tan insoportables como

las hadas, pensé.

- Hay dos puntos clave en las profecías que son los que más nos interesan y nos intrigan —continué—. El descendiente de la Hija de la Sombra y de un supuesto rey, y el tema del sacrificio.

Las Gallikias mostraron al fin algún interés en mis palabras, aunque solo fuera evidente en el cambio de su postura y en su mirada fría y fija. La señorita Illingworth asintió, animándome a proseguir.

Tratar el tema del sacrificio me ponía los pelos de punta, así que decidí comenzar por el misterioso rey y su semilla.

- Los únicos reyes que conocemos en Elphame son Leod Nucklavee que, de hecho, me manifestó su intención de desposarme para tener conmigo un heredero, y el esposo de la Reina, del cual, sinceramente, no sé ni tan siquiera su nombre. No sé realmente en qué ayudaría a Elphame que yo tuviera descendencia con ninguno de ellos, puesto que el primero vive tan solo para su enfrentamiento con su hermana y el segundo ya está casado, precisamente, con ella. ¿Quizás hay algún otro rey en Elphame del que nada sé?

- Hay muchos reyes—repuso una de las Gallikias—. Aquí y en tu mundo.

- Sí, claro. Pero supongo que no podemos considerarlos a todos.

De nuevo, el silencio.

- Creía que esta reunión sería un intercambio de información y pareceres, no que solo le hablaría yo a una pared —musité, frustrada—.

Cináed me miró y me cogió la mano.

Sí, estaba empezando a irritarme. Solo el hecho de pensar que al otro lado de la entrada de la caverna nos esperaba la separación y, posiblemente, el más cruel de los destinos, me ponía físicamente enferma. ¿Cómo tener paciencia en una circunstancia así, cuando aquellas sacerdotisas subterráneas no se jugaban nada, mientras que nosotros arriesgábamos la vida entera?

- Está bien, sigamos —suspiré, intentando respirar profundo—. Dado que ni Cináed ni yo aceptamos que el término “sacrificio” se refiera al sacrificio real de mi vida ni de la de nadie más, nuestra teoría es que yo debo renunciar a algo o a alguien para ayudar a Elphame. Podría ser ese vástago del que habla la segunda profecía, el que concebiría con un rey. O no —concluí sombríamente, volviendo a tomar asiento y dando por terminada mi inútil intervención—.

Tras otro silencio que se me hizo eterno, la señorita Illingworth pálida se levantó de su trono y habló.

- Os hemos escuchado tal y como prometimos. Aunque desearíamos tener la respuesta a todos estos enigmas, no la tenemos. Pensamos que tú eres la Hija de la Sombra o, al menos, una de ellas. Y creemos que o tú u otra de ellas debe concebir una descendencia que gobernará Elphame, por fin, con justicia. Pero la semilla no puede venir en ningún caso de Leod, Nicneven o su esposo, o no habría diferencia alguna. El rey es otro. Tal vez está más cerca de lo que todos sospechamos. Seguiremos buscándolo.

- ¿Qué queréis decir con que seguiréis buscándolo? —repuse, desesperada—. Lo más probable es que la Reina acabe con mi vida en los próximos días. ¡Vosotras mismas me estáis poniendo en sus manos sin ningún pudor! ¿Y todavía creéis que hay tiempo para seguir leyendo libros que llevan podridos más de mil años?

- El tiempo es relativo, Mairi.

— Jamás había oído tal cosa.

— Y, sin embargo, así es —concluyó la Gallikia, volviendo a tomar asiento como si el mundo entero no se estuviera acabando—.

Cináed y yo nos abrazamos, consumidos por la pena y el desencanto. ¡Aquella conversación no había servido de nada! No habíamos aprendido nada nuevo, ni aquellas criaturas estaban dispuestas a ayudarnos en lo más mínimo a sobrevivir un día más en aquel mundo enloquecido.

Las últimas palabras de la señorita Illingworth terminaron de cavar la tumba de mi indignación y tuve que ahogar en mi garganta un grito de rabia.

— Seguiréis viviendo si es vuestro Destino.

Tras la tensa audiencia, las Gallikias nos dejaron retirarnos un rato a nuestra alcoba antes de ponernos en manos de nuestros enemigos.

Nada más cerrar la puerta tras nosotros, me arrojé en brazos de Cináed, besando sus labios con desesperación, mordiendo su piel, arrancándole la ropa, mesando sus cabellos e intentando fundirme físicamente con él. Como si clavándolo hasta lo más profundo de mi ser pudiera sacarnos a los dos de aquel lugar al mismo tiempo.

Hicimos el amor con una enorme carga de angustia que hizo que acabase llorosa y conmovida al final de nuestro encuentro.

Cináed, exhausto física y emocionalmente, se durmió inmediatamente junto a mí en el lecho, pero mi alma no era capaz de encontrar sosiego. Cuando sentí que su respiración se hacía más profunda y acompasada, me levanté, me vestí y decidí, ya que todo estaba perdido, cometer una imprudencia terrible.

Esquivando Gallikias como si estuviera jugando al escondite con mis hermanos en la casa familiar cuando éramos niños, me deslicé, ayudada por las sombras, hasta la pequeña sala donde habíamos estado ese mismo día debatiendo profecías secretas con la versión ancestral de la señorita Illingworth.

Sin dudarlo ni un instante, me acerqué al Espejo del Más Allá, y miré dentro.

Al principio no vi más que un agua turbia y oscura. Fue al tocarla con la punta de uno de mis dedos y crear así unas pequeñas ondas cuando una imagen comenzó a perfilarse en la misteriosa superficie.

Los reconocí al instante: eran mis padres.

Caminaban tomados del brazo en un paisaje difuso que podría haber sido cualquier parte, y parecían estar diciéndose algo el uno al otro. Estaban tal y como mi memoria infantil los recordaba, tan jóvenes y hermosos como dos ángeles del cielo. Junto a ellos retozaba una encantadora *collie* llena de energía: mi añorada perrita Maise.

Estuve contemplándolos largo rato, con el corazón henchido de amor y los ojos llenos de unas lágrimas que me resbalaban por las mejillas como riachuelos en primavera.

En el Espejo, mis padres se giraron para recibir a alguien que entraba en la escena.

Cuando reconocí a esa persona, lo poco que quedaba en pie dentro mí se vino abajo y me quedé petrificada por el horror de lo que estaba contemplando: el que abrazaba tiernamente a mis padres en el Espejo era mi hermano Alistair.

Ahogando un grito que pugnaba por salir de mi garganta para atronar por todo Elphame, me aparté de la pila de piedra y, trastabillando por cada pasillo, corrí desordenadamente hasta mi alcoba y me lancé sobre Cináed farfullando histéricamente lo que para él debieron ser

incoherencias.

A pesar de que a aquellas alturas no debían quedarme más lágrimas, lloré a mares sobre su hombro mientras repetía una y otra vez:

— ¡Tenemos que volver! ¡Mi hermano ha muerto por mi culpa! ¡Tenemos que volver ahora mismo!

Cináed me consoló y reconfortó como mejor pudo, abrumado por mi revelación, pero entendiendo enseguida lo que había hecho y cómo había obtenido la información.

Mi pena no encontraba consuelo, ni mi culpa alivio. Si había conseguido contener ambas en los últimos días, allí, en aquel mundo de fantasía, entre aquellos brazos que también estaban destinados a serme arrebatados, ahora el poco autocontrol desarrollado había saltado por los aires como un polvorín bajo bombardeo enemigo.

Cuando las Gallikias vinieron a avisarnos de que debíamos partir, Cináed estaba más sombrío que nunca y yo era apenas un guiñapo miserable y sollozante, con los cabellos revueltos, las ropas descompuestas y la mirada perdida.

No recuerdo casi nada de nuestra partida de la Cueva de las Gallikias. Tan solo el estúpido hecho de que, cuando me despedí de la señorita Illingworth en la gran sala de audiencias donde hacía una semana nos habían recibido, le pregunté indignada:

— ¿Por qué demonios no volvisteis a mover la balsa aquel día?

La Gallikia me miró, confusa por primera vez en muchos siglos, y luego reconoció en voz muy baja:

— Se nos olvidó.

Si no hubiera adquirido una rígida educación y buenos modales en la Escuela de la duquesa Ana, la habría abofeteado y me habría quedado la mar de a gusto.

Capítulo 21

El juicio de los idiotas

El viaje hasta el castillo Ewen duró cuatro largas y agotadoras jornadas. Por supuesto, cuando Cináed y yo salimos a la entrada de las Cavernas, muertos de miedo y tomados fuertemente de la mano, la Reina en persona –o en hada, más bien- no estaba allí sino que había enviado a dos docenas de sus mejores hombres armados hasta los dientes y montados en corceles blancos de guerra. El tipo con el que yo había cabalgado en mi primer día en Elphame no estaba entre ellos. Seguramente la Reina no había querido correr ni el más mínimo riesgo de compasión o empatía hacia nosotros.

Tras separarnos traumáticamente y cargarnos de ataduras, nos subieron con brusquedad a monturas distintas y nos asignaron a cada uno un compañero de viaje y dos vigilantes que no se separaban de nosotros ni un segundo.

Después de cuatro jornadas bajo el sempiterno cielo crepuscular de Elphame, llegamos de nuevo a las puertas del castillo Ewen, que se recortaba de forma ominosa contra el paisaje costero. Nada había cambiado, por supuesto, en su apariencia ruinosa, pero mi ánimo era bien diferente a aquel que había tenido durante mi primera visita al lugar: confusa, descreída y cínica entonces, consciente, rota y más culpable que nunca, ahora.

Bajamos a trompicones una serie de escaleras de caracol que se me hicieron eternas. Una vez en las entrañas de la tierra, me arrojaron a una celda estrecha y mohosa, cerraron la puerta a cal y canto y me dejaron rumiar mis penas en soledad. Escuché cómo hacían lo propio con Cináed en otra habitación lejana. Supuse que nos hallábamos en las antiguas mazmorras del castillo. Al principio grité enloquecida, llamándole, esperanzada en que pudiéramos comunicarnos de alguna manera pero, al no recibir respuesta, tuve que aceptar que no podía oírme.

Mi cabeza daba vueltas, saltando furiosamente de un pensamiento aleatorio a otro. ¿Cómo había muerto mi hermano? ¿Era culpa mía? ¿Qué había sido de Isla y Elsie? ¿Cómo se le podía olvidar algo tan básico como volver a mover una estúpida balsa mágica a un ser preternatural y casi omnisciente como la Gallikia? ¿Estaría bien Cináed en su celda o le habrían hecho daño? ¿Mis padres muertos nos habrían visto hacer el amor desde el Otro Mundo? ¿Peor aún, nos habrían visto a Isla y a mí? Si yo moría pronto, ¿me recibirían tan bien como a Alistair en el Más Allá o me despreciarían por mala hermana, peor hija y por haber ignorado todas las normas morales que trataron de inculcarme en lo que a no tener relaciones sexuales fuera del matrimonio se refería? ¿Cómo podía volver a mi mundo de una pieza para averiguar lo que había ocurrido y ayudar al resto de mi familia? ¿Volvería a ver a Cináed algún día...?

Las horas se arrastraban como babosas moribundas entre los muros cubiertos de verdina y humedad. Solo se oía caer, de vez en cuando, alguna gota de agua sobre el suelo irregular de piedra. La única luz provenía de las antorchas encendidas en el pasillo, al otro lado de la puerta, cuyo resplandor dorado se filtraba por los resquicios de la madera revelando lo deprimente y solitario que era el lugar donde me hallaba. En verdad, mi estancia en Elphame podría haberse resumido fácilmente en una sucesión de encierros en prisiones de diversa comodidad y categoría, con huidas a ninguna parte entre medio.

Mis ropas estaban en un estado lamentable. Aún recordaba el día en que había adquirido el conjunto de jersey y pantalones para montar en bicicleta en una tienda de Perth. Mi padre había torcido un poco el gesto al vérmelo puesto, pero mi madre me había animado a llevarlo sin temor ni vergüenza. Yo era la primera mujer en vestir algo así en mi pueblo y, por supuesto, mis vecinos no ahorraron miradas y comentarios el primer día en que me vieron bajar por la cuesta de mi casa hacia la Cruz, montada en mi bicicleta y estrenando mis maravillosos pantalones. Una semana después ya nadie me miraba y, un mes más tarde, Mairi, la chica de los Ferguson, su bicicleta y sus pantalones se habían convertido en un elemento más del paisaje de Dunkeld.

Así funciona el mundo. Pero siempre tiene que haber alguien que dé el primer paso y se exponga a las críticas.

Ahora mis pantalones estaban rasgados por decenas de sitios y tan llenos de barro que era imposible adivinar su color original. Mi jersey tenía grandes rotos en el cuello y en uno de los codos, y presentaba un estado similar de suciedad. En cuanto a las botas altas, habían resistido mejor su paso por Elphame, pero las suelas ya no durarían mucho.

“Tampoco yo duraré mucho más”, pensé.

En ese instante mi cabeza sucumbió a la imagen de Alistair muerto, velado y enterrado, con Isla y Elsie llorando ante una tumba familiar cada vez más llena. Mi espíritu sufrió tan salvajemente que mi misericordiosa conciencia se apagó.

Volví a encenderme cuando unos guardias entraron en mi celda, me levantaron muy en contra de mi voluntad y me llevaron a rastras por pasillos, corredores y escaleras, hasta una estancia que conocía bien: la sala donde había sido presentada ante la corte y donde había asistido al banquete en mi supuesto honor.

Mis ojos solo eran capaces de buscar a Cináed, desesperada como estaba por saber cuál había sido su destino en el castillo Ewen. En mi repaso por la enorme habitación, pude ver que la corte, estrafalaria y absurda como siempre, estaba de nuevo reunida igual que aquel día, con sus ropas anacrónicas, sus plumas, sus tocados, sus provocativas desnudeces, que me desagradaban ahora más que nunca, y sus rostros expectantes vueltos hacia mí.

En la tarima de madera estaba ella, la Reina, la mala de mi cuento de hadas particular, más bella y altiva que nunca, ataviada con un vestido rojo sangre que no presagiaba nada bueno y con su silencioso esposo decorativo a un lado.

Justo enfrente de la tarima estaba él, mi adorado amante, el héroe de mi historia, el hombre que había luchado mil batallas en mi mundo y mil más en Elphame, un alma que lo había perdido todo, salvo la vida, por la esperanza de un amor que tal vez nunca fuera o que, quizás, como era el caso, durase apenas poco más que un suspiro. Estaba exhausto y demacrado, con huellas de haber sido maltratado por sus captores y me observaba con la desolación pintada en su rostro. ¡Cómo les odié por golpear aquella piel y por apagar el fuego azul de sus ojos! Ojalá hubiera podido en verdad controlar a la Sombra para arrasarlo como un incendio imparable a todas

aquellas miserables criaturas y salvarnos a ambos.

Y que ardiese Elphame si así debía ser.

Mientras me aproximaba a la tarima junto a mis custodios, que me empujaban sin piedad hacia adelante haciéndome tropezar, descubrí a Sorchá y a Gavina un poco detrás de Cináed. Ambas estaban maniatadas y cabizbajas. Los hombros de Sorchá se movían rítmicamente al compás de sus sollozos. Gavina alzó la vista hacia mí cuando me vio acercarme, con los ojos llenos de derrota, tristeza y ternura.

Volver a contemplar a mi Gavina Grillo en aquellas circunstancias me terminó de romper el corazón.

¡Qué mal iban a acabar, de nuevo, todas las personas a las que había amado en mi desastroso paso por Elphame! Me sentía como un río desbordado, como una erupción volcánica, como un seísmo, como un tornado destructor. Mi persona era una catástrofe cuyos daños apuntaban siempre a todo aquel que se atrevía a quererme.

Aunque al principio fui incapaz de darme cuenta, en la sala se estaba celebrando un juicio contra Gavina, Cináed, Sorchá y yo. Se nos acusaba de alta traición en tiempos de guerra y de desobediencia a “nuestra” Reina.

Por mucho que lo hubiera intentado, no habría podido imaginar un juicio más estúpido y ridículo que aquel. Tres criaturas feéricas ataviadas con túnicas negras y enormes y pomposos tocados se dedicaban a relatar, aprovechando para llenar de loas los oídos de sus monarcas, todas nuestras supuestas fechorías más algunas otras que se iban inventando sobre la marcha. Me recordó a la fiesta del té del Sombrerero y la Liebre de Marzo en *Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*. Ellos también escapaban de una reina cruel y demente.

Recordé la anécdota que mi padre me había contado acerca de los sombrereros mientras me leía *Las Aventuras de Alicia* en una tarde nevada de finales de febrero a mis maravillosos once años, cuando el mundo era aún un lugar amable. Al otro lado de la ventana escarchada, los copos caían suavemente sobre las ramas desnudas de los manzanos del patio. La chimenea crepitaba alegremente. Y yo miraba a mi padre con los ojos muy abiertos, fascinada por cada palabra que salía de su boca. Me había dicho que, cuando él era pequeño, los sombrereros a veces se volvían locos a causa del mercurio que utilizaban en la felpa de sus productos. Supuso que Lewis Carroll se habría inspirado en ese hecho para crear a su personaje del Sombrerero, que desde luego no estaba muy bien de la azotea, al igual que la Liebre de Marzo y que la mayoría de personajes del libro.

— ¡Y así, aprovechando el descanso de la comitiva, la acusada, Mairi Ferguson, escapó del cuidado de nuestra inteligente y hermosa Reina, cuya vida Elphame proteja por muchos siglos, para entregarse al enemigo! —proclamó uno de los dementes letrados—. ¡No contenta con ello, convenció al resto de acusados para reunirse con ella y recorrer el Reino causando destrozos, arruinando vidas y molestando a las mismísimas Gallikias, las Sacerdotisas de la Historia veneradas por todos!

La concurrencia asentía de vez en cuando haciendo aspavientos, soltando interjecciones y poniendo caras de asombro y de horror ante el relato falseado de los hechos. Me pregunté si tendríamos la oportunidad de defendernos o si el absurdo de todo aquel proceso conduciría directamente a nuestra condena. Presentía que para mí aguardaba la oscuridad eterna de la Sombra, pero mi corazón no cesaba de suplicar por un destino más halagüeño para mis amigos.

Cuando los letrados de pega terminaron sus burdas alegaciones, la Reina se puso en pie y se dirigió a su corte con ademán majestuoso y gran seriedad, como si todo lo que estaba sucediendo

allí tuviera, en verdad, algún sentido.

— Hemos escuchado las palabras de la acusación. Muchos de vosotros habéis sido testigos de sus crímenes y de su deslealtad, pero no es más que justo conceder a Mairi, Cináed, Gavina y Sorch a el turno de palabra y la oportunidad de defenderse.

Uno de los guardias empujó a Sorch a hacia el frente, pero la joven feérica, descompuesta por el pavor y los sollozos, no pudo pronunciar ni una palabra y se la llevaron de vuelta a su sitio.

A continuación invitaron a Gavina a adelantarse. Nadie se atrevió a tocarla ni a ejercer violencia alguna sobre ella, tales eran la reputación y el aura de respetabilidad y sabiduría que conservaba. Solo sus manos atadas delante de ella indicaban que era una prisionera y no una autoridad.

— Debería daros vergüenza —comenzó, sin rodeos, y con la voz firme y mesurada—. Tenéis en vuestras manos el poder de salvar a Elphame de su destrucción, pero preferís mofaros de todo y seguir los juegos internos de poder como si eso tuviera realmente importancia. Cuando el Reino no sea más que un recuerdo en la mente de unos pocos privilegiados que consigan sobrevivir y un cuento para niños en la de los humanos, ya no tendréis más oportunidad que la de la inexistencia. Os disolveréis en la nada al igual que estas piedras, que estos valles y que todo lo que habéis conocido desde siempre. Vuestras diversiones, vuestros banquetes, vuestras orgías, vuestras ropas y vuestros tocados, que tanto os apasionan, no serán ni cenizas. Elphame desaparecerá y vosotros con él. Ya está desapareciendo.

La corte escuchaba en un silencio reverencial, pero la Reina se mostraba incómoda y temía que ordenase que interrumpieran a Gavina de un momento a otro. No obstante, esta continuó:

— Mairi no ha venido aquí a traicionar a nadie. Ni siquiera quería venir y, una vez aquí, os aseguro que no quería quedarse. Pero una vez que se hizo evidente que volver al mundo mortal antes de siete años era algo imposible, se concentró en las dos únicas cosas relevantes que podía hacer: sobrevivir a vuestras intrigas y tratar de ayudaros. Ha estado intentando averiguar cómo cumplir con la profecía que vaticinaba su llegada y la salvación de Elphame. Eso es lo que fue a hacer a las Cavernas de las Gallikias, a donde, por cierto, fue invitada por ellas mismas. Si la conozco bien, me consta que ha venido con respuestas que más os valdría conocer.

Los murmullos iban subiendo de volumen entre los cortesanos al hilo de las revelaciones de Gavina, y algunos comenzaban a lanzar miradas a la Reina, exigiendo alguna aclaración. Esta, finalmente, hizo un gesto cortante con la mano indicando que el tiempo de palabra de la acusada había terminado.

Gavina se retiró pausadamente a su lugar, mascullando lo suficientemente alto como para que algunos la oyeran:

— No os comportéis como una panda de estúpidos, si es que tal cosa es posible.

Cináed fue el siguiente en ser poco amablemente invitado a hablar. Nuestras miradas se cruzaron mientras se adelantaba para que todos le oyeran y nos dijimos en silencio miles de cosas el uno al otro en un segundo que habría querido que fuese eterno. Su voz sonó rasposa y cansada cuando se dirigió a la corte.

— Poco tengo que deciros. Todos me conocéis de sobra. Sabéis lo que he dado por Elphame y dónde quedan mis lealtades desde hace mil años. No me arrepiento de haberme quedado en el Reino aun cuando tuve la oportunidad de regresar a mi mundo. Cien veces que naciera, cien veces que volvería a hacerlo. Si todo eso no sirve para abriros los ojos y salvarme a mí

y a mis compañeras, nada más lo hará. En cualquier caso, sabed que vuestro destino va enlazado al nuestro y que sea cual sea nuestro fin, tendrá consecuencias.

Cináed dio un paso atrás y, a continuación, los guardias me obligaron a adelantarme ante la concurrencia para ejercer, si lo deseaba, mi derecho a defenderme. No supe qué decir. Por un lado, no sentía que hubiera traicionado a nadie más que, a veces, a mí misma. No debía lealtad alguna ni a la Reina, ni a su hermano Leod, ni a ninguna de las dos cortes. Si era fiel a alguien era, desde luego a Cináed, Gavina y Sorch, que tanto me habían ayudado. Por otro lado, despreciaba a aquellas criaturas y tanto su destino final como el de Elphame no me importaban ni lo más mínimo, sobre todo ahora que estaba aún más desesperada que antes por volver a mi hogar tras saber de la muerte de mi hermano. ¿Cómo defenderme en aquellas circunstancias?

— Malditos seáis todos si tocáis aunque sea un pelo de la cabeza a mis amigos —terminé diciendo sin siquiera pensar en lo que hacía—. Lo han dado todo por salvar este lugar horrible, yermo y podrido hasta la médula y aún seréis capaces de condenarles por ello. ¡Haríais mejor en deshaceros de los gobernantes que han puesto Elphame en esta situación y en tomar el control de vuestro propio destino!

En cuanto pronuncié estas palabras, la Reina gritó, fuera de sí y, llena de rabia, ordenó a los guardias que me arrastrasen a un lado de la tarima y que me silenciaron. Uno de ellos me tapó la boca con su mano enguatada, mientras que el otro me sujetó los hombros tan firmemente que creí que me iba a romper.

Los cortesanos estaban extraordinariamente agitados, no supe determinar si a causa de nuestros parlamentos de defensa o por la excitación de decidir qué hacer con nosotros. Sus murmullos iniciales habían ido subiendo de tono y ahora toda la sala de banquetes era un pandemónium de palabras, bufidos, gritos, suspiros y hasta insultos. Dos de las criaturas se habían agarrado por los tocados —un ridículo cesto de cerezas la una y una torre de relojes de cuco la otra— y se tiraban de ellos con más torpeza que violencia mientras se lanzaban miradas aviesas y se ofendían verbalmente de diversas maneras.

Uno de los letrados impuso silencio y anunció que se procedería a la votación popular para conocer cuál era la voluntad de la corte respecto a nosotros. Al parecer, el representante de cada clan o familia feérica tenía derecho a recabar la opinión de los suyos y a votar con una canica bien de color blanco —inocente—, bien de color rojo —culpable—.

Se instalaron cuatro cajas de madera, una para cada uno de nosotros, y los cortesanos fueron votando en fila, ocultando con gran afán las cuatro canicas que portaban para que la Reina no pudiera adivinar su decisión. Esta se había sentado en el estrado junto a su esposo y descansaba allí rígida e inexpresiva, con la mirada fija en el fondo de la sala y los labios tan apretados que se veían casi blancos.

Tras unos minutos de idas y venidas, una pelea junto a la caja de Gavina y variadas acusaciones de tongo por doquier, la votación finalizó y los letrados procedieron al recuento de votos.

La primera caja en vaciarse y contabilizarse fue la de Sorch. Decenas de canicas rojas rodaron por la mesa de recuento junto a seis o siete blancas, mientras la mayoría de los cortesanos aplaudían.

Culpable.

La segunda caja fue la de Cináed. Las canicas hubieron de contarse cuidadosamente, puesto que no quedaba claro a simple vista, pero finalmente se hallaron tres canicas rojas más.

Culpable.

A continuación, llegó el turno de la caja de Gavina. Al igual que en el caso anterior, se procedió a un recuento escrupuloso de las canicas. Sin embargo, cuando estaba pronto a finalizar con un resultado de empate, pude ver claramente como uno de los letrados deslizaba inopinadamente una canica roja junto al resto.

Culpable.

También otros lo habían visto y se desató una disputa en la sala. Volaron los tocados y dos de los cortesanos, ataviados con túnicas parecidas a las de Gavina, llegaron a las manos con el letrado y amenazaron con dejar de proveer de elixires y drogas a la corte si no se respetaba el conteo inicial. Las criaturas estallaron en rebelión ante aquella advertencia. La Reina alzó una mano, dándoles la razón. Inocente.

Las canicas de mi caja eran todas rojas.

Culpable.

Ninguna novedad.

Capítulo 22

Coup d'état

Durante el verano, cuando las horas de luz se estiraban como los novedosos chicles de menta que la señora Fisher vendía orgullosa en el mostrador de su cafetería de la calle mayor, los niños y niñas de Dunkeld jugábamos todas las tardes en la Cruz, junto a la catedral y las escuelas. Elsie y yo –Alistair era aún muy pequeño– cenábamos temprano y salíamos corriendo como alma que lleva el diablo por la cuesta abajo de nuestra casa para encontrarnos con nuestras amigas en la plaza de la Cruz. Allí jugábamos a las escondidas, al pillapilla, a saltar a la comba, a rayuela y, a veces, también con los niños, a las canicas, aunque no solía terminar bien. Luego nos quedábamos todos charlando y riendo hasta que la campana de la catedral daba las ocho y se producía una desbandada general por las calles del pueblo mientras cada mochuelo se iba rápidamente a su olivo, so pena de que su madre o algún hermano mayor viniera a llevárselo de una oreja.

De vuelta en mi celda, sentada contra el muro, recordé, con los ojos fuertemente cerrados, la sensación del sol sobre mi piel durante aquellas tardes estivales de mi infancia; el sonido de la risa histérica de Elsie cuando la atrapaban en algún juego; el aroma fresco, floral y veraniego de la brisa cuando volvíamos a casa, la mano cálida de mi hermana en la mía, cansadas las dos, felices aún, ignorantes de lo que la vida nos reservaba; la sensación de posibilidad, de futuro, de expectativa y de esperanza que amanecía con cada nuevo día.

Nada de eso me quedaba ya.

Pronto no habría ni siquiera recuerdos.

No habría nada.

Sufría aún más por Cináed y por Sorchá que por mí, y me preguntaba qué condena nos aguardaba. Solo esperaba que si era la muerte, esta fuera rápida, y que nuestras almas pudieran ir a reunirse con las de nuestros seres queridos en ese Otro Mundo que había vislumbrado brevemente en el espejo de las Gallikias. Sufría también por Isla y Elsie, a las que dejaba solas y, una vez más, en duelo.

Todo era terriblemente injusto. ¿Por qué tenía que sufrir y morir nadie por mi causa? Mi único consuelo era que Gavina se había salvado, de momento, de aquella estúpida hecatombe.

Cuando vinieron a buscarme algunas horas después para leerme la sentencia que había pronunciado la Reina, hubo pocas sorpresas: estaba condenada a muerte por alta traición.

Lloré amargamente en el silencio triste y oscuro de mi celda, deseando poder volver a abrazar a Cináed al menos una vez más antes de morir. Dudaba mucho que nos concedieran esa ni ninguna otra gracia, pero es curioso cómo la llama de la esperanza, por nimia que esta sea, sigue

ardiendo contra todo pronóstico en nuestros corazones hasta el final de los finales, incluso en las más desesperadas y fatídicas circunstancias. Aun sin ser una misma consciente de que está ahí. Aguardando como un ave en las ramas peladas de un árbol la improbable llegada de la primavera. Ya lo decía Emily Dickinson, otra de mis heroínas literarias a la que ahora ya no tendría la posibilidad de emular, si es que alguna vez la tuve.

Me quedé dormida de pura extenuación física y mental y soñé con mi hermano Alistair aunque, cuando desperté, sobresaltada por el brusco sonido de la puerta de mi celda abriéndose de nuevo, no conseguí recordar nada.

Cuatro guardias me escoltaron hacia las entrañas del castillo Ewen, a la misma sala derruida y abandonada donde la Sombra me había acechado por primera vez, recién llegada como estaba a Elphame. Allí me aguardaban la Reina, su consorte, su guardia personal, los tres letrados demenciales y los representantes de los clanes feéricos, los mismos que habían ejercido su derecho a voto para condenarme tan despreocupadamente unas horas antes. También estaban Cináed, Sorcha y, apartada a un lado bajo una potente escolta, mi Gavina Grillo.

Uno de los letrados leyó en voz alta los supuestos crímenes que habíamos cometido y nuestra sentencia de muerte, y todos observaron expectantes a la Reina que, en esta ocasión, vestía de un negro riguroso a juego con sus largos cabellos. Esta alzó un brazo, señalando a Sorcha, mientras el Rey dirigía unas breves palabras en voz baja a su guardia personal. ¿Podría ser que fuera la primera vez que le veía hablar?

Dos escoltas llevaron a la pobre joven, desecha en llanto, hasta uno de los pilares de la sala más próximos a la zona de tinieblas, la ataron y se alejaron apresuradamente, mirando por encima de sus hombros llenos de temor.

Lo único que se oía en la enorme sala eran algunas gotas de agua golpeando el suelo de piedra, los sollozos desolados de Sorcha y a Gavina suplicando por su vida, ofreciéndose incluso a tomar su lugar y asumir su condena. Cináed tenía la cabeza gacha. Busqué su mirada, pero no alzó sus ojos en ningún momento, quizás asqueado por lo que estaba pronto a suceder. Tanto la Reina como su Rey y el resto de la corte observaban los acontecimientos en un silencio sepulcral.

No hubo ninguna señal ni sonido alguno que anunciase su llegada.

Al igual que en mi primer encuentro con ella, tan solo hubo un cambio en la calidad de las tinieblas del fondo de la sala, como si se hicieran más oscuras aún de lo que ya eran, si es que eso era posible. Poco a poco, la Sombra fue avanzando desde los más lóbregos rincones y oquedades del lugar y fue ganando terreno a la luz de las antorchas que portaban los guardias, hasta cercar estrechamente a Sorcha. Esta permaneció aun, por unos instantes, en medio de un charco de luz dorada y mortecina, tan aterrorizada que ya no podía ni llorar, paralizada por lo que yo sabía que era un terror absoluto a toda la maldad que la rodeaba en aquel instante.

Contemplar cómo alguien –peor, alguien querido– es consumido por la Sombra cuenta como una de las experiencias más devastadoras y escalofriantes que he experimentado en toda mi vida.

Mientras Gavina y yo gritábamos improperios y clamábamos por su vida con nuestras voces desgarradas por la peor rabia e impotencia que pueda imaginarse, Sorcha era tragada por la Sombra.

Cuando esta acabó con ella, su cuerpo frágil y delgado quedó inerte y colgando penosamente de las ataduras que la sujetaban a la columna. Su piel había perdido todo el brillo opalescente que las criaturas feéricas suelen tener, y sus cabellos se veían grisáceos y quebradizos como los de una anciana centenaria. No habría podido mirar sus ojos ni aunque me hubieran obligado, puesto que sabía muy bien lo que encontraría en ellos: la más horrible y vacía oscuridad.

— Ya has tenido tu cabeza de turco, Nicneven. Deja vivir al resto. Los necesitaremos para salvar Elphame de ese espanto que acabas de ver.

Jamás hubiera esperado escucharle pronunciar palabra por segunda vez, y menos en aquellas circunstancias. Pero allí estaba, junto a su escolta personal, con los brazos en jarras, plantado delante de la Reina con actitud desafiante y, diría, casi autoritaria.

El Rey había hablado.

— Ya hemos hablado de esto —masculló ella en voz baja, aparentando calma—.

— No, no es cierto. Tú has hablado. Tú has decidido. Tú has ordenado. Sin escucharnos ni a mí, ni a tu consejo. Apoyada en el voto de unos líderes manipulados por tus mentiras. Cegada por la ira y el odio que sientes hacia tus hermanos. Guiada únicamente por tu ganancia personal y por tu frágil ego. Una joven acaba de morir por ello. Para salvar tu imagen y tu autoridad en Elphame. Detente aquí. No sigas adelante con esto o estarás cometiendo el peor error de tu larga vida. Y los has cometido muy graves.

Casi se podía leer en la mirada de la Reina, mientras su consorte hablaba, como esta contaba mentalmente de cuántos apoyos seguros disponía para el enfrentamiento que, inevitablemente, se avecinaba. La Reina nunca daría su brazo a torcer. Jamás agacharía la cabeza ni torcería su voluntad guiada por la de otro ser, ni siquiera por la de su eterno compañero. Yo lo sabía y, probablemente, el Rey también, porque empezaron a flanquearle, ofreciéndole su apoyo, buena parte de los guardias que se hallaban en la sala. Otros, sin embargo, desenfundaron sus armas, prestos a defender a su Reina si era necesario. Los cortesanos se miraban unos a otros, balanceándose como pollos sin cabeza, perdidos sin nadie que les dijera qué hacer o qué pensar.

— ¿Y crees que provocar una guerra civil no sería el peor error de la tuya? —le preguntó la Reina, avanzando hacia él—. Deja a los gobernantes gobernar, esposo mío.

— Nadie ha hablado de guerra civil —repuso él con firmeza—. Quizás tienes menos apoyos de los que pensabas entre el ejército, Nicneven. Detén las ejecuciones ahora y todo será más sencillo. Volveré a mi lugar a tu lado y seré tu leal sostén, como siempre he sido.

— No lo estás siendo ahora.

— Ahora ni tú ni yo importamos comparados con la supervivencia de nuestro mundo. Nuestras ambiciones personales, nuestras rivalidades, nuestras guerras, nuestros odios, nuestros amores... Nada de eso tendrá ningún sentido si Elphame desaparece. Nicneven, te lo suplico —el rey se arrodilló ante ella, agachando respetuosamente la cabeza—, detén las ejecuciones.

Durante un segundo, todos pudimos vivir en la esperanza de un futuro en el que la Reina nos perdonaba la vida a Cináed y a mí y, todos juntos, trabajábamos para salvar el Reino, tras lo cual mi amante y yo volvíamos a nuestro mundo para vivir en paz el resto de nuestras vidas.

Desgraciadamente, la luz de la razón y de la humildad brilló tan solo un instante en los ojos de la Reina. Cuando le dio la espalda a su esposo y alzó su mano señalando a Cináed como el siguiente en ser sacrificado a la Sombra, ya no hubo marcha atrás.

Todo ocurrió muy deprisa aunque, al mismo tiempo, los acontecimientos parecieron suceder en una extraña cámara lenta. Tal es el poder de nuestra percepción personal sobre el tiempo y el espacio.

La realidad no es otra cosa que nuestra realidad.

Los hombres del Rey se lanzaron sobre los leales a la Reina y comenzaron a masacrarse sin piedad ni descanso mientras los cortesanos huían de la sala como ratas apestadas, pasando los unos por encima de los otros y perdiendo en el camino la escasa dignidad que aún les quedaba.

Solo eran fieles a sí mismos y a sus vacíos placeres.

Libre de las garras de mis captores, me abalancé sobre el pobre cuerpo de Sorchá, que yacía aun atado a la columna, gris y maltrecho, con la esperanza de hallar en él un resquicio de vida y de esperanza.

— ¡Llévatela! —el rugido imperioso de Cináed llegó hasta mis oídos y también hasta los de Gavina, a los que realmente iba dirigido—.

Un segundo después, Gavina me abrazaba, su rostro lleno de lágrimas y de premura, y se arrodillaba junto al cuerpo de nuestra amiga. Sorchá estaba muerta. Muerta y vacía para siempre.

El sonido de la lucha a nuestras espaldas llenaba mi cabeza sin dejar espacio a nada más. Se sentía como el ruido de fondo de una cafetería abarrotada o de un vagón de tranvía en hora punta. Con los sentidos aletargados y el cuerpo desconectado de mi voluntad, me dejé arrastrar por Gavina fuera de la sala aprovechando la confusión.

La última imagen que tuve del lugar fue la de Cináed luchando codo con codo junto al Rey, frente a la Reina y sus partidarios, mientras la puerta que daba al pasillo vomitaba cortesanos feéricos como un anfiteatro romano.

Mis débiles protestas no detuvieron a Gavina, que me llevó apresuradamente por corredores, escaleras y salones vacíos hasta el precario hueco en la piedra por donde había entrado la primera vez al maldito castillo Ewen, tantas semanas atrás. Un caballo nos esperaba atado a un árbol raquítico.

La luz del atardecer, que hacía días que no veía, me hizo daño en los ojos. Fui consciente entonces de lo que estaba ocurriendo: huíamos dejando a Cináed atrás.

— ¡No! —grité desesperada, intentando volver al interior de la fortaleza—.

— Mairi, espera.

Gavina me tomó del brazo con más calma de la que había esperado y me habló lentamente y con un amor tan grande que no pude menos que detenerme a escucharla.

— No puedes volver allí dentro —declaró con sencillez—. Si no mueres en la trifulca o la Sombra te atrapa y te consume, la Reina en persona podría acabar con tu vida aunque tan solo fuera para curar su orgullo herido. Cináed, en cambio, puede salvarse. Es un excelente luchador y tiene de su lado al Rey. Tú no lo sabes, pero esta rebelión lleva gestándose desde que Leod te secuestró y salieron a la luz los planes de la Reina. Nicneven tiene a la mayoría del ejército en su contra y, pronto, también tendrá a la corte, que no tardará en tomar partido por quien considere que tiene más oportunidades de salir victorioso. Tienes que venir conmigo y ponerte a salvo. Es lo que Cináed quiere. Es lo que quiero yo. Y es, además, la decisión más inteligente que podemos tomar para poder seguir peleando todos un día más.

Por una vez en mi vida, decidí confiar plenamente en el juicio de otra persona. No debía dejar que mis impulsos y mi cegadora pasión por Cináed nos pusieran a los dos en más peligro del que ya estábamos. Debía dejarle hacer su parte, ponerme a salvo y esperar por él.

Mil preguntas se agolpaban en mi cabeza, y mi corazón sufría por el destino incierto de Cináed, por la muerte de Sorchá, por la de mi hermano y por la soledad y el duelo a las que se habrían visto forzadas Isla y Elsie.

Tomé la mano de mi Gavina Grillo y, juntas, subimos a la montura que nos aguardaba y cabalgamos como el viento en dirección al valle que había visto mis primeros días en el Reino.

Tan cerca y tan lejos de casa.

Capítulo 23

La teoría de la relatividad

En 1905, tan solo un año antes de que yo echara a perder la estabilidad de mi familia y viajara a Elphame a pasar penalidades, un Albert Einstein más o menos de mi misma edad y aún desconocido para el mundo publicaba la teoría de la relatividad especial en Berna.

No es que yo le prestase entonces mucha atención a las publicaciones sobre física teórica, ocupada como estaba en labrarme un futuro lejos de Dunkeld, mirarme el ombligo y revolcarme con mi cuñada por los rincones de la casa que había sido de mis padres. Pero si le hubiera prestado atención quizás habría aprendido algunas cosas sobre el espacio-tiempo que me hubieran sido útiles en Elphame.

Porque el día en que Gavina y yo escapamos del castillo Ewen dejando atrás al príncipe encantado de mi horrible cuento de hadas, yo creía que llevaba en el Reino más o menos unas seis semanas -por mis periodos sabía que no podían ser más de dos meses-.

Pero resultó que llevaba seis años.

— ¿Qué? —mi expresión debió ser tan ovina como la de las ovejas de mi vecina, la señora Rattray—.

Gavina respiró profundamente, sabiendo que daba comienzo una de esas conversaciones en las que ella intentaba explicarme cosas absurdas sobre Elphame y yo me exasperaba, me enrabietaba y me subía por las paredes.

— El tiempo no funciona igual aquí que en el mundo mortal, niña. Ya, ya. Ya sé que no eres una niña —me cortó justo cuando yo abría la boca para protestar sarcásticamente por aquel tratamiento al que había llegado a tomar afecto, algo que no admitiría ni aunque me matasen—.

— ¿Y no se te había ocurrido explicarme todo eso un poco antes?

— No hemos tenido muchas ocasiones para hablar en los últimos días, ¿no crees?

En el fondo tenía razón. Y aunque no la hubiera tenido, jamás volvería a discutir con ella como aquella vez en mi alcoba de la fortaleza.

Según Einstein y sus teorías posteriores, el tiempo es relativo, no absoluto, y depende del movimiento del observador y de su situación respecto al campo gravitacional. Además, el tiempo y el espacio no serían independientes, sino un solo concepto que él nombraría espacio-tiempo y que no sería plano, sino que se deformaría por los objetos situados en él.

Según Gavina, todo esto se traducía en que cada semana en Elphame era un año en el mundo humano.

Lo único que yo entendí de todo aquello fue que tenía apenas unos días para reencontrarme con Cináed y poder, así, volver a casa con él.

Entonces Gavina me dio uno de los grandes mazazos de mi vida.

— Hay algo más, Mairi. Cináed no puede volver contigo.

— ¿Qué? — mil ovejas miraron a mi interlocutora a través de mis ojos—.

Gavina me tomó de las manos y me obligó a sentarme con ella en una roca, al pie de un arroyo murmurante, mientras nuestro caballo pastaba cerca y la vegetación nos ocultaba a los tres de la vista del camino principal.

— Cináed no puede volver contigo. Él ya tuvo su oportunidad de regresar al mundo mortal hace mucho tiempo y decidió quedarse aquí y esperar por ti. Renunció a regresar. La puerta no volverá a abrirse para él. Cuando llegue tu hora —continuó, tratando de ser delicada pero clara— se abrirá una salida que solo podrás atravesar tú. Cináed tendrá que quedarse.

De entre todas las posibilidades, algunas de ellas absurdas y terribles, que manejaba mi cerebro a la hora de evaluar los posibles resultados de mi paso por Elphame, la de regresar yo sola a Dunkeld sin Cináed a mi lado sencillamente no existía. Casi prefería morir con él allí, en aquella dimensión desolada y agonizante.

Entonces pensé en Isla y en Elsie.

Solas en el mundo.

Por mi culpa.

— No puedo quedarme —susurré mientras mis ojos se llenaban de lágrimas—. Ni siquiera por él.

— Lo sé, niña. Lo sé.

Nos abrazamos estrechamente y lloré a mares sobre su hombro, tan confortable, tan querido, extrañándola ya con enorme dolor aun cuando todavía no me había ido del Reino.

Un rato más tarde, montamos otra vez y continuamos nuestro camino.

Yo iba en silencio tras Gavina, aferrada firmemente a su cintura, pensando en el destino. Se suponía que este había querido que Cináed y yo nos encontrásemos a pesar de haber mil años de diferencia entre nuestras vidas, y que fuéramos el uno para el otro. Entonces, ¿por qué ahora nos separaba tan cruelmente? ¿O acaso se suponía que yo debía quedarme en Elphame, renunciando del todo a mi vida anterior y a las personas que habían formado parte de ella?

El mero pensamiento de anteponer mi deseo al bienestar de lo poco que quedaba de mi familia me enfureció. El concepto de destino me llenó de rabia, de nuevo. No era y nunca sería su esclava. No aceptaría que nadie hubiera escrito en piedra mi suerte sin contar conmigo. Preservaría mi libre albedrío hasta sus últimas consecuencias.

Aunque tuviera que renunciar al amor más grande que jamás hubiera visto el mundo.

Mucho tiempo después, cuando ya cabeceaba de sueño y cansancio sobre la espalda de Gavina y amenazaba con deslizarme de la montura al suelo, nos detuvimos. Estábamos al pie de la gigantesca casa árbol donde ambas nos habíamos conocido seis semanas —o seis años— antes.

— Puede parecer el lugar más obvio donde escondernos —dijo Gavina, desmontando—, pero desde la atalaya de arriba los veremos acercarse desde decenas de kilómetros a la redonda. Mientras tanto, aquí estaremos seguras y tendremos comida, agua y aliados. Y, si Cináed sale victorioso de su lucha, sabrá bien donde encontrarnos.

Aquella noche, en el lecho suave y cómodo que ya conocía, tan solo podía pensar, rezar y suplicar porque Cináed saliera indemne de la lucha y porque pudiera verle, al menos, una vez más antes de despedirme de él para siempre.

Cuando me cansé de dar vueltas tanto a mi cabeza como sobre las sábanas, me levanté, busqué las escaleras de caracol que subían vertiginosamente hacia lo más alto de la copa del árbol y escalé hasta la atalaya.

Gavina estaba allí, con el viento del sempiterno atardecer feérico peinando sus resplandecientes cabellos grises, una cariátide sin columna ni entablamento oteando el horizonte infinito.

Observé el paisaje con ella, deseando adivinar en lontananza la figura de Cináed cabalgando hacia nosotras.

Solo había polvo, praderas devastadas que no acababan nunca y, al final, las montañas donde yo sabía que se ocultaban las ruinas del castillo Ewen.

¿Qué estaría pasando entre sus viejos y gastados muros?

— ¿Estás pensando en Sorchá? —le pregunté, sabiendo la respuesta—.

— Siempre.

La tomé suavemente de la mano y juntas recordamos en silencio a Sorchá y a todos los que habíamos perdido.

La casa árbol de Gavina se convirtió en mi refugio durante aquellos extraños días, los más apacibles que había vivido en Elphame y, al mismo tiempo, los más angustiosos. Intentaba llenar mi tiempo con lecturas de la biblioteca que ocupaba casi toda la tercera planta, pero pocos de los volúmenes estaban en un estado o en un idioma que yo pudiera manejar.

Al cuarto día, cuando ya comenzaba a perder la esperanza y pasaba mis horas observando lánguidamente el horizonte rojizo, llegó alguien al galope. Lo vi desde la atalaya y avisé corriendo a Gavina para que discerniese si era amigo o enemigo.

Era un mensajero aliado, pero no traía muchas noticias de Cináed salvo que seguía vivo, lo cual, de alguna forma, fue suficiente para calmar mi espíritu.

— Traigo buenas nuevas —nos dijo, una vez le franqueamos el paso al interior—. Los partidarios del Rey se impusieron en el levantamiento del castillo Ewen y se han ganado a la mayoría de los clanes importantes de la corte. La Reina y los suyos han huido, no sabemos a dónde. Tememos que ahora que están acorralados, Nicneven cometa alguna locura. Cináed y parte del ejército han salido en su busca. Por cierto, me dio esto para ti, Mairi —finalizó, dirigiéndose directamente a mí mientras me entregaba un saquito de cuero—.

Lo apreté contra mi pecho con los ojos húmedos y el corazón acelerado. Lo abriría más tarde cuando estuviera a solas y, probablemente, inundaría con mis lágrimas la preciada casa árbol de mi amiga.

El mensajero, de nombre Sgáire, viejo compañero de aventuras de Gavina, se quedó a cenar y a dormir con nosotras. Les escuché hablar durante horas frente a la chimenea hasta que sus palabras no fueron más que un cuchicheo indistinguible que me condujo a un profundo sueño. Desperté de él tan solo para ser conducida a mi alcoba, arropada y besada en la frente por mi Gavina Grillo.

A la mañana siguiente desperté con una sensación de opresión en el pecho. Aunque estaba llena de ansiedad durante todas y cada una de las horas del día, en este caso la presión la causaba el saquito de cuero que Sgáire me había entregado a su llegada y que yo aún aferraba contra mi cuerpo. Aún con los párpados pesados de sueño y de tristeza, lo abrí y extraje con cuidado un

colgante ovalado de plata, cubierto de motivos celtas, que se abría como un relicario.

Dentro había un pequeño trozo de pergamino plegado con tres palabras escritas por la mano más amada del mundo.

“Estés donde estés”.

Capítulo 24

Estés donde estés

Un rato más tarde, cuando aún estaba en el lecho abrazada al memento que Cináed me había enviado, maldiciéndome por no haberle dejado nada yo para que me recordase, Gavina entró en mi alcoba y se sentó a los pies de mi cama con expresión adusta.

— Mañana tendremos que partir hacia el lugar por el que entraste a Elphame —me dijo—. No es seguro esperar más. Podrías perder tu única oportunidad de volver al mundo mortal, Mairi.

— ¿No hay absolutamente ninguna manera, por loca que sea, de que Cináed pueda regresar conmigo?

— La única forma es que atraviere una puerta de regreso, y estas se abren solo para el viajero al que pertenecen. Este puede ceder su derecho a atravesarla a otro, pero pierde la oportunidad de volver él mismo al mundo mortal. Y eso no es ni lo que quieres tú ni lo que quiere Cináed, niña. Ni lo que necesitáis ahora mismo ninguno de los dos.

Agradecí mucho no recibir por parte de Gavina palabras vacías de consuelo como “ahora tienes que ser fuerte” o “entiendo cómo te sientes”. Porque solo ella sabía lo fuerte que había tenido que ser durante toda mi estancia en Elphame y solo yo sabía cómo me sentía dejando atrás a Cináed en aquella tierra arrasada y mortífera.

Rota es decir muy poco.

Pero renunciar a mi puerta de salida para estar con él en el Reino habría significado abandonar a su suerte, y para siempre, a los restos de mi familia deshecha y quebrada, que aún se estaría preguntando qué demonios había sido de Mairi.

Decidiera lo que decidiese iba a darle la espalda a alguien importante para mí y del que me sentía responsable.

Así que, una vez más, tuve que partirme el corazón.

Aferrada al relicario de Cináed, asumí que nunca más volvería a verle.

Me habría gustado llorar, pero ya no me quedaban más lágrimas. Solo una sensación amarga y dolorosa en la garganta que me acompañaría mucho tiempo, junto con el resto de las sombras que ahora habitaban en mí.

Al día siguiente, Gavina y yo abandonamos la casa árbol en el mismo caballo en el que habíamos viajado desde el castillo Ewen y pusimos rumbo a la pradera desolada que me había recibido a mi llegada a Elphame. Era un lugar peligroso, muy cercano a Sgàile Dun, la fortaleza

donde habitaba Leod Nucklavee, otro gran enemigo del cuál hacía mucho que no había vuelto a tener noticias.

Estaba segura de que aquello no podía ser una buena señal.

El viaje se me hizo mucho más corto de lo que habría querido. Cada pocos minutos miraba en derredor y por encima de mi hombro, no tanto por miedo a avistar a los hombres de Leod o a los de la Reina, sino con la esperanza, ya casi exangüe, de divisar a Cináed cabalgando hacia mí.

Habría dado partes de mi cuerpo, años de mi vida y trozos de mi alma afligida por haberle vuelto a ver aunque fuera una sola vez más.

Aun así, no pensaba en dar marcha atrás ni habría osado cambiar mi determinación de volver a Dunkeld y de reparar, al menos, una milésima parte del daño que había causado a mis seres queridos.

Quedarme me habría parecido la acción más egoísta de toda mi vida.

— Es aquí —dijo Gavina de pronto, cuando llevábamos media jornada de viaje—. Por aquí entraste en Elphame, Mairi. Ojalá hubieras conocido el Reino cuando aún no era un desierto y la Buena Gente poblaba sus aldeas, sus castillos y sus bosques —añadió, con una nostalgia que nunca había observado antes en ella—. Era una hermosa visión.

Estábamos en la horrible pradera devastada.

En lontananza se adivinaba el bosque del que habíamos venido y, hacia el otro lado, las torres ruinosas de la Morada de la Sombra. Junto a nosotras estaba el mismo árbol seco y ominoso que me había recibido a mi llegada a aquel mundo enloquecido.

Desmontamos y nos sentamos junto a él con las piernas cruzadas, mirándonos la una a la otra con brutal desconsuelo.

Gavina y yo habíamos llegado a ser algo más que amigas. Madre e hija, hermanas, aliadas... No habría sabido cómo definir el lazo que nos unía, pero sabía que era tan indisoluble e irrompible como aquel que me ataba para siempre a Cináed.

Mi Gavina Grillo.

Dejar Elphame era dejarla también a ella y eso nos rompía el corazón a las dos.

— ¿Qué ocurrirá? —le pregunté con la voz temblorosa—.

— Una puerta se abrirá en el mismo lugar por el que llegaste. Imagino que en ese árbol raquítico. Ya no puede tardar más que unas pocas horas. Y recuerda que podrías regresar con algunos dones extraños —añadió—.

Los dones con los que volviera, por extraños que fueran, eran lo que menos me preocupaba en aquel momento.

Durante aquella triste espera, Gavina y yo hablamos del futuro del Reino, de qué ocurriría ahora con la Reina, con Leod y con Elphame, de qué pasaría con la propia Gavina y de si estaría segura. Hablamos de Sorch. Hablamos de Cináed.

Le pedí a Gavina que le buscara, que le protegiese y que velase por él. Y, sobre todo, le pedí que le dijera que le amaría para siempre, sin importar donde estuviera o qué estuviera haciendo. Por mucho tiempo que pasara. Por anciana que yo fuera. Por enferma o triste que estuviera. Para siempre.

Cuando una puerta hecha de pura luz se dibujó en el árbol, abracé a Gavina hecha un mar de lágrimas y mucosidad y le lloré al oído cuánto había llegado a quererla en aquellas semanas —o años—.

— A ti tampoco podré olvidarte nunca, Gavina. Nunca jamás.

— Ni yo a ti, niña. Siempre serás mi querida y valiente niña Mairi Ferguson. Sé prudente. Sé

sabia. Y sé fuerte.

— Te quiero, Gavina.

— Te quiero, Mairi.

Su rostro opalescente, suave y venerable, emocionado por la partida y enmarcado por el cielo rojizo, fue la última visión que tuve de Elphame antes de cruzar el umbral de la puerta.

Un destello de luz cegadora y una fuerte sacudida después y estaba de vuelta al otro lado del espejo.

QUINTA PARTE



Nunca pierdas tu muchosidad

Capítulo 25

Glamur

Salí del resplandor a la base del capricho del río Braan. Todo estaba como entonces, como si se hubiera quedado congelado en el tiempo solo para mí. Los mismos árboles, los mismos colores en la espesura de los árboles, la misma puerta de madera cubierta de raíces bajo el edificio cónico y el mismo aire de abandono y melancolía reinando en el lugar. Estuve tentada de creer que todo había sido un sueño y que Elphame solo había sucedido dentro de mi cabeza perturbada y culpable.

Sentí entonces el peso del relicario sobre mi pecho. Lo abrí y leí, a la tibia y dorada luz del primer amanecer que veía en mucho tiempo, las últimas palabras de Cináed para mí:

“Estés donde estés”.

Lo apreté fuertemente en mi mano izquierda y comencé a caminar por el sendero del bosque en dirección a Dunkeld con más determinación y calma de la que había esperado. Las ramas de los abetos de Douglas susurraban a mi paso, vestidas con las mismas galas de mayo que me habían despedido hacía tanto –y tan poco- tiempo atrás. El camino de carruajes que llevaba a Inverness también seguía igual que siempre, así como las casitas y los molinos de la aldea de Inver y el puente sobre el río Tay que llevaba a mi pueblo.

Me detuve en la parte más alta del puente, esa que muchos de los primeros coches de motor que llegaban al pueblo no podían superar si no habían alcanzado una buena velocidad primero. Los niños del pueblo solíamos reunirnos al otro lado, junto a la antigua caseta de peajes que tanta guerra dio en su día, y apostábamos nueces y canicas a qué coches atravesarían el puente y cuáles se quedarían parados, sin fuerzas para continuar, en su elevado centro. El recuerdo, que parecía llegar desde una vida pasada, desde algo que ya no era enteramente mío, me trajo una leve sonrisa de nostalgia al rostro.

Continué caminando.

Los primeros rayos de lo que prometía ser una espectacular mañana de mediados de mayo tocaban ya los tejados de las casas del pueblo, especialmente el de la mía, que estaba en lo alto de la ladera y siempre recibía la luz en primer lugar. Seguía pintada de color amarillo pálido y, desde donde estaba, pude ver que las contraventanas de madera gastada de la que había sido mi alcoba estaban cerradas a cal y canto.

— ¿Necesita ayuda, señora?

Una joven que llevaba en sus brazos una cesta llena de hogazas de pan recién horneadas me

contemplaba desde el medio de la calle, donde se había detenido, con la mirada preocupada, para interpelarme.

De pronto fui consciente de mi aspecto: despeinada, con el jersey, que un día fue una prenda preciosa y delicada, lleno de rasgaduras y de manchas sobre las que era mejor no pensar, con mis pantalones de montar en bici sucios hasta decir basta y mis queridas botas echadas a perder por el polvo y el barro de los caminos y las celdas del Reino.

Debía parecer una vagabunda.

Me fijé mejor en la muchacha. Muy bien podía ser la hija de la señora Wallace, la panadera del pueblo. El resto eran todos chicos. Tenía que ser ella.

Solo que la última vez que la había visto era una niña de nueve años con largas trenzas que jugaba con sus muñecas en la Cruz, junto a la puerta de la panadería de sus padres. Por eso no me había reconocido.

— Estoy bien, gracias —contesté—. Ha sido un viaje muy largo, nada más.

La chica de los Wallace asintió, sacó un *bannock* de la cesta y me lo entregó con una sonrisa. Luego se fue calle Mayor arriba para repartir sus pedidos.

No había nadie más en el lugar.

Me acerqué a la Cruz y me lavé la cara y las manos en la fuente que un día había sido el orgullo del padre de nuestro actual conde de Atholl, y que vino a sustituir a la cruz del mercado, lugar de reunión y, por supuesto, picota del pueblo donde en tiempos muy anteriores a los míos se castigaba a los delincuentes. Las columnas de la fuente tenían una nueva capa de pintura de un tono rosado que no terminaba de convencerme.

Desde allí, mi mirada se dirigió a la vieja catedral, que se alzaba, con sus muros grises cubiertos de hiedra, al final de la calle opuesta a por la que yo había venido. Aquel edificio, hoy medio arruinado por el tiempo, había visto ante sus puertas batallas entre jacobitas y hannoverianos, había contenido las sagradas reliquias de San Columba, llevadas hasta allí por el rey Kenneth MacAlpin, y había sufrido en sus carnes la devastación de las invasiones vikingas. Dentro yacían decenas de obispos, así como Alejandro Estuardo, el Lobo de Badenoch, el hijo infame de Roberto II.

Todos estos pensamientos cruzaban por mi cabeza intentando retrasar lo inevitable. Pero lo inevitable siempre llega así que, antes de que me sorprendiera sin estar preparada, respiré profundamente, tomé la familiar cuesta que subía a mi casa y fui yo a su encuentro.

La puerta principal de mi casa estaba cerrada. Ahora que solo Elspeth e Isla vivían allí, seguramente ponían su seguridad por encima de la confianza entre vecinos. No quise perturbar el sueño de ninguna de las dos, así que entré al jardín por la parte de atrás, saludé a las gallinas, que ya tenían un ojo abierto, y me senté a esperar en una de las dos mecedoras del porche trasero con mi *bannock* en la mano.

Desde allí, vi amanecer sobre Dunkeld pensando en Cináed y en cómo me habría gustado que hubiera podido estar allí conmigo, disfrutando del alba por fin, después de mil años viviendo en el eterno crepúsculo de Elphame. Habría tomado su mano, la habría besado, habría observado la luz dorada del sol naciente en la maravilla de sus ojos claros y habría sido feliz.

“Estés donde estés”, susurré al viento primaveral que agitaba las ramas de los árboles frutales del jardín.

Poco después escuché ruido dentro de la casa. Pasos que se dirigían a la cocina. Seguramente era Elsie, que se levantaba con las primeras luces del día.

Me puse en pie.

Llamé a la puerta trasera.

El corazón me batía en el pecho como una paloma atrapada.

Cuando Elsie abrió la puerta, sucedieron un montón de cosas en un orden que ya no recuerdo: hubo lágrimas, abrazos, reproches, dolor que llevaba mucho tiempo guardado y amor que llevaba el mismo tiempo esperando poder ser expresado.

Las dos acabamos de rodillas en el vano de la puerta, abrazadas la una a la otra como si fuéramos hermanas siamesas, tan fuerte que nos hacíamos daño y nos clavábamos las uñas en la espalda la una a la otra.

Elsie fue la primera en dejar de llorar y recomponerse. Se levantó del suelo y me miró, con las palmas de las manos juntas, como si estuviera rezando, negando con la cabeza como si contemplara una visión imposible.

Yo no era capaz de ponerme en pie, así que mi hermana me ayudó, me llevó dentro y me sentó delicadamente en una de las sillas de la cocina. Al entrar, vi colgado en la pared un almanaque con la fecha de ese día: 15 de mayo de 1913.

Seguía pareciendo irreal.

Con las manos aun temblorosas por la emoción, Elsie me hizo un té y me sirvió un trozo del *bannock* que yo aún agarraba como si fuera un objeto mágico.

Solo podía pensar en nuestro hermano.

— ¿Alistair? —musité, en la esperanza de que la visión del Espejo del Más Allá hubiera sido falsa—.

Los ojos de Elsie se llenaron, de nuevo, de lágrimas.

— Murió, Mairi. Hace ahora un año. De cáncer, como mamá.

Se hizo el silencio entre nosotras y el espacio de las palabras lo ocuparon la tristeza y la añoranza y, en mi caso, también la culpa, mi compañera de vida habitual.

Cuando acabé mi té y mi *bannock*, Elsie me llevó escaleras arriba hasta mi antigua alcoba, me quitó mis ropas rotas y asquerosas y me preparó un baño caliente en la tina. De entre mis ropas cayó al suelo el reloj de bolsillo de mi padre, que ahora tenía las agujas paradas y la pantalla de cristal reventada, como si no hubiera podido soportar la distorsión temporal que había tenido que vivir.

Mi hermana me ayudó a ponerme una falda marrón de paseo y un jersey ligero de color blanco y peinó mis cabellos cuidadosamente en un moño alto y cómodo.

Por algún motivo, no me sentía yo.

Yo era la Mairi de los pantalones raídos, el pelo revuelto, y el jersey cubierto de polvo y barro del camino. Siempre en peligro, siempre corriendo hacia algún lugar. Siempre en acción.

Tendría que volver a acostumbrarme a ser la antigua Mairi: la solterona de pueblo que escribe novelas rosas y pasea por el bosque al amanecer preguntándose si su vida merecerá algún día la pena.

Pero esa Mairi tenía muchas cosas buenas.

¿Verdad?

En ese momento no se me ocurría ninguna, así que me aferré al motivo por el que había vuelto a Dunkeld: mi familia.

— ¿Cómo estás, Elsie? —le pregunté mientras ambas contemplábamos mi imagen en el espejo ovalado de mi alcoba—. De verdad.

— Ha sido muy duro. No puedes imaginar lo que supuso tu marcha. Preferiría que hablásemos luego. Ahora quisiera ir contigo a ver a nuestro hermano. Necesito que lo hagamos, Mairi.

— ¿Isla?

Mi voz no era más que un susurro herido y temeroso, pero tenía que saber de ella.

— Aún duerme, y lo hará hasta tarde. Ya sabes cómo es —añadió, esbozando la primera y minúscula sonrisa que le veía desde mi regreso—. Luego podrás verla. Ahora vamos a Pequeño Dunkeld.

Podría parecer morboso e, incluso, un poco retorcido, que lo primero que Elsie quisiera hacer nada más verme después de siete años sin saber si estaba viva o muerta fuera llevarme a la tumba de nuestro hermano. Sin embargo, la entendía perfectamente. Lo que quería era que la familia volviera a estar unida de nuevo. Unos bajo tierra y otros sobre ella. Pero juntos.

A nuestro paso por las calles del pueblo algunos vecinos se nos quedaban mirando. Sin duda, muchos reconocían a la más pequeña de las Ferguson. Me preguntaba qué historia habrían contado mis hermanos cuando desaparecí. Por las miradas que recibía, nada muy loco ni, por tanto, remotamente cerca de la verdad.

El cementerio de Pequeño Dunkeld estaba al otro lado del puente sobre el Tay, en torno a una iglesia de paredes encaladas mucho más moderna que la vieja catedral.

Elsie me llevó de la mano hasta la tumba de nuestros padres, donde ahora figuraba grabado un nuevo nombre: Alistair Ferguson, 29 años, amado esposo y llorado hermano.

Algún día nuestros nombres también aparecerían allí.

El día era relativamente cálido y soleado, así que Elsie y yo nos sentamos junto a la tumba, una a cada lado de la lápida ennegrecida por el paso del tiempo y de los inviernos de Perthshire. Todo a nuestro alrededor estaba cubierto de primulas blancas y campanillas silvestres propias de la estación.

Tras un largo rato en silencio, Elsie habló al fin.

— Yo sabía lo que estaba pasando entre Isla y tú. Lo sabía, pero, ¿qué podía hacer yo? Deciros que no estaba bien o que haríais daño a Alistair me parecía una estupidez. Eso ya lo sabíais. Si os hubiera importado lo suficiente no habríais hecho lo que hicisteis. ¡Me dejaste sola!

La voz se le atragantó hasta que se convirtió en un gruñido sordo y lleno de rencor y aflicción.

— Perdóname, Mairi —dijo mi hermana rápidamente, recomponiéndose—. Perdona que hable así. Hemos sufrido mucho. Sé muy bien que vuestra intención no era que las cosas acabaran así, por supuesto que no. ¿Pero qué esperabais? ¿Qué otro final podía tener?

Se me antojaba que pedir perdón en ese momento se quedaba muy corto, tanto respecto al daño causado como al sentimiento de responsabilidad opresiva que yo guardaba y guardaría para siempre. Sin embargo, lo hice. Porque no hacerlo era mucho peor.

— Perdóname, Elsie. Por favor. Ojalá algún día puedas hacerlo. Trabajaré toda mi vida para que así sea, te lo prometo.

— ¿A dónde fuiste? —me preguntó de pronto—.

— Nunca me creerías.

— Prueba.

Durante mis últimas jornadas en Elphame, en la casa árbol de Gavina, había reflexionado muchas veces sobre qué contarle a mi familia cuando regresara. ¿Debía decirles la verdad y que me tomaran, obviamente, por loca? ¿O debía inventarme una historia que resultara razonablemente creíble? La segunda opción me parecía una terrible falta de respeto y de cariño hacia ellas. Una mentira más, un engaño extra a añadir a todos los que ya había entre nosotras. Pero la primera era demasiado arriesgada.

Decidí nadar y guardar la ropa, al menos por un tiempo.

— Aun no estoy preparada, Elsie —repuse humildemente, buscando su comprensión—. Te juro que te lo contaré todo, sin omitir ni un detalle. Pero necesito tiempo.

Tras depositar un beso en la lápida de nuestra familia, regresamos a casa para ver a Isla. Por el camino, mientras cruzábamos, de nuevo, el puente sobre el Tay, me parecía que el corazón se me iba a salir del pecho y, de un salto, se iba a ir nadando río abajo hasta el mar.

Iba a volver a verla.

¿Cómo estaría? ¿Cómo sería? ¿De qué forma la habrían moldeado y cambiado todos aquellos años y sufrimientos, todas aquellas ausencias? ¿Me amaría aún? ¿Me culparía?

Examinar mis sentimientos por ella en aquel momento era algo mucho más que imposible. Aunque mi corazón pertenecía, ahora y para siempre, a Cináed, negar que el recuerdo de Isla encendía mi memoria y aceleraba mi pulso habría sido mentirme a mí misma.

Entramos en casa.

Isla no estaba en la cocina, ni tampoco en la sala de estar. ¿Seguiría dormida?

Mientras Elsie ponía a calentar agua en el fogón para servir más té, me asomé al porche trasero.

Entonces la vi.

Tocados sus largos cabellos rubios por el sol de mayo y vestida aún con la ropa de dormir, era, como siempre había sido, una visión maravillosa, casi quimérica y, sobra decirlo, encantadora. Incluso a gatas sobre la tierra del jardín y recogiendo los huevos roñosos de nuestras gallinas.

Cuando tuvo las manos llenas, se levantó, dio un saltito para que el camisón cayera de nuevo hasta los tobillos, y echó a andar, sin saberlo, hacia mí.

Me vio solo cuando comenzó a subir las escaleras del porche. Automáticamente, se quedó congelada en el segundo escalón, con el rostro demudado por la sorpresa.

Sin embargo, su asombro jamás podría ser mayor que el mío puesto que, mientras la contemplaba en aquella cotidiana tarea de recoger huevos y caminar hacia la casa, había notado algo en ella no solo diferente, sino inquietante e incluso perturbador: toda su persona estaba rodeada por un tenue halo reluciente, como si su piel y sus cabellos desprendieran una luz singular y preternatural.

Al principio pensé que alucinaba.

Enseguida recordé las últimas palabras de Gavina y me di cuenta de que lo que ocurría era que había vuelto de Elphame con el don de la Segunda Visión.

Lo que estaba contemplando en Isla era el glamur que rodea a las hadas en nuestro mundo.

Capítulo 26

El rey que dormirá durante mil años

Mis primeras semanas en Dunkeld fueron complicadas. Para empezar, Elsie, como era de esperar, sentía un gran resentimiento hacia mí, algo totalmente comprensible. Aunque me trataba con afecto, yo sabía que algo se había roto entre nosotras.

Esperaba poder repararlo con el tiempo.

Para continuar, Isla se negaba a verme o a hablar conmigo. No me había echado nada en cara, ni me había gritado o reprochado cosa alguna. Simplemente, salía de cualquier habitación a la que yo entrase y, si se veía obligada a compartir un rato conmigo, se sumía en el más absoluto silencio.

Esperaba también poder volver a llegar a ella y averiguar por qué la rodeaba un leve halo de glamur feérico.

Para terminar, yo atravesaba mi propio trauma, del que nada quería decir, tras mi terrible estancia en Elphame, donde tanta violencia había vivido. Y mi duelo por el amor imposible, y más intenso que nunca, que sentía hacia Cináed. Por las noches evocaba su cuerpo junto al mío en mi alcoba solitaria, y rememoraba sus besos, sus caricias, sus palabras, sus miradas y el mapa completo y adorado de su piel tatuada. Durante el día, me perdía en la ensoñación de mis vivencias en el Reino y en la añoranza de mi amor perdido, mientras vagaba como un alma en pena por las estancias de la casa, ocupada en nada.

Quería recuperarme para ser el sostén de mi familia, para recobrar su afecto y su respeto.

Pero yo misma necesitaba tiempo.

Y luego estaba el bebé.

Isla y Alistair habían tenido una hija poco antes de que este falleciese. Imaginé, pues, que de alguna manera él la había perdonado y habían conseguido arreglar su relación. Además, mi hermano había querido que la pequeña se llamase como yo, algo que me ayudaba a alimentar la esperanza de que había dejado este mundo sin guardarme rencor. De modo que una segunda Mairi Ferguson, esta de apenas un año y medio de edad, rubia como su madre y con los ojos de un profundo y soñador castaño como su padre, habitaba a ahora en la casa familiar para deleite de sus familiares.

Cuando la vi por primera vez, durmiendo plácidamente en la cama de Isla, en la antigua alcoba de mis padres, recordé la visión que había tenido aquel día en Elphame mientras Cináed me cargaba en nuestra agónica huida.

Mi sobrina Mairi.

Un adorable y balbuceante trocito de mi hermano y de Isla que, al igual que su madre, también

estaba envuelto en un suave y dorado resplandor feérico.

Llegó el verano y los niños del pueblo volvieron, como siempre, a bañarse en las pequeñas playas del río Tay, tal y como Elsie, Alistair y yo habíamos hecho cientos de veces. Volvieron los largos días de sol, las noches templadas y los turistas que venían de otras zonas del país a gozar de la belleza de nuestros paisajes y de los elegantes servicios de nuestros hoteles.

Con la luz estival vino también cierto alivio para mi tristeza y, un buen día, decidí retomar mis paseos por el bosque de Birnam, que tanto bien habían hecho a mi salud en el pasado.

Salía temprano, ataviada con un vestido gris muy ligero y moderno que Elsie me había prestado, mucho más cómodo que los que se estilaban siete años atrás, y recorría una y otra vez la ribera del Tay, sentándome de vez en cuando en algún tocón rugoso. Mis robles seguían exactamente igual, como era de esperar.

Una mañana me encontré allí con Charles MacIntosh, el antiguo cartero del pueblo que solía llevarnos a las niñas del colegio de excursión al bosque. Era ya un hombre muy anciano, pero al parecer seguía disfrutando de su afición por la botánica, puesto que lo encontré dibujando bocetos de flores junto al hueco del roble más grande. Charlamos durante un buen rato de hongos y plantas, sus ojos grises centelleando como las aguas del río cada vez que notaba mi interés por alguna de sus apreciaciones. No hizo referencia alguna a mis años fuera de Dunkeld ni a mi extraño regreso.

— Uno tiene que cultivar siempre sus pasiones y también buscar otras nuevas de vez en cuando —me dijo, justo antes de que nos despidiéramos, y añadió—. ¡De lo contrario, te mueres mucho antes de que te dé tiempo a hacerte viejo!

Eso fue lo que me llevó a la biblioteca del pueblo.

Entendí que para reponerme y servir de algo a los míos tenía que recuperarme primero a mí misma, así que me dispuse a cultivar mi pasión por la escritura.

Unos días antes, Elsie me había confesado que, poco después de mi desaparición, había llegado una carta de la editorial de Edimburgo donde rechazaban mi manuscrito. Demasiado literario y, de lejos, muy poco excitante, decían.

No negaré que fue una pequeña decepción. Determiné aprovecharla para escribir como siempre había querido y sobre aquello que más me apeteciese, sin pensar en el rédito económico, en lo que estaba de moda o en qué vendería más en las librerías de la ciudad. Quise volcarme yo sobre el papel. Hacer de mi sangre la tinta y de mis sentimientos el papel para exorcizar mis demonios internos y externos y crear algo auténtico. Algo que me importase. Algo real.

Elphame había sido real para mí.

Y Cináed.

Y Gavina, y Sorch, y Treva.

Hasta la maldita Reina de las Hadas había sido real.

Decidí escribir sobre ello, para lo cual necesitaba documentarme sobre algunos aspectos del folklore feérico escocés. Al día siguiente de mi charla con Charles MacIntosh me dirigí con gran resolución a la biblioteca de Dunkeld que, en aquellos años, estaba situada dentro de un viejo edificio en un rincón de la Cruz. No la frecuentaba mucha gente, así que no estaba atendida, pero no me fue difícil localizar en las polvorientas estanterías varios volúmenes sobre leyendas feéricas y antiguas creencias de las Tierras Altas.

Pasé varias jornadas leyéndolos y tomando notas. Mucha de la información que aparecía no eran más que cuentos de viejas y burdas invenciones infantiles -bien sabía yo lo que era o no real

en lo que a Elphame se refería-, pero había un curioso tomo llamado *Leyendas y Profecías del Otro Mundo*, que contenía información interesante y novedosa.

Allí fue donde leí la frase que lo cambió todo, y que me sacó de golpe de mi estado de estupor.

Era una mañana lluviosa de finales de julio. Las gotas de agua golpeaban con violencia sobre las ventanas que daban a la plaza de la Cruz, y el viento aullaba en las vigas de madera del techo. Hacía frío y yo no me había vestido apropiadamente, así que estaba a punto de cerrar el libro, marcharme y volver a casa a tomar algo caliente, cuando leí de reojo:

“... y la leyenda dice que allí, en Elphame, vive aún el rey de los pictos y los scots que dormirá mil años entre las hadas y que, algún día, volverá al mundo mortal.”

Cináed.

La correlación fue instantánea y, una vez que la hice, ya no pude pensar en ninguna otra cosa durante días y días. Durante noches y noches en las que el sueño me evadía.

¿Y si era posible?

¿Y si Cináed era el rey de la profecía?

¿Y si podía volver a nuestro mundo?

¿Y si había realmente una manera de traerle?

¿Y si yo podía ir a buscarlo?

Una mañana, al alba, esa que yo sabía que él tanto echaba de menos contemplar, tomé la decisión: averiguaría todo cuanto pudiese sobre cómo sacar a Cináed de Elphame, encontraría una forma de volver a entrar allí yo misma, y le traería de vuelta a casa aunque el mundo se rompiera en dos mitades y ambas rodasen al vacío por ello.

Donde hay una voluntad, hay un camino.

Sintiendo que por fin elegía mi propio destino, fui consciente de que todo aquello podía volver a alejarme de Isla y de Elsie y, aún peor, podía volver a hacerles daño. Me prometí a mí misma que esta vez lo manejaría mejor. Me sinceraría con ellas, lograría su perdón y conseguiría que entendieran lo que tenía que hacer.

Salí a la calle y caminé hasta el bosque de Birnam.

El aire fresco y cuajado de rocío de la mañana estival traía una promesa de dolor y esperanza.

Y era justo que así fuera.

Fin de la Primera Parte

Nota de la autora

Cuando tenía ocho años mis padres me regalaron un libro maravilloso de la colección azul del Barco de Vapor: “El Secreto de la Arboleda” de Fernando Lalana. En él había amistad, muchas aventuras, un gran sentido de la perseverancia y la solidaridad y un hada llamada Rufina que vivía en el tronco de un árbol.

Seguramente al lector le resultará familiar.

El nombre de Gavina y su casa, situada en un enorme árbol en Elphame, son un homenaje a ese libro de Fernando Lalana –el primero de su larguísima carrera como escritor, si no estoy equivocada- que inspiró mi infancia y que me hizo querer, algún día, escribir historias tan fantásticas como aquella.

Han pasado muchos años desde entonces –treinta y seis, concretamente- pero, muy frecuentemente, sigo pensado en la historia del Secreto de la Arboleda como un anclaje a mi infancia y a mis deseos de contar historias.

Otras de las obras literarias que estimularon mi atracción por las hadas y la fantasía en general fueron volúmenes como los cuentos de Perrault, los “Cuentos de niños y del hogar” de los hermanos Grimm, “Las Mil y Una Noches”, “Los Cuentos del Río Amur” clásicos como “Las Aventuras de Pinocho” o “Alicia en el País de las Maravillas” y un pequeño libro ilustrado, regalo de uno de mis tíos paternos, titulado “Hadas y Elfos”, que era mi favorito y que, por supuesto, aún atesoro.

La adolescencia y la juventud me encontraron, como no esperará menos el lector, adorando a autores como Tolkien, C. S. Lewis, Michael Ende, Terry Pratchett, Ana María Matute –su “Olvidado Rey Gudú” es uno de mis libros favoritos de la vida entera- Robin Hobb, Neil Gaiman, Laura Gallego y el gran Andrzej Sapkowski. Un heterogéneo coctel de ideas, lugares, personajes, ensoñaciones y aventuras que absorbieron mis días y mis noches, hasta el punto de que cuando otros chicos y chicas se levantaban temprano para desayunar viendo los dibujos animados en la tele, yo lo hacía para leer aquellos libros.

Y eso que odio madrugar con toda la fuerza de mi corazón.

La acción de la novela está situada en época eduardiana, un periodo histórico que siempre me ha fascinado, tanto por su delicada estética como por lo que supuso en el camino de las conquistas sociales de las mujeres. Novelas de J. M. Forster como “Regreso a Howards End”, “Una habitación con vistas” o “Maurice” y sus adaptaciones cinematográficas de la mano de James Ivory llenaron mi adolescencia del deseo de conocer más sobre aquellos años de cambio tras los cuales nada volvería a ser como antes.

La Saga de Mairi Ferguson bebe de todas las fuentes anteriormente mencionadas más muchas otras del folklore feérico escocés y, al mismo tiempo, de ninguna puesto que, como todos los cuentos de hadas –y esta saga no deja de ser otro- este también tuvo un nacimiento envuelto entre las brumas de la magia.

Como dice nuestra protagonista al comienzo de este libro, “queda a tu juicio, lector, el creermelo o no”, pero lo cierto es que esta historia vino a mí como ninguna otra lo había hecho antes en mi vida: con un auténtico golpe de inspiración. Y lo hizo nada más y nada menos que en unos de los lugares más mágicos que conozco: las cascadas del río Braan en The Hermitage, a las afueras de la encantadora aldea de Dunkeld.

Nada más recorrer aquellos senderos y explorar el capricho que, sí, lector, aún se alza sobre las cascadas –mucho más modernizado que cuando Mairi lo visitó-, impactaron en mi mente esta historia y sus personajes como si de una visión o una profecía se tratara.

Quizás fue el destino el que me condujo a aquellos parajes y el que me entregó aquella historia, pero han sido la voluntad, el trabajo, el amor y la paciencia las que la han escrito para ti.

Y es que el uno sin las otras no nos sirven de nada.

¡Gracias por leerme! Espero que las aventuras y desventuras de Mairi Ferguson te estén gustando, lector.

Nos leemos en la segunda parte.

5 de julio de 2024, Paisley (Escocia)

Agradecimientos

Afortunadamente, tengo mucho y a muchos por lo que agradecer. ¡En este sentido me siento una suertuda!

En primer lugar, quiero darle las gracias a mi padre por hacer los preciosos mapas de Dunkeld y Elphame que acompañan al texto. Verle dibujarlos en el salón de la casa familiar fue uno de mis momentos favoritos de este año.

En segundo lugar, a mi hermano siempre tengo que agradecerle muchas cosas, empezando por su existencia, que es uno de los motores de mi vida. Pero es que, en este caso, no solo ha corregido la novela y ha confeccionado la guía de pronunciación fonética, sino que se dispone a traducirla al inglés. ¡Me muero de ilusión!

También quisiera darle las gracias a mi madre por traerme a este mundo donde tantas experiencias estoy viviendo y por ponerme siempre libros en las manos cuando era niña.

Finalmente, quiero agradecer a mi pareja por acompañarme en la vida con tanto amor y paciencia. Él es y será siempre mi Cináed particular, esté donde esté.

Sobre la autora



Ana Barrera Gordillo es una historiadora española nacida en Córdoba y graduada por la Universidad de Córdoba y la UNED. Ella siempre afirma que también es arqueóloga pero, entre tú y yo (codazo, codazo), le faltan campañas de excavación y hace mucho que no toca una pala. Empezó escribiendo relatos de fantasía para las revistas gratuitas del Cercanías de Madrid, lo cual ha podido contribuir a que esté fatal de lo suyo y a que se le haya ocurrido una historia como esta. En 2015 se mudó a Escocia, donde vive felizmente en una encantadora casita de Paisley junto a su pareja. La recordarán de webs como Lovely Scotland y de otras publicaciones como “Breve Historia de Escocia” y “Castillos Encantados de Escocia”.

lovelyscotland.com

IG: lovelyscotlandblog

info@lovelyscotland.com

Otros libros sobre Escocia



El lector interesado en la historia escocesa puede adquirir “Breve Historia de Escocia” en Amazon España, UK y muchos otros mercados internacionales. Riguroso, ameno, escrito en tono divulgativo y con un ligero toque de humor, está disponible en tapa blanda, tapa dura y libro electrónico.

También está disponible en las mismas plataformas “Castillos Encantados de Escocia”, una recopilación de leyendas fantasmales escocesas y de las historias reales (si las hay) que llevan detrás. ¡Para reír y temblar al mismo tiempo!